

## **Desiertos de esperanza**

“El ser humano duerme, si despertara, cambiaría el mundo”.

## Capítulo 1

Pico del Águila, 1774m de altitud. Algún lugar del sur de Europa.

- “Algo de deforestación”- cavilaba -“lógico, con esta prolongada sequía...”- continuó diciéndose mientras ascendía por la última rampa que llevaba a la cima de la montaña a la que tantas veces subiera, hacía ya otros tantos años. -Este invierno no ha caído ni una gota... ¡seguro! Ni el pasado, ni el otro...ni...- Jesús, ese era su nombre, se había dedicado toda su vida al estudio de la naturaleza, hasta tal punto, que cualquier tiempo de ocio fuera de su trabajo, también era dedicado al mismo fin, es decir: ¡el estudio de la naturaleza! Comenzó su aprendizaje, en su propio barrio, a las afueras de aquella gran ciudad en la que se había convertido la capital de su estado. Sus recuerdos de la infancia se parecían a las imágenes de los pueblos de España de finales de los años sesenta, rústicos y naturales. Disfrutando, a la fuerza unas veces y sufriendo, aunque sin quejas otras, la realidad de la vida en el campo. ...Unos veinte metros le separaban de su primera parada, tras patear quince kilómetros de veredas. Iba recordando cada tramo del paisaje, un poco antes de llegar a verlo, visualizando como una suerte de diapositivas que se interponían entre lo que en realidad veía y sus recuerdos. Mientras llegaba al pico, las imágenes eran de un color verde mucho más agradable, que el áspero tono marrón claro de la tierra seca que pisaba en ese momento.

Mirando hacia el valle en dirección suroeste, vería los últimos rayos de sol acariciando el bosque de pinos, algunos castaños centenarios salpicarían su tono más suave sobre el verde fuerte y oscuro de la gran masa de coníferas. En las partes más bajas del valle seguro se divisarían el verde vivo, mezclado con el blanco del envés de las hojas de los álamos, limitando el curso de riachuelo. Por el contrario, en la zona más elevada, se podría observar el verde ceniciento de algunos

dispersos robles y encinas, más arriba solitarios abetos y pinsapos, mientras que por encima de estos, el monte comenzaba a dejarse ver prácticamente desnudo.

Su pensamiento se dirigió atrás en el tiempo, sin darse cuenta, hacia las primeras veces que hizo el ahora tan familiar recorrido, aunque durante tanto tiempo olvidado, lo conocía como la palma de su mano. Pensó en las personas con las que había compartido aquellos inolvidables momentos, en las aventuras que habían pasado, lo que se habían divertido y aprendido en aquellas semanas, tan apartados de la civilización.

Siguió ascendiendo ahora en dirección oeste. No miraba el camino, aunque tampoco necesitaba verlo, comenzó a intentar contabilizar cuantas veces había pasado por allí, -imposible contabilizar- concluyó tras unos minutos en los que perdió varias veces la cuenta. Cuanto más ascendía, más ensimismado estaba.

Pensaba en los días de lluvia refugiados en casetas hechas de ramas, casetas abandonadas, fabricadas por cuerpos especiales del ejército, que anduvieron por allí de maniobras en otros tiempos. -Tres días seguidos lloviendo, y allí dentro caía más agua que si hubiéramos estado a la intemperie. Se le escapó alguna sonrisa a escasos metros de la cumbre, acordándose de como pasaron noches enteras al sereno, con temperaturas bajo cero y solo con unas mantas y una pequeña hoguera de troncos medio mojados, los cuales producían más humo que fuego... Iba casi riendo a carcajadas. -Estábamos completamente... ¡...!-

Pasaron mas de cinco minutos hasta que pudo reaccionar, se diría que no había ni respirado en ese tiempo, parpadeó varias veces, se frotó los ojos, bebió agua, le faltó encender un cigarro y no lo hizo, no porque nunca lo hubiese hecho, sino porque no llevaba.

Pensó que soñaba, que tenía una pesadilla, o más bien, quería creer que lo era. No.

Lo era. Jamás se lo hubiera imaginado, para él, semejante visión era peor que una pesadilla. Se dejó caer y quedó sentado medio recostado, por la inclinación del terreno, sobre su mochila.

Con los ojos cerrados siguió mirando hacia abajo, hacia el fondo del valle, recorriendo el cauce del río Zarzal. Recordaba que nacía en unas rocas justo en mitad del “Collado de Enmedio”, sabía su longitud, su caudal máximo y mínimo aproximado, se podría decir que lo conocía palmo por palmo, y no sería una exageración, lo había recorrido cientos de veces de arriba abajo. No quería abrir los ojos. Se esforzó en verlo tal como lo recordaba, saltarín, vivaz y juguetón, a veces, mientras danzaba y saltaba entre las peñas, sereno y parsimonioso, otras, cuando alcanzaba las zonas más planas y despejadas. Le tenía un especial aprecio a aquel pequeño río. Había bebido su agua, la había usado para cocinar, se había bañado en él, y le daba la impresión de que era la mágica fuente de la vida de aquel lugar; por algo presidía toda aquella belleza desde el centro del valle, pensó. Intentaba recordar también, todas las especies de árboles, centenarios muchos, otros milenarios, como algunos viejos castaños, coníferas, frutales silvestres, varios de la familia quercus, betulas, etc. más de 20 de arbustos; más de 30 de plantas anuales; aromáticas, más de...setas, hongos, peces, pequeños mamíferos, como las simpáticas ardillas, o mustélidos como el hurón...cabras, ciervos, aves...

Lentamente se puso en pie, tomó otro trago de agua y anduvo unos treinta metros hacia el Este, hasta un conocido saliente, el cual era un excelente mirador natural, desde el que se podía divisar el paisaje lunar en que se había convertido aquel precioso valle. Allí sacó sus prismáticos y miró a través de ellos en dirección Oeste, hacia donde el valle desaparecía al girar hacia el Sur, antes de fundirse con la cuerda de la sierra, a una altura próxima a los 2.000 metros sobre el nivel del mar. -

Algo de vida quedó allí arriba- pensó resignado.

Podía ver claramente las copas de algunos álamos al fondo, junto al cauce. Volvió, mirando a través de los prismáticos, hacia la parte mas cercana debajo justo de dónde el se encontraba, observando con detenimiento el tortuoso camino de piedras en que se había transformado aquel, en otros tiempos vigoroso arroyo.

Desde el cauce fue subiendo con la vista por la ladera de enfrente, observando los cuerpos retorcidos, desprovistos de hojas, de algunos viejos árboles. Apartó los binoculares y con la vista hizo una pasada por lo que sería el camino que le llevaría abajo, hasta el antiguo lecho del río.

Se aseguró la mochila y bajó casi corriendo, resbalando a cada momento y levantando una gran polvareda tras de sí; corría por dos razones, la primera porque sentía la necesidad de llegar a la parte cercana al final del valle, por ver lo que allí le esperaba, pero también corría porque no tardaría en oscurecer, ya sabía donde iba a pasar la noche, pero necesitaría algo de tiempo para recoger algunos maderos para quemar, sabía que la noche sería fría.

Había una explanada junto al río, con una antigua casa en ruinas, antes cubierta por nogales, castaños y encinas, junto con algún frutal abandonado, y todo rodeado de zarzas, allí sólo quedaban algunos troncos retorcidos y una fantasmal y típica ruina de cortijo mediterráneo abandonado.

Dejó la mochila junto a un tronco tirado en el suelo y recogió algunas ramitas, tan secas, que se rompían con mirarlas. Sacó la tienda de campaña, un iglú de dos plazas, la montó en un par de minutos, la aseguró clavando varias piquetas; encendió el fuego y se dispuso a calentar un sobre de sopa rápida, y abrió una bolsa de frutos secos de varias clases, que fue degustando tranquilamente. Así, se dispuso a pasar la noche.

Se despertó justo al amanecer, hacía frío, removió las ascuas que quedaban y se acercó para calentarse un poco, mientras comía unos puñados de muesli. Recogió todo en pocos minutos, la curiosidad por ver lo que había cauce arriba le tenía atrapado. Bajó de la explanada al lecho del “río” y comenzó a remontarlo a toda velocidad, pero sin correr. Antes de llegar a la curva que hacía el valle hacia la izquierda, en dirección sur, ya había dejado de mirar adelante, para mirar sólo al suelo.

Tan fijamente miraba, que ni siquiera se dio cuenta que ya llevaba un rato andando sobre barro, de pronto oyó un ruido y dio un repullo, entonces fue como si hubiera abierto los ojos, al ver el barro, esta vez sí, salió corriendo, a unos trescientos metros ya no podía más, casi se paró y fue observando las márgenes.

Podía ver algún tomillo, le parecía imposible después de lo que había visto, pero podía observar sus rosáceo-moradas florecillas. Entonces, su vista, se volvió a fijar en la lejanía del fondo del valle y en los colores verdosos que ya ribeteaban ambos lados del cauce.

Eran cerca de las 10:00 a.m. así que había andado unas 2 horas, ahora al empezar a tomar la última curva, esta vez a la izquierda, pudo divisar las amarillentas copas de algunos álamos. -Vaya, parece que quedó “alguien” ¡vivo!- pensó, y se sonrió.

Unos trescientos metros más adelante, podía ver la parte más alejada de la gran explanada, casi rodeada por el arroyo, que a partir de ahí, ascendía vertiginosamente hasta perderse fundiéndose con la cima de la montaña, en no más de un par de kilómetros, y unos casi 500 metros de desnivel. La humedad del suelo, se fue convirtiendo en pequeños charquitos.

Sorprendido, casi gritó -¡Agua! ¡Es agua!- Se le antojaban pequeñas ventanas por donde uno podía asomarse y ver el cielo. Se olvidó del desierto que acababa de

dejar atrás y comenzó a recordar de nuevo otros tiempos, tiempos ahora muy lejanos...

Empezó a subir la pequeña rampa que separaba el cauce de la conocida explanada, absorbió nuevamente en sus recuerdos. Justo al llegar arriba se sentó junto a un tronco reseco y dejó vagar su imaginación...pero algo le hizo salir de su mundo paralelo, no fue un ruido, sino todo lo contrario, la total ausencia de sonido fue lo que esta vez le sobresaltó.

Al fijarse mejor, observó otra cosa que hace unos años no se le hubiera escapado tanto tiempo. Estábamos en mayo 25, recordó. Y todos aquellos árboles, estaban amarillentos, cómo esperando la llegada del invierno, cuando deberían haber estado en todo su esplendor.

Se adentró más en la pequeña meseta, y se sentó de nuevo, pero esta vez expectante, casi le infundía temor el ambiente, la falta de sonido; no era miedo lo que sentía, pero si una mezcla de temor y lástima, algo impalpable, pero que, sutilmente, se introducía por los poros de la piel, como una pegajosa e invisible neblina...

Cerró los ojos y concentrándose un poco más, notó que si se escuchaba algo... sintió que podía escuchar... ¿Voces? , Si, eran las voces de aquellos árboles, susurros, leves quejidos, ahogados suspiros... ¿gritos?

Se levantó de un salto, sacudió la cabeza, se frotó los ojos, y se agachó a coger la cantimplora rápidamente, se echó un poco de agua por encima, y le dio un buen trago, el último que quedaba, salió en dirección al cauce, hacia su parte más alejada, donde debería brotar algo de agua, necesitaba agua.

Recordaba aquel sitio perfectamente, y prácticamente no había cambiado nada, las viejas zarzas permanecían en su sitio, flanqueando el acceso al pobre chorrillo de

agua que por aquel exhausto afloramiento manaba. Todo esto desaparecerá en un par de años más- pensó. Y sintió el deseo, la necesidad de hacer algo por aquellos árboles dadores de vida, y por aquel valle agonizante, el cuál le recordaba a un pobre anciano decrepito y desvalido, pero, - ¿el qué?- Que podría hacer- suspiró. -¡Que estupidez!- se dijo en voz alta.

Pasó casi todo el resto del día andando de un lado para otro, como intentando asegurarse de que todo continuaba en su lugar, nada más lejos de la realidad.

Al atardecer, volvió algo deprimido junto al gran castaño, o lo que quedaba de él, que aún presidía aquella especie de llanura y allí se quedó hasta que se hizo de noche, sin apenas moverse, sin apenas pensar, tan sólo escuchando el triste canto del bosque y los suaves crujidos producidos por la agonía de este...



## Capítulo 2      Riquezas

Juan Mellado, a sus 58 años tenía todo el aspecto de una persona, decidida y arrogante. Su rostro recordaba a algún animal alado comedor de carroña, la cara típica de los enterradores de las rancias películas americanas del Oeste. La nariz aguileña y afilada, los ojos pequeños y juntos, algo inexpresivos, que no denotaban sentimiento alguno.

Pero no era un “malapersona”, sólo que pensaba, que el progreso indiscriminado, tenía la solución a todos los males de este mundo, él verdaderamente creía que la civilización, pasaba por llenar de casas, apartamentos y chalés, cualquier rincón natural o salvaje. Se veía como una especie de misionero, debía hacerlo por el bien de la humanidad. Y claro, todo esto tenía un efecto colateral, un manantial de dinero, que acababa de hacerlo “feliz”.

Su cuerpo, no acompañaba mucho a su cara de ave, uno al verlo sentado pensaría que tendría un cuerpo seco, enjuto, un manojito de huesos con plumas, pero su corpulencia era notable.

Adoraba su trabajo, y éste le hacía sentirse único, un salvador del mundo, ya que tenía el poder de limpiar el planeta de árboles y otros “matojos”, que lo ensuciaban todo y casi no dejaban sitio para construir, impidiendo el avance de la civilización.

La devoción por su trabajo, así como su afición a hacer de salvador del mundo, más la afición al dinero, que también la tenía, le llevaban diariamente a extralimitarse en sus funciones, y llevaba haciéndolo ya cerca de 25 años.

Había ingeniado el solito varios sistemas de deforestación, pero hacía lo correcto, eso pensaba, la humanidad se lo agradecería algún día, estaba completamente seguro de ello. Uno de sus más brillantes proyectos, que había comenzado hacía ya

unos 20 ó más años, trataba de deforestar lenta, firme y meticulosamente, toda la sierra donde se encontraba inmersa su ciudad. Unas 3.400 hectáreas pertenecían al municipio, pero toda la sierra cercana era su objetivo y eso eran más de 30.000 Ha.

Comenzó su negocio el solito, a finales de los '90, y ahora, en pleno 2020, era el empresario más rico de su ciudad, por supuesto, y quien sabe si del país.

El negocio no podía tener mejor futuro, pero tenía que darse prisa, estaban protegiendo cada vez más espacio natural y los ecologistas, estaban presionando al gobierno directamente, para que buscara una empresa extranjera, la cuál debería hacer otro estudio, sobre la causa de que no se acabara con la plaga de orugas, y así contrastar con sus técnicos, y sus inexistentes estudios, lo cuál no le hacía ninguna gracia.

“Malditos ecologistas descerebrados, nos quieren devolver al Jurásico” era su frase favorita.

...Unas 20.000Ha habían sido ya prácticamente envenenadas, varias veces. Solo unos tratamientos mas y...Comenzando por debajo justo del conocido pico del Águila y atravesando el valle del río Zarzal, en dirección Oeste, ascendiendo por la otra vertiente hacia el pico Carbón, cercano a los 2.400m. Fumigando meticulosamente, con herbicidas a base de hormonas, una versión propia y mejorada, de los usados para eliminar las malas hierbas, en los campos de cultivo. Estas hormonas, actúan penetrando desde cualquier parte de la planta hasta las raíces, bloqueándolas y asfixiándolas, sin dejar rastro alguno de tóxicos o venenos en la tierra.

Juan era muy listo, había empezado su labor desde dentro del bosque hacia fuera, así tardaría en verse el verdadero daño causado por su trama y de este modo, todos los accesos a su ciudad estarían mucho más bonitos. Para él si que eran útiles las

plantas, como elemento decorativo.

Mellado, pagaba muy bien a sus trabajadores, y estos cumplían con su trabajo con total disciplina, llevaban 10 años, luchando contra las orugas y fumigando, cualquier árbol o arbusto que se pusiese a su alcance, con sus mochilas individuales cargadas con el insecticida, o eso creían ellos. Cada semana se cargaba un camión cisterna con 5.000 litros de veneno, el cual recorría desde hacía años todas las pistas forestales, partiendo desde las profundidades de los bosques cercanos, y desde esos puntos a modo de radios se dirigían hacia la ciudad, creando un amplio abanico de muerte, que pronto resplandecería con el color de la civilización, el gris hormigón.

Lo que mas entorpecía su trabajo, era la lluvia, pero ésta era cada vez mas escasa y el rendimiento de su trabajo iba en aumento, para el cuál, él se había ofrecido “desinteresadamente”, el Ayuntamiento pondría los medios y él le vendería el insecticida necesario, directamente del laboratorio de su propiedad; negocio redondo y seguro.

Pero eso tan sólo era la punta del iceberg, puesto que el negocio urbanístico sería infinitamente superior. Aunque ya hacía tiempo que había comenzado a dar frutos, y por lo tanto, hacía tiempo que se estaba volviendo cada vez más rico y poderoso, para él era como un adelanto comparado con el beneficio que esperaba obtener. Esto no le hacía creerse más importante. Era la convicción de que su riqueza y su poder, siempre sería un beneficio para la Humanidad, lo que le arrastraba cerca de la locura.

Desde que comenzara la afluencia masiva de extranjeros, él se dio cuenta de que el negocio sería redondo, aunque aún tardaría unos cuantos años en poder comenzar a ponerlo en práctica. Aquellos parajes atraían a tantos visitantes, que no podía

dejar pasar la gran oportunidad que se le presentaba; si se quedaran “todos” allí a vivir, su comarca sería la más “civilizada” y por ende, la más rica. Quería ignorar que los visitantes eran atraídos por los bellos parajes de los alrededores y no por la gris y cuadriculada ciudad sin historia, donde se encontraban.

Aquel fue su pensamiento, próximo a cumplir los treinta años. Justo cuando comenzó a ver su fábrica de químicos para el campo, a pleno rendimiento, y su constructora no daba abasto, entonces se le ocurrió su “teoría de la liberación urbanística medioambiental”, y ahora, veintiocho años mas tarde, y siendo alcalde de una ciudad considerable, su macro proyecto estaba casi a punto de ver la luz. Los permisos para construir se daban de cualquier manera, (cómo en cualquier lugar) ya que lo que sobraba era terreno, eso sí siempre que estudios fidedignos “demostrarán” que ese terreno era irrecuperable, ecológicamente hablando. Aunque construía a una velocidad pasmosa, eso no era nada, lo que venía era lo bueno, pues una vez que el desierto que estaba intentando crear se uniera con la urbe, tendría decenas de miles de hectáreas catalogadas de urbanas, y lo mejor el coste sería mínimo.

Su gran amigo de toda a vida, Fernando, era el encargado de urbanismo, otra excelente persona, y su más cercano colaborador, que haría todo lo humanamente posible e imposible por Juan y por “el progreso”.

Lo que no podía hacer era provocar un incendio de semejante envergadura. Pero no le faltaba paciencia, era como un plan de pensiones para él, y una oportunidad única para su ciudad, en 10 años duplicaría su población, lo que dejaría sin problemas económicos a sus allegados y descendientes, eternamente, amén del beneficio que supondría tanto avance urbanístico y económico para el resto de la Humanidad. Seguramente, con el tiempo, hasta harían una estatua en su honor. Era

tan bueno y eficaz en su trabajo.

Mellado, era el típico católico, que parece creyente, ya que cumple con sus obligaciones religiosas: ir a misa los días señalados, comulgar, confesar, pero la verdad, en el fondo pensaba que “no había nada más”, así pues, había que aprovechar: -Lo que se pueda sacar es lo que te llevas- solía decirse y decir a los demás. Era graciosamente contradictorio, un católico que no creía en otra vida. Así pues, debía exprimir ésta al máximo. Tenía más bien poco de “cristiano”.

Aquél Domingo era un día más, otro festivo, casi todos los días lo eran, últimamente no se mataba a trabajar.

Después de darse un chapuzón en la piscina climatizada y hacerse un par de largos, como todas las mañanas, subió de nuevo a su dormitorio, se vistió, y abrió de par en par las dos gigantescas hojas de la ventana que daba a la terraza principal, justo encima de la piscina y frente al majestuoso jardín de algo mas de dos hectáreas, el cuál albergaba las mas raras especies de arbustos y árboles, traídos de todas partes del mundo, y todo primorosamente cuidado por un chino septuagenario, Ng Yon Chan, pero el había convenido en rebautizarlo, le llamaba Nicolás. Podía verlo al fondo, junto al invernadero de las plantas de alta montaña, de espaldas al invernadero de frutas exóticas, el cuál reproducía a la perfección las condiciones necesarias para estas.

Chan parecía muy ocupado, andando rápidamente de un lado para otro, con la azada en una mano y la tijera de podar en la otra. También podía ver un carrillo de mano, cargado con varios sacos. Entre el invernadero y la casa había unos 200 metros, y hacia medio camino, una fuente de mármol, una copia exacta del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada. De derecha a izquierda, entre la fuente y la piscina, se disponía una especie de carreterita de otros 200 metros de larga y que

iba desde la entrada principal hasta el muro de piedra de mas de cuatro metros de altura donde acababa su propiedad enfrente de la entrada. De la carreterita surgían algunos caminitos de gres rústico, de los que a su vez partían otros de guijarros que se internaban en cada conjunto de vegetación.

Se sentó en la mesa circular, forjada de hierro, situada en el centro de la terraza, con un grueso cristal tintado sobre los arabescos del metal, estaba rodeada por cinco sillas en verde cobre, también metálicas. Un gran parasol cerrado se alzaba desde el centro de la mesa, hasta los tres metros de altura. Sobre la mesa, había dos o tres periódicos y una campanita plateada, la hizo sonar. El terriblemente agudo sonido de la campana le hizo frotarse los dos oídos. Comenzó a ojear uno de los periódicos, sólo leía los titulares y observaba las fotografías, a no ser que algún artículo llamara poderosamente su atención.

En menos de cinco minutos, se abrió la portezuela lateral de la terraza, que daba a una escalera, a la cuál se accedía desde la cocina en la parte inferior, junto a la entrada principal, y apareció Chan, portando desayuno en una bandeja de plata. Además de comida y bebida, llevaba en la bandeja un pequeño jarroncito, con tres enormes rosas azules. Dijo: -Su desayuno señor.- Juan, como de costumbre contestó: -Muchas gracias Nicolás, déjalo ahí, gracias.-

A continuación, como siempre, le preguntó sobre la salud de alguna de sus últimas adquisiciones vegetales y sobre sus rosales, siempre preguntaba por sus rosales.

Chan le respondió: -Señol, me temo que "habel" malas noticias... parece que el tratamiento para los hongos no ha funcionado como debiera...- no había acabado de pronunciar la frase, pero se detuvo en seco.

Mellado comenzó a tornarse rojo, mientras Chan se comenzaba a quedar pálido. Éste último intentó continuar hablando, explicándole que sucedía, pero al primero

sólo le resonaban una y otra vez las palabras: “malas noticias”...Volvió en sí y dijo: - ¿Qué? ¿Cómo?- El oriental, quitándole importancia y aplacando al por momentos enfurecido occidental, comenzó de nuevo: -“Habel malas noticias, pelo no sel tan tan malas, hi, hi, hi. Sus rosales están ok, están ok, pelo hay algo que no me gusta, pensaba que pudieran tener algún hongo, y los he tratado, pero no ha dado resultado, algunas hojas un poco deformadas y un poco de mal color en las mas antiguas, nada grave por ahola, hi, hi, hi, ya ha visto las tres hermosas rosas que le he traído esta mañana. Ahora debo continuar con mi trabajo, no se pleocupe señor Mellado, Chan se ocupalá de todo, Chan se ocupalá...”- continuó mientras se volvía escaleras abajo. Juan se calmó tan rápido como se había comenzado a irritar, confiaba en el chino. Ng Yon Chan era un maestro, lo era realmente, en jardinería y en otras cosas.

Fue, durante años, el jardinero de la cuñada de Juan, y allí, en el jardín de casa de sus tíos, en ratos libres robados a hurtadillas por una chiquilla, al principio, y como maestro formalmente después, le fue enseñando el arte del Tai Chi Chuan, a la hija de Mellado. La primera vez que la pequeña observó a Chan haciendo aquellos extraños movimientos, sólo contaba con seis años, quedó como hipnotizada, estuvo casi una hora observando al oriental en el jardín, escondida tras unas plantas.

Cuando Chan vio a la niña, se dio cuenta de que esta, estaba imitando sus movimientos, la pequeña le sonrió y le dijo: -¡Chan, enséñame ese baile, enséñame ese baile, porfa, porfa!- El oriental casi se cae al suelo de la risa, mientras repetía a duras penas: -Esto no sel un baile, no sel un baile ¡ja, ja, ja!- Estuvieron hablando durante un buen rato, el hombre, le contó gran parte de la historia del Tai Chi Chuan, y de sus beneficios, mientras ella le escuchaba, con los ojos como platos, pero acribillándolo a preguntas. El le dijo que si cuando fuera mayor aun seguía

queriendo aprender “el baile”, el le enseñaría. Sus tíos, la estuvieron buscando por toda la casa durante ese tiempo. Se formó tal revuelo que lo pudieron escuchar desde el jardín, Chan la cogió de la mano y la llevó rápidamente con su madre, que estaba casi a punto de que le diera un ataque al corazón, el hombre les tuvo que explicar, que la chiquilla, había aparecido por allí, diciéndole que le quería ayudar a cuidar las plantas, mientras decía esto miró a la niña y le guiñó un ojo, la pequeña hizo lo mismo y sonrió. El hombre se marchó a su trabajo. -¡Como se te ocurre! ¡Desaparecer sin avisar!- Dijo su tía, cuando se quedaron a solas. -No lo haré más tía Julia. No desapareceré más. A partir de hoy quiero ayudar a Chan todos los días un rato, después de hacer mis deberes.- La tía la miró, quería mucho a aquella niña, le recordaba tanto a su difunta hermana...-Está bien, está bien, pero por favor, no desparezcas más sin avisar ¿vale?- preguntó besándola. -¡Vale tía! Te quiero, Julieta- contestó la niña mientras salía corriendo escaleras arriba, hacia su habitación.

Desde ese momento, la jovencita siguió acechando al chino, día a día, mientras éste practicaba la Forma de los ciento ocho movimientos.

Con el tiempo, se escondió mejor, e incluso, hizo uso de la tecnología, ¡llegó a grabarlo! Lo grabó con la cámara de fotos digital de su tía, la cual manejaba con total destreza. Después en su habitación, volvía a intentar repetir lo que veía, cada vez que sacaba un rato libre. Estuvo así, algo mas de un año, antes de que Chan la descubriera de nuevo y por última vez.

-Vaya, vaya- dijo. -Aquí tenemos a pequeña espía otra vez. ¿No te cansas?-

-Perdone señor Chan, es que no quiero esperar a ser mayor, me gusta mucho el Tai Chi Chuan, he estado espíandolo a menudo, desde el año pasado, lo siento, no se enfade señor Chan, por favor. ¡Ah! También le he grabado en vídeo-. Continuó la



niña. -¿En...video?- Mientras seguía mirando sus plantas -¿En video?- Preguntó Chan de nuevo dándose la vuelta, no podía creer lo que estaba oyendo. -¿La pequeña espía ha grabado a Chan haciendo la Forma? No puedo creerlo, ¡ja, ja, ja! No puedo creerlo. Está bien, pequeña Mata Hari, deja ver a Chan que sabes hacer, hi, hi, hi. Veamos que sabes hacer.- La chiquilla, algo azorada, contestó: -

Pero...señor Chan...yo...no se...El oriental le ayudó: -No te preocupes pequeña, nadie nace sabiendo. Ahora veamos que aprendiste estos últimos años.-

El ya había decidido que le enseñaría. El hecho de que le hubiera espiado, significaba que aquello le atraía realmente; el que lo hubiera hecho durante más de un año, mostraba perseverancia y decisión; y que el, no se hubiera dado ni cuenta, denotaba astucia y prudencia. Había pues, conseguido, demostrarle al oriental que estaba preparada, aún a tan corta edad, para poder ser una digna discípula. El maestro Chan, se convenció completamente, si es que no lo había estado siempre, cuando la vio empezar a ejecutar la Forma, tras diez minutos preparándose, en la llamada "postura de árbol", se quedó perplejo, con la perfección en la ejecución de los movimientos, para su edad, aunque como buen chino, dijo: -Mírala, "tu hace muy bien". Hi, hi. Ha tenido un buen Si-Fu, hi, hi, hi, Ha tenido un buen Si-Fu.-

Desde antes de los nueve años, que fue cuando la tomó como discípula públicamente, estuvo practicando un par de horas todas las tardes, diariamente, salvo en contadas excepciones, Chan le explicaba algún movimiento o serie, y ella no paraba de practicar hasta que el hombre venía de nuevo al cabo de la hora más o menos, a veces se le olvidaba la pequeña, ensimismado con sus plantas, cuando lo recordaba e iba a buscarla, ella seguía practicando, una y otra vez. El viejo chino había visto a pocos alumnos tan disciplinados.

Pasaron los años y ella siguió alternando el estudio del Tai Chi, con sus estudios de

bioquímica, se había hecho una mujercita y había aprendido con gran esfuerzo y Chan le quiso premiar, hizo un pergamino manuscrito, en chino, en el que reconocía lo aprendido por la chica, firmado por el de puño y letra, y sellado con un tampón original, tallado por el mismo de forma artesanal; ese certificado, junto con la foto que se harían después, de la manera tradicional china, la chica de pié, al lado de su maestro sentado en una silla, eran mas valiosos, que cualquier diploma o cinturón. Ella lo sabía. Le había hablado a su padre a veces de su afición, en las esporádicas y escuetas visitas de este, al menos lo había intentado, pero el ocupado Juan, jamás le había hecho ningún caso, pensaba que era cualquier chiquillada, y siempre le contestaba sin mirarla siquiera, dándole un sorbo a alguna cerveza: -Si, cariño, si, lo que tu digas.- Ella acabó por no contarle nada.

Cuando la niña se hizo mayor de edad y antes de irse a los estados unidos, había completado el estudio del arte. Hizo una pequeña fiesta en casa de sus tíos, por su graduación, y para despedirse de su familia; en una semana se marcharía a hacer un master en Estados Unidos. Preparó también, una pequeña exhibición en casa de sus tíos, para la familia y para algunos amigos, tras la ceremonia de entrega del diploma. Allí su Si-Fu, que en chino, significa algo así como una mezcla entre padre y maestro, reconocería públicamente, que le había enseñado todo lo que sabía a su discípulo y que este, había comprendido y asimilado todos los conocimientos correctamente.

La chica avisó a su padre para que fuese, estaba deseando que su padre viera, por fin, que era lo que había aprendido con el jardinero chino.

-¡Claro que conozco el “Chai Chin” ese!- le dijo un día, lo había visto en televisión montones de veces, esos viejos chinos, haciendo su gimnasia para inválidos, en los parques públicos. -¡Y dicen que eso es bueno para la salud!-

Después de recibir el pergamino manuscrito por el chino, manuscrito con un pincel de crin de caballo, y emocionarse profundamente tras el aplauso de los asistentes, se preparó para la exhibición. No veía a su padre por ningún lado.

La muchacha se vendó los ojos y sus dos atléticos primos, se colocaron uno delante y otro detrás de ella, los dos habían practicado Kick-Boxing en un gimnasio cercano, durante los pasados cuatro o cinco años, su padre los había obligado, al ver, con los años, el empeño que su sobrina había puesto en el tema.

Se trataba de intentar derribarla o controlarla. Pero, lo que ocurrió fue todo lo contrario; Juan, que llegaba tarde, para variar, y que no acababa de entender aquello del todo, estuvo a punto de arrojarse sobre ellos nada más verlo, pero se contuvo. Aunque, la verdad, no le hubiera dado tiempo a nada. En tan sólo un par de segundos, el primer chico la estaba agarrando por el cuello desde atrás, ella se giró unos 45 grados, a la vez que se inclinaba ligeramente, volviéndose hacia atrás y su primo salió volando sobre la chica, cayendo de espaldas sobre el césped. Al instante, el hermano del primero, se acercó por delante sigilosamente, agarró las dos muñecas de la chica y tiró fuertemente, la muchacha cedió al tirón y se abalanzó sobre su primo, haciendo el amago de golpearle con la rodilla en el esternón, deteniendo el golpe a escasos milímetros de su objetivo y cruzando sus manos, se deshizo del agarre mientras luxaba la muñeca, el codo y el hombro del chico, conduciéndolo al suelo e inmovilizándolo con una sola mano. El primero, repuesto del costalazo, volvió al ataque e intentó agarrarla con las dos manos del brazo libre que le quedaba a ella, intentando controlarla, esta, primero le acompañó un poco en su movimiento, para de inmediato, cambiar la trayectoria imperceptiblemente, hasta hacerse con el movimiento de él por completo, una vez controlada su masa, tiró un poco del muchacho y le hizo un barrido, cayendo este, al lado de su hermano, con el

pié de su prima sujetándolo por la garganta.

Juan, que acababa de llegar a casa de su hermana y que aún no había sido visto por nadie, comenzó a aplaudir como un loco y a saltar, gritando como un poseso y corriendo hacia la chica: -¡Bravo! ¡Bravo!-

Ese fue tal vez el día que mas habló con su hija, no dejaba de llevarla de un lado para otro, evitando que nadie la acaparara, tan sólo fueron unas pocas horas, no quería separarse de ella ni un segundo...y sin embargo, en poco tiempo se marcharía indefinidamente.

De repente, le dio por pensar que había perdido unos años maravillosos. Desde ese día confió en el chino, y desde ese día le ofreció trabajar para el, claro, por el doble del sueldo que tenía entonces, Chan aceptó encantado. Juan decidió que el nombre Ng Yon Chan era demasiado difícil para el y así lo rebautizó como Nicolás. Esa fue la última vez que vio a su hija, también ese día compró aquellos rosales, que para el eran tan especiales.

Recordando esto, dejó marchar a “Nicolás” sin decir ni una sola palabra más. Confiaba en aquel hombre. Se dedicó al desayuno. Éste se componía, como siempre, de zumo de naranja, tostadas de mantequilla aderezadas con caviar iraní, y una tetera de algo más de medio litro de té negro fermentado del Japón, “kukisha” de tres años. Se pasaba ojeando los diarios y engullendo tostaditas y té, al menos una hora y media. Luego se duchaba, se vestía de nuevo y se iba a una cafetería del centro, donde se reunía con sus amigos y colaboradores más cercanos, allí entre grandes reservas, güisquis de importación y platitos de delicatessen, arreglaban el mundo, aunque a veces, también se tenían que reunir en el Ayuntamiento sin más remedio. Volvió a pensar en sus rosales, era lo único que le quedaba de su hija y ésta era lo único que le quedaba de su mujer, aquella murió al nacer la niña, y esta,

al cumplir dieciocho, se fue a los Estados Unidos con una beca. Tendría pronto treinta y tres. Rara vez hablaban y nunca se veían, de todos modos su relación nunca fue demasiado buena. Ella se crió con la cuñada de Juan, y él iba a veces a verla con algún regalito, casi siempre una muñeca, a veces la misma; se tomaba una cerveza con su cuñado y de nuevo desaparecía durante meses. Pero él pensaba que la quería, y quizá era cierto, pero la chiquilla nunca lo supo, nunca se lo dijo o se lo hizo saber.

Estaba casi obsesionado con aquellas plantas, era como, si dándole tantos cuidados a ellas, se los estuviera dando a su hija, pero no era él quién lo hacía, sino un anciano y silencioso chino, como siempre, él pagaba por que le hicieran todo, así había sido siempre. Es más, a veces pensaba que la poca gente que había a su alrededor, sólo lo estaba por eso, por que pagaba, tal vez tenía razón... Pagó para que le criaran una hija, que vivía sólo a un par de kilómetros. Algo sucedió en su encallecido corazón, se le humedecieron los ojos, se acordó de la última vez que le pasó eso mismo, pronto haría treinta y tres años, como su hija. Respiró profundamente, miró al suelo, giró el contacto y salió haciendo ruedas en su BMW. Eran las 12:45, volvería para las 15:00h, justo a tiempo para comer...

### **Capítulo 3** Sueños

Quería pensar que era un sueño, sabía que no lo era, creía estar dormido, pero, se daba perfecta cuenta de que no era así; estaba empezando a recordar, le había sucedido algo parecido en una ocasión.

Si, ya había estado en ese sitio, ahora podía sentir que era la misma cosa. Recordó cuando siendo adolescente, tuvo un leve accidente de tráfico, no fue grave, pero si se fracturó un brazo, y tuvieron que operarlo con anestesia general, ya que no fue una fractura limpia, se machacó varios huesos de la muñeca al caer... si... fue bajo los efectos de la anestesia, cuando iba desapareciendo esta de su cuerpo y comenzaba poco a poco a volver a la vida, en ese momento, que puede ser un segundo o una eternidad, entre otros sueños, imágenes y sonidos, retenidos en el cerebro, vio a un hombre cubierto con una sábana verde hasta el pecho, prestando atención, dentro de esa vorágine de imágenes, sentimientos y visiones, haciendo un gran esfuerzo por mantener el control, consiguió ver la cara del hombre...se sobresaltó al ver que aquel muchacho, era el mismo, era muy raro, pero era él, sin duda. Vio a su lado a una enfermera y al doctor, con mascarillas y gorros verdes, como si estuvieran aún en el quirófano. Vio como se acercaba más la enfermera y comenzaba a extraerle el tubo de ventilación asistida de la garganta, y mientras se quitaba la mascarilla oyó decir: -¿Cómo ha podido suceder? Estaba completamente sano, todos los resultados de las analíticas y pruebas fueron los adecuados, no ha habido rechazo a la anestesia...-

El médico miró al reloj que había encima de la puerta de entrada, y dijo: -Muerte por parada cardio-respiratoria masiva. Imposible reanimación, hora de la muerte...- No había acabado la mujer de sacarle el tubo, ni el hombre de hablar, cuando Jesús

comenzó a toser y a inspirar aire como loco, con unos sonidos aterradoros.

La enfermera casi calló de espaldas, si no llega a ser por los reflejos del cirujano, hubiera dado con sus huesos en el suelo, tras tropezar con el carrito de brillante acero que había detrás de ella.

Nunca había hablado de aquel episodio con nadie, el mismo jamás le dio demasiada importancia, bueno mas bien, lo había evitado descaradamente, archivado en la carpeta de casos inexplicables; le dijeron que había estado clínicamente muerto. En su memoria, aquello quedó guardado como una especie de mal sueño, pero la verdad, tenía la imagen de aquellos momentos grabada en su interior, una sensación de tranquilidad e ingravidez que no le hacía maldita la gracia y que en aquel momento volvía a sentir. Siempre que pensaba en ello, se decía a sí mismo, que el hecho de ver y oír en los momentos de finalizar la vida, se podría achacar a alguna suerte de mecanismo de defensa del cerebro ante la muerte, el cual, en sus últimos instantes, al consumir las últimas moléculas de oxígeno, se otorgaba una especie de regalo de despedida. Había hojeado algún artículo sobre ese tema en alguna revista pseudo científica, “Vida tras la muerte” y “Regresos desde el más allá” en situaciones terminales. No creía nada de aquello ni por asomo. A este extraño recuerdo, se le sumaba la confusión, y la dificultad para poder afirmar que era un sueño, cuando podía “ver” claramente o mas aún, sin lugar a dudas, que no lo era, ahora, veintitantos años después, se estaba acordando de aquel episodio y le estaba dando que pensar, se volvía a encontrar en aquel extraño lugar entre la vida y la muerte. Y esta vez no había ningún médico que dijera si estaba vivo o no. Nunca podría contar nada de esto a nadie, lo encerrarían sin pensarlo.

-Me acosté temprano,- repasó -había cenado ligero; después de un día tan tranquilo...- siguió pensando, intentando discernir, era todo tan real...más bien era la

¡Realidad! Pero entonces, ¿que hacía? ¡sentado en el sofá de su actual residencia! Un sillón en un hostel, en alguna parte del extrarradio de Ciudad del Cabo, que estaba a unos 12000km del lugar donde creía haberse ido a dormir, o eso quería pensar, ya dudaba hasta donde se había acostado, y casi pensando en voz alta, o al menos se oía pensar. Y además esa ¿“sensación”? de tener media espalda incrustada suavemente en el sillón y de que sus muslos apenas asomaban un par de centímetros del cojín, -“No hay más explicación, tengo que estar soñando”- pensó o se dijo. Pero, entonces, ¡cómo que estaba pensando! Volvió a recordar su mochila, llevaba un reloj en uno de los bolsillos... -Sí, por aquí debería estar...- se dijo, y su cerebro se puso en total estado de alerta, aunque apenas podía moverse - ¡¿Como?!-. Esa sensación de sacudida eléctrica y estaba de nuevo en el valle seco donde se había quedado dormido, delante de su mochila, la cuál seguía apoyada en el grueso tronco de aquel castaño centenario. Comenzó a mirar a su alrededor, intentando buscar respuestas, pero sólo se percató de que todo estaba en su sitio... ¿todo? no, ¡más aún!

El bosque estaba tan frondoso y lleno de vida como nunca antes lo había estado. Era de noche, serían las 05:20am, podía escuchar hermosos trinos de aves jamás escuchados, con unas melodías tan excepcionales, que llegaban a las profundidades del alma y se fundían con ella; los colores más vivos y brillantes que jamás hubiera visto, y que también hacían estremecer el espíritu de júbilo, el propio murmullo de la brisa jugueteando con las hojas de los árboles, junto con el canto chispeante del joven arroyo, se convertían en una sinfonía multicolor que llegaba a lo más profundo del ser, a través de todos los sentidos o de la ¿piel?...

Tras unos segundos o milenios de estar observando aquella maravilla, estaba estupefacto, recordó de nuevo que quería buscar algo en la mochila, y ahí estaba



frente a ella, se agachó para cogerla, pero se quedó helado al ver como su mano pasaba a través de ella, con un suave chisporroteo eléctrico. Entonces sí que se asustó y pensó -La he jodido, me he muerto, soy un fantasma y no me he dado ni cuenta... ¡gilipolleces!- añadió -si puedo pensar...estoy bien vivo.-

Se dedicó a recordar imágenes amenas y así, le vinieron a la mente, por unas décimas de segundo, escenas del verano anterior, y, justo comenzando a pensar en sus días de vacaciones en unas islas caribeñas, se acordó, muy especialmente de una playa donde, pasó uno de sus mejores días de vacaciones, junto a algunos de sus compañeros de trabajo y antes de acordarse siquiera del nombre de la isla, se dio cuenta que ya se encontraba en la mismísima playa. Comenzaba a familiarizarse con estos cambios de paisaje repentinos; cuando menos le estaban resultando agradables. Miró hacia sus pies, observó que estaba metido en el agua hasta las rodillas, pero no tenía impresión de estar mojado, sino que, más bien, tenía una agradable sensación de felicidad y tranquilidad; también tenía hasta los tobillos metidos en la arena del fondo, pero ya no le extrañó tanto, sólo pensó: -voy a...- pero no le dio tiempo, ya estaba en la orilla 5 metros más atrás, estaba empezando a cogerle el gusto al sueñecito...sólo comenzó a pensar en la mochila de nuevo...

...Tras varios intentos fallidos de agarrarla, primero para abrirla, más tarde para llevársela al iglú y finalmente, con la intención de arrojarla con todas sus fuerzas, para que desapareciera de su vista para siempre, desistió de su empeño. Se dio por vencido y ligeramente enojado consigo mismo, se decidió a ir a su pequeña tienda iglú a continuar durmiendo; cuando se dispuso a coger la cremallera para abrirla, le sucedió lo mismo que con la dichosa mochila...

No podía ni tocarla, -¡Joder!- gritó, aunque la verdad, le pareció que no había abierto ni la boca, ya dudaba hasta si la tendría.

Comenzó a observar a su alrededor, una luz en la distancia, le llamó la atención, miró fijamente...y ¡casi lo atropella un camión cisterna, en medio de un camino forestal! A unos siete km. del lugar donde tenía instalada su tienda de campaña. En el preciso instante que estaba siendo golpeado por el camión, sintió que se introducía a través de la chapa de este, se precipitó hacia un vacío sin fin y se vio dando un salto en su cómoda cama del hotel El Cabo, antes de despertar completamente turbado y desorientado. Intentó mantener la calma, intentando reconstruir su sueño a toda prisa. Recordaba un bosque, un camión, y... ¿un hombre revoloteando como una mariposa alrededor de este?... ¿?

Buscó la cantimplora a tientas, tan solo moviendo los brazos, a ambos lados de la cama pero ya no estaba, se quedó tumbado de nuevo, boca arriba. No dejaba de pensar en la extraña visión que había tenido, durante unos segundos, tal vez un minuto, se hizo algunas preguntas entre sueños, pero se concentró al final, en la imagen del camión, recordaba haber oído a los hombres que iban dentro, bromear entre ellos y reír a carcajadas. También pudo ver la matrícula: 4521PXCZ

Sentía, que en el momento del impacto, el camión era ligero, más que el aire, recordaba el contacto como un leve susurro en su cara, sensación que aún guardaba inmaculada en su memoria, y que le llevaba a hacerse cada vez más preguntas sin respuesta.

Eran las 05:20am, tan sólo unos segundos después comenzó a quedarse “dormido” de nuevo, en ese momento, sintió nuevamente una desagradable, pero inocua y ya conocida sacudida eléctrica, tal y como se había quedado pensando en el camión, oyó un fuerte ruido de motor y se vio en medio del camino, justo en la nube de polvo dejada atrás por el vehículo.

Le parecía que no tocaba el suelo y que estaba siendo transportado por la propia

nube de polvo producida por la marcha del camión. Se pudo acercarse más, casi tocaba la parte de atrás de la cabina, pero no podía tocarla. No obstante se dio cuenta de que sí oía, y se fijó en la conversación que mantenían los cuatro hombres, era sobre fútbol. Incluso pudo asomar su cabeza a través del metal de la carrocería sin ningún esfuerzo; la sensación fue como meter la cara en agua tibia. Podía ver claramente a los tres trabajadores, con sus uniformes verdes que asomaban por debajo de recios chaquetones de lona verde, y al conductor, que lucía un vaquero descolorido, y una chaqueta de recia piel, con un no menos recio jersey de pura lana virgen, todos ellos con pasamontañas de lana negra, colocados a modo de gorros; en primavera, en este terreno y a las cinco de la madrugada, la temperatura bien podía rondar los cero grados, observó que no sentía frío alguno... estuvo un instante prestando atención a la escena, aunque le parecía de lo más extraña. Se relajó y se olvidó del camión, no le apetecía para nada perseguir a un vehículo por medio del bosque en mitad de la noche, quería descansar, y no soñar nada, sólo dormir...

Si se hubiera detenido a pensar esto que le estaba sucediendo... Jesús era un científico, su mente funcionaba analíticamente, se podría decir que no se dejaba llevar por impulsos que no se pudieran medir o pesar. Él estaba dedicado por completo al estudio de la naturaleza y de sus leyes inamovibles.

Se había criado dentro de ella. Los primeros recuerdos de su infancia, eran del cortijo de sus abuelos, en lo que ahora eran barrios periféricos, entonces toda una zona de fincas rústicas familiares de pequeños propietarios, rodeadas por algunos bosquecillos. Según la ciudad fue creciendo, sus padres se trasladaron alejándose de ese crecimiento, construyeron una nueva vivienda en unas colinas próximas de fácil acceso desde la antigua carretera nacional, que aún atravesaba la ciudad, ahora en forma de avenida.

Desde muy pronto, lo tuvo bien claro, antes de comenzar con sus carreras de biología y química, ya era todo un experto biólogo y un químico considerable. En su juventud, antes de comenzar a cursar sus estudios en la universidad, se había convertido en un experto botánico, el tiempo que no estaba investigando cualquier tema relacionado con la biología, lo pasaba perdido por los bosques próximos. Sobre todo en los alrededores de su valle favorito, el valle del río Zarzal.

Acabó sus estudios con las mejores notas de su promoción, y le hicieron una oferta muy interesante, nada más salir de la universidad, le ofrecieron un puesto en una empresa de asesoría medioambiental para empresas, le gustaba la idea, aunque tendría que irse a vivir a otro país, lejos de sus queridos valles.

Por aquel entonces, se había hecho obligatorio un tratado multinacional, firmado por todos los países desarrollados, el CMR, (control medioambiental restrictivo) para las empresas que trabajaran con tóxicos o con desechos contaminantes. El cambio en la política medioambiental había sido demasiado rápido para algunas empresas, y multitud de ellas, habían tenido que cerrar sus puertas, por no poder adaptarse a tiempo a las nuevas leyes, para eso surgieron las asesorías medioambientales, aunque otras tantas, intentaron pasar desapercibidas y esquivar el largo brazo de la ley. Pero tenían los días contados, quienes les perseguirían eran una especie de policía científica, a nivel mundial, con más poder que el FBI y la CIA juntos.

Se habían alcanzado importantes acuerdos, entre la mayor parte de los gobiernos de todo el planeta, sobre cuidado medioambiental y restablecimiento de recursos, sobre el control de los delitos ecológicos, y sobre la restricción total de la emisión de contaminantes en aguas o atmósfera; a las multas multimillonarias se habían sumado, la pena de cárcel directa, con trabajos forzados de reforestación y tratamientos medioambientales, durante al menos diez años sin remisión de

condena o indultos, que era la pena mínima establecida, y finalmente, la automática absorción de la empresa por parte del gobierno y de todo su patrimonio. Pues, aún así, se seguían cometiendo un sin fin de barbaridades.

Su trabajo de investigación era, a veces en laboratorio, probando y analizando determinados productos o muestras, pero otras, y eso era lo que más le gustaba, le podían enviar al lugar más bonito del mundo, que para él era cualquiera donde no hubiera edificios aglomerados. Debía recoger muestras de tejidos orgánicos en busca de posibles trazas de tóxicos, y estudiar los posibles efectos de esos agentes químicos sobre especies tanto vegetales como animales, es decir, tenía que observar primero, era como buscar pistas. Intentar encontrar alguna mutación, cambios de comportamiento en los animales, diferencias de crecimiento entre vegetales de la misma especie y otros parámetros para después relacionar estos con la existencia de tóxicos en tejidos orgánicos, en aire y aguas. El siguiente paso, ya en los laboratorios, era buscar la huella dactilar del compuesto, para seguidamente encontrar al responsable de su emisión o vertido. Buscar trazas, eso le hacía gracia, buscar trazas en sí mismo, era ya una aventura, internarse en las selvas centroamericanas, o pasar seis meses en los bosques canadienses, un año en Tailandia, seis meses en India, quince meses en Nepal...era un trabajo de observación en la naturaleza, prácticamente su única afición, le hacía gracia, le parecía increíble, y le encantaba.

Así le gustaba verlo a él, pero tenía muy claro que era un trabajo de especial importancia en los tiempos que corrían, los parajes naturales por todo el planeta, estaban protegidos de manera inexpugnable, contra empresas madereras, constructoras y prácticamente de cualquier tipo, entonces el peligro ya no era directamente la mano del hombre sobre el terreno, si no los desechos producidos

durante décadas, y los que aún se seguían produciendo, que circulaban por la atmósfera libremente y que no se sabía aún a ciencia cierta, cual sería la incidencia de aquellos sobre las últimas zonas verdes del globo.

## Capítulo 4    Ángeles prisioneros

Penal de La Hoya, algún lugar en el sur de Europa. 10:30 a.m.

Frank, sentado al filo de su incomoda litera, volvía a repasar su penosa y miserable vida. Era una rutina imposible de romper. Pensaba en ello una y otra vez, varias veces al día, lo había hecho durante los últimos 10 años, pero aún lo seguiría haciendo, otros tantos, al menos, si no conseguía un indulto, cosa harto improbable. Frank no era un preso conflictivo, pero sí peligroso, aunque era mas bien tranquilo y huidizo, nunca estaba cerca de donde se producía una riña o una revuelta. Nunca se acercaba demasiado a donde hubiera algo de aglomeración, pero por otro lado, los demás presos también evitaban tener mucho contacto con él, hablaba lo imprescindible, e intentaba pasar sus días en aquella ratonera lo más tranquilo posible, tanto él como los demás, sabían que perdía muy fácilmente el control, y la última vez que lo perdió, hacía diez años...

...Estaba muy sudoroso, pero también tenía frío, no dejaba de mirar hacia todos lados, se rascaba uno y otro lado de la barba de varios días, se quitaba el sudor de la frente compulsivamente, y de ahí, con un movimiento mecánico de su mano, lo llevaba al desgastado vaquero gris marengo que llevaba puesto, o mas bien colgando. Una camisa tipo hawaiana, de grandes flores multicolores, tan ancha que, se diría que cabrían dos personas o hasta tres de su talla, impedía que se viera la mayor parte de su trasero, que de otro modo, quedaría expuesto con total seguridad, a la vista de cualquiera que por allí pasara, y no pasaba poca gente. No se estaba quieto, pero aún sacaba tiempo para mirar el reloj de pulsera sin correa, que llevaba en uno de los bolsillos de su raído pantalón y lo miraba más de dos o tres veces por

minuto. La cabeza le iba a estallar, no podía pensar más posibilidades, su gran amigo...no recordaba su verdadero nombre, pero le bastaba con su apodo: "el loco", se estaba retrasando ya más de tres horas. Tres horas esperando a un asesino y enganchado criminal, eso se hacía duro. Y no daba ni señales de vida. Había introducido su última moneda, en la cabina telefónica de la esquina, como unas diez veces, tan sólo en la última media hora...

José Ramos Sierraseca, alias "el loco", el apodo no le hacía justicia, se debería haber llamado el psicópata, el criminal, la bestia...quién le puso su apodo se quedó corto, a sus treinta años tenía un amplio historial delictivo a sus espaldas; muchas de las atrocidades cometidas por este individuo, habían tenido lugar antes de su mayoría de edad, además, había tenido suerte con la justicia, a los dieciséis hizo una violación con mutilaciones en órganos sexuales con arma blanca y salió en libertad por la edad y por falta de pruebas, tras pasar varios meses en diversos reformatorios para conflictivos. Era un secreto a voces que estaba implicado en otros delitos sexuales.

Las denuncias por agresiones ni se podían contar, tenía varios atracos realizados, y sólo lo cogieron una vez. Algunos aseguraban que tenía una o dos muertes a sus espaldas, pero no estaba muy claro. En definitiva, se había criado entre reformatorios, y al cumplir los veinte, le cayeron diez años. Allí, en la cárcel, consiguió aprender lo poco que le faltaba de su fulgurante carrera delictiva.

Frank y "el loco" antes de hacerse tan buenos amigos, sólo se conocían de vista, y aquel, diez años menor, aún siendo su vecino, le temía como el que más.

Realmente, su amistad era de poco tiempo, pero se hicieron uña y carne, en tan sólo un año, si llegaba. Los había presentado una amiga común, poderosa y engañosa, la cuál, por extraño que parezca, necesitaba menos presentación aún



que el loco, ella si era peligrosa de verdad, ella sola ya había matado a miles de jóvenes, y seguiría haciéndolo, su nombre: Heroína. Es curioso como algo tan dañino puede unir a dos desdichados toxicómanos, y hacerles creer que son más que familia, mientras se roban y engañan el uno al otro, pero eso sí, “amigos hasta la muerte”.

“El loco” no había tenido relación íntima con la heroína hasta, su entrada al centro penitenciario, pero había consumido cocaína desde...quién sabe, tal vez los diez u once años y además, entonces, estaba hasta la coronilla de ver a los “enganchaos” pulular por su barrio, era gracioso, entre los toxicómanos, también había clases, un cocainómano tenía mas categoría que un heroinómano y así, solía hacer las veces de padre de estos, explicándoles lo malo que era el “caballo”.

Frank, sin embargo, había entrado al mundo de la falsa felicidad, de manos de una novia, Clara, cinco años mayor que él, cuando tenía unos diecisiete. Antes de conocerla, tenía planes, le atraía el deporte, y practicaba el boxeo desde los diez años, a manos de un vecino, boxeador retirado, pero que no podía dejar el mundo del ring. Solía nadar una hora, prácticamente a diario y tenía intención de prepararse las oposiciones para bombero, le encantaba pensar que podría salvar a otras personas...eran otros tiempos.

-¡Lo mato!- Dijo Frank, esta vez en voz alta, casi gritó. Y no fue una expresión coloquial. No podía creer que “el loco”, por muy loco que estuviera, le hiciera algo así, -¡la palabra de un hombre es lo que vale!- pensó, -¿¡No!?- se preguntó alterado. Ya no podía soportar el dolor que le iba en aumento, le empezaba desde los riñones, y a cada latido de su corazón podía sentir como se extendía por todo su cuerpo, hasta casi hacerlo gritar, le dolía la cabeza, todos los huesos, y esto sólo le producía cada vez mayor irritabilidad y nerviosismo. Pero había algo que lo enojaba más,

Clara estaba en casa esperándolos, y su situación era peor todavía, su cuerpo adicto a la heroína desde hacía ya más de diez años, estaba mucho mas débil y mas necesitada de aquella mortal sustancia, que él mismo.

José, llevaba diez meses fuera, juntos se habían “divertido” mucho, en esos diez meses, nada mas salir de la cárcel, se encontraron en la casa de un “camello” de la zona vieja de la ciudad, el loco tenía una buena paga, compró un buen montón, comenzaron a charlar, y acabaron yéndose juntos a casa del loco con un par de “lumis” y 10 gramos de “polvo” marrón, de esa manera sellaron su “profunda” amistad, a partir de ahí se divertieron mucho juntos, a su modo. Habían estado entrando en casas a robar, siempre comprobando que no estuvieran “los vecinos” como ellos solían decir. Con estos robos se iban costeando la droga, y tenían para salir por ahí; salir por ahí, era ir de bares de alterne, y una vez borrachos, la liaban, rara vez no armaban alguna pelea o tenían que salir corriendo, dejando alguien atrás en mal estado seguramente.

Sabían que los pequeños robos a viviendas no eran una solución definitiva, de acuerdo, pero les permitía llevar un ritmo de vida muy por encima de sus posibilidades. No eran tontos, era demasiado riesgo. Así que juntos habían ideado el mejor plan, un solo golpe y se retirarían de las calles.

Atracarían a la familia de traficantes, que vivía en otro pueblo, a unos cien kilómetros, le quitarían dinero, y unos diez kilos de heroína casi pura, así, ya nunca les faltaría la droga y podrían trabajar, mientras, se desengancharían poco a poco. Esa era su brillante idea. Y así lo hicieron.

Hacía una semana que habían hecho el robo, todo había salido bien, nadie los reconoció, nadie los siguió y no hubo muertos; se llevaron veinte gramos cada uno a casa y “el loco” escondió los diez kilos cuatrocientos cincuenta y nueve gramos y los

9500 € que también estaban donde y cuando ellos esperaban.

En un descampado cercano a su barrio, en una caja de seguridad, cuya llave llevaba Frank, colgada del cuello en un grueso cordón de oro; José hizo un agujero entre unas ruinas y lo disimuló, y allí quedó su fortuna.

Ese día, “el loco” tenía que haber venido, con un poco de droga para Clara, ya que se habían consumido los veinte gramos hacía tres días. Según habían hablado, después de esto, irían ellos dos a repartir su botín definitivamente. El loco no aparecía, y su novia podía incluso morir a causa del síndrome de abstinencia.

Así que se fue a buscarlo, supo que ya no aparecería por allí. Primero pasó por casa a recoger su arsenal y ver como se encontraba su chica. Pero ella no estaba cuando llegó. La había dejado en un estado deplorable, sobre las diez de la mañana. Apenas podía moverse por sí misma, los gritos y convulsiones, no habían cesado en toda la noche, y la cama era un charco de sudor, donde parecería que ella se estuviera derritiendo, como una medusa, expuesta en la orilla de la playa al sol del verano más tórrido.

Pero ahora ya no le importaba mucho su compañera, bueno, le importaba, pero casi no se acordaba, su atención se centraba en “el loco”. -Ese no sabe con quien se la juega- pensó, mientras cogía su machete de monte de unos cuarenta centímetros de hoja, y cinco centímetros de anchura, con filo por un lado y sierra por otro, y un grosor de la brillantísima hoja de acero de casi un centímetro, lo empuñó, lo sopesó y se lo introdujo junto con su funda, en la cintura, por delante, en el pantalón. Cogió un cinturón y se lo ajustó. Luego cogió el chaquetón del ejército y metió cuatro cartuchos del 12 cargados con postas en su bolsillo derecho, y sacó una bolsa de deporte, de encima del armario de la cocina, en un falsillo perfectamente camuflado, abrió la bolsa y extrajo de ella una “Frenchie” de cañón y culata recortados.

-Vaya, ¡no pensé que nos volveríamos a ver tan pronto!- dijo sonriente a la escopeta, e introdujo en ella cinco cartuchos y la montó, le quitó el seguro y se la acopló también en la cintura, pero esta vez por detrás, seguidamente cerro el chaquetón, se miró en el espejo del cuarto de baño, comprobando que no se notara nada. Se sentía muy bien, no sabía como, pero casi no tenía dolor alguno, era muy curioso, se parecía a la sensación de cuando iba a comprar droga, le desaparecía el “mono” antes de llegar a la casa de su proveedor...

José Ramos Sierraseca, como todo criminal que se precie, tenía palabra para sus amigos, era un caballero en ese aspecto, pero claro, tenía sus fallos.

Sabía cual era el estado en que se encontraba Clara, y decidió acercarse por casa de ellos, con algo de heroína para la mujer de su amigo, antes de ir en busca de Frank. Cuando llegó, Clara casi no podía abrir la puerta y cuando lo consiguió, calló al suelo extenuada, José le enjugó la frente con una camiseta que había por el suelo, buscó agua para darle unos sorbos a la chica y se dispuso a prepararle una buena dosis que la haría volver a ser persona.

Comenzó por buscarse en la chaqueta, luego en los cinco bolsillos de los pantalones, y luego los repasó todos de nuevo, dos veces más. Definitivamente, se lo había dejado encima de la mesa de su salón, cuando se había puesto lo suyo un momento antes de salir.

Ayudó a Clara a acabar de vestirse a duras penas, y la arrastró escaleras abajo hasta su coche. Paró en la farmacia de camino a su casa, necesitaba alguna “chuta”, como ellos llamaban a las jeringuillas hipodérmicas. Al volver, le pareció que Clara ya estaba muerta, pero sólo lo parecía. Por fin llegaron a su "chabolo", como le gustaba llamarlo, que era lo que quedaba del antiguo cortijo de sus padres, al abrir la cancela salieron a recibirlo tres hembras de Pitbull gigante y dos machos de Dogo

argentino del tamaño de leones, lo raro de los cinco animales, era que, no se prestaban la mas mínima atención entre ellos, y por sus cicatrices no había duda de que “deporte” practicaba su dueño. Ni un gruñido, ni un ladrido, sólo movían sus pequeñas colitas amputadas, saludando al líder de la manada.

El cortijo estaba prácticamente en ruinas, a simple vista desde la entrada, lo estaba. Además toda la parte nueva o recuperada, daba a la parte de atrás al acceder desde la calle. Quedaba techo en la parte frontal cercana a la chimenea, en la zona central y también en el antiguo corral, en el extremo derecho. Sin embargo, el extremo izquierdo lo conformaban dos montañitas de piedras, que serian los antiguos muros, sobre los que reposaban unas carcomidas vigas de madera fracturadas. Nadie había tocado aquello en anos. La fachada tenia la pintura completamente descascarillada y descolorida, dándole un aspecto de total abandono.

Recordaba cuando sus abuelos lo tenían para animales pequeños, de uso doméstico, como conejos, pollos y gallinas. Siempre le había gustado esa vida rústica...si le hubiera ido un poco mejor a su familia, quizá las cosas serian ahora muy diferentes. Imaginó que había ido a estudiar cualquier carrera relacionada con la agricultura. Siguió imaginando y se vio a cargo de una moderna granja en las tierras de sus antepasados...un fuerte dolor en el costado le devolvió a la realidad en menos de un segundo, tenia alguna dolencia en el tórax, pero nunca iba al medico, el habia descubierto su propio tratamiento para aquel molesto dolor. -Vamos Clara,- dijo jadeante, -tenemos que tomar la medicina- ironizó.

El "chabolo" era todo un bunker. El se había arreglado su salón dormitorio, en lo que habia sido el corral, eso sí, con todos los avances de la tecnología: el suelo lucia un novísimo gres de alta calidad; aire acondicionado, una chimenea de mármol gigantesca que nunca encendía; una pantalla gigante de video, con el mejor sistema

de sonido del momento; unos sofás de piel buena, de juegos diferentes; un pequeño bar con bebidas caras, de todas clases y lo mas asombroso: hasta un jacuzzi. En la esquina del lado izquierdo, de frente según se entraba, había una puerta de seguridad con dos cerraduras, que daba acceso a una habitación que había construido el mismo, adosada por la parte de atrás al muro del antiguo cortijo, -“lleva mas hierros que la torre-Eiffel”- se jactaba a menudo. En verdad no le servía de nada, más bien era un almacén sin uso.

Al fondo, en la esquina derecha, junto a una moderna ventana de pvc, discretamente camuflada por dos biombos de estilo japonés, que no pegaban ni con cola en aquel ambiente entre moderno y cortijero, había una inmensa cama de nogal, que debería llevar allí al menos ciento y muchos años, pero completamente restaurada. Montones de veces había considerado la posibilidad de venderla; no sabía como, pero conseguía conservarla año tras año. Sobre ella depositó a la chica con sumo cuidado, y se fue hacia la cocina junto a la antigua chimenea, a la derecha de la entrada, para prepararlo todo. Se acordaba de que había quedado con Frank y este seguramente ya le estaría esperando. Eran las once menos cuarto y habían quedado a las once. Tardaría diez minutos en llegar al centro, así que tenía sólo cinco para atender a Clara, y a él mismo de camino, claro. No debía hacerle esperar, era un pacto tácito entre toxicómanos. Se sentó en la cama junto a la mujer, la miró y le pareció guapa, observó detenidamente sus labios, que eran carnosos, aunque parecía un cadáver, se quedó mirándola unos instantes, si ella hubiera podido ver el brillo de sus ojos, seguramente su sufrimiento hubiera sido sustituido por miedo...

Se levantó de un salto, y sacó una cinta de tela roja que llevaba en el bolsillo izquierdo y extrajo una de las jeringuillas de su bolsa de plástico, cogió la cucharilla que tenía en la mesita de noche, con una navajita, puso una pequeña cantidad, que

quizá sería alrededor de un gramo del veneno, junto con un trocito de algodón y unas gotas de limón en la cuchara, lo calentó ligeramente y lo removió con la punta de la aguja, dejó la cucharilla sobre la mesa, la cual ya tenía doblada desde quien sabe cuando, para que no se cayera el contenido, y absorbió menos de la mitad del contenido de la cucharita con la jeringuilla. Depositó esta en la mesita de nuevo cogió el brazo de su amiga y le hizo un torniquete con la cinta, le dejó el brazo colgando para que se le hincharan las venas, que apenas se veían. Sacó otra jeringuilla y vació la cuchara por completo. No necesitaba ni torniquete, rápidamente se inyectó la droga, poco a poco, sintiendo como el líquido le atravesaba el cuerpo y le llegaba al cerebro dándole una paz inconfundible, lo malo que también un sueño muy apetecible. Hizo un esfuerzo y se dispuso a inyectarle a la chica. -Uf! - Pensó - me he pasado, no veas que "ciego" estoy agarrando...-

Hacía un gran esfuerzo por acertar en la vena del brazo de la chica, pero la vena crecía, se agrandaba, se encogía, se convertía en dos, en tres...por fin lo consiguió, o eso creyó antes de quedarse dormido sobre ella...

Cuando Frank, atravesó la cancela de la casa de José, vio el coche de aquel, junto a la fachada de la parte Sur de la vivienda. Ya llevaba la escopeta en la mano derecha apuntando hacia el suelo, sonó el chirrido de la puerta metálica, y cinco figuras se pusieron en pie en diferentes puntos del jardín que había entre la entrada y la puerta de la vivienda. Esta vez los perros no lo reconocieron como amigo. Ninguno hizo sonido alguno, pero se fueron acercando todos muy despacio, como si fueran uno sólo. Alguno de ellos mostraba sus poderosos dientes de manera nerviosa. Frank los fue llamando a media voz por sus nombres, pero ellos no parecieron ni oírle. Unos segundos más tarde, el macho más grande, comenzó a correr a unos diez metros. El otro macho le seguía muy de cerca. Estaba demasiado

lejos de la salida, y el perro demasiado cerca de él, pero de cualquier modo, no tenía intención alguna de salir. Los demás perros le siguieron sin pensarlo, se oyó un primer disparo y los dos machos quedaron en el suelo dando estertores, pero no se oyó ni un gruñido, ni un quejido. Las tres compañeras se detuvieron menos de un segundo, se oyeron dos disparos mas, dos de ellas quedaron en el suelo dando saltos, en silencio, pero la última, con un brazo colgando, aún avanzaba hacia Frank, que cambió el arma a su mano izquierda y sacó el machete con movimiento mecánico, la perra se siguió acercando, lista para saltar. Y entonces dejó caer la pesada hoja de acero sobre la cabeza del animal, que ya se elevaba del suelo, buscando aun hacer presa en el brazo adelantado de Frank. Sólo se escuchó un crujido y después más silencio.

Avanzó pasando junto a los cadáveres de los cinco perros. Se paró un instante antes de agarrar el pomo de la puerta de entrada, que no estaba cerrada del todo, aguzó el oído y entró con total cautela, sin producir el mas leve sonido. Recorrió la habitación con la vista y se quedó mirando la entrada del corral-suite, entonces avanzó rápidamente y apartó uno de los biombos de una patada, el cual cayó al suelo con gran estrépito, derribando a su vez el otro biombo colocado paralelamente a la cama. En ese momento, “el loco”, aturdido, intentó incorporarse y se echó mano al cinturón, buscando el revolver que solía llevar las últimas semanas, aunque no lo llevaba. Miró hacia la cama lentamente y vio a Clara casi desnuda, tumbada boca arriba, durmiendo o inconsciente, y con las piernas muy abiertas, se tambaleó, miró hacia Frank, y sólo le dio tiempo de decir: -¿Frank? yo...- Se escuchó un nuevo bramido y José Ramos Sierraseca, pasó a mejor vida, atravesado su pecho por el disparo de la escopeta.

En el fondo, no se consideraba culpable del todo, aunque asumía la responsabilidad



y admitía su culpabilidad, en contra de los consejos de su abogado, cosa que ningún otro preso por homicidio reconocería jamás. Lo reconocía y lo asumía. Sabía que había sido el, pero había tenido cómplices, pensaba: un padre en paro y alcohólico a más no poder, una madre que cada año volvía a quedar preñada sin desearlo; un barrio lleno de familias en sus mismas condiciones y la sociedad que le negaba toda posibilidad de salir de aquel infierno. Por último su gran pareja de los últimos años: la heroína.

No culpaba a nadie, y se sentía arrepentido. A veces se había descubierto a sí mismo, se preguntaba cual sería la palabra exacta...

-¿¡afilido!?- ...Por su víctima y la familia de esta? No podía creerlo, no recordaba cuando se había producido ese cambio en el.

En otra ocasión de repente se dio cuenta que casi estaba hablando en voz alta con el difunto y casi podría decir que oyó al otro contestarle, incluso perdonarlo, cuando se dio cuenta, no sintió vergüenza, se sintió realmente bien, orgulloso, se podría decir.

Pero últimamente no descansaba, dormía poco, y cuando lo hacía...tenía unos sueños tan raros.

Aquella madrugada, diez años después del crimen, volvía a estar despierto en su camastro, mirando al techo como si fuera el cielo, con la mirada perdida en el infinito. Su maldad había desaparecido junto con su arrogancia, había llorado mucho los últimos años, pero se sentía bien, quizá fuera por sus lagrimales por donde había escapado su odio.

Sentía una especie de necesidad, sentía como si debiera ayudar al mundo, se sentía como si tuviera una especie de deuda que saldar, no sabía de que manera, estando allí encerrado, pero esa extraña idea no cesaba de rondarle por su cabeza.

Sus vidriosos ojos parecían poder atravesar las paredes de su celda, o ¿podían realmente? Una leve sacudida, una cálida sensación de caída. Incluso parecía poder ir más allá, ¿podía? Fue atravesando varias celdas sin fijarse en nada, sólo miraba la pared conforme se acercaba y la atravesaba, salió al pasillo principal, anduvo por el, fue acercándose al tabique que separaba aquel del área recreativa, continuo sin vacilar y se encontró en medio del gimnasio. Mas allá estaba el patio, sólo pensó en el y estaba fuera, miró hacia el cielo y pudo ver miríadas de estrellas, recordó a su madre, estaría tan viejecita...

Se encontraba frente al viejo bloque de pisos que le vio nacer, la edificación estaba tal cual lo recordaba, pero los alrededores habían cambiado espectacularmente con el paso de los años. Centro su atención en el viejo edificio, observó el segundo piso, era su casa... -¡"Máma"!- gritó desde su interior. Una tenue luz se encendió en alguna habitación por la parte trasera de la vivienda, al poco se subió una persiana, y al abrirse la ventana apareció una canosa anciana toda vestida de negro. Su cara surcada por mil arrugas denotaba una vida de sacrificio y entrega, de una lucha diaria que continuaría irremediabilmente hasta su último aliento. Portaba un gran barreño lleno a rebosar de ropa de todos los tamaños y colores, montones de ropa, de hijos, de hijas, de nietos. Se dispuso a tenderla. Frank se acercó hasta pocos centímetros, casi podía tocarla. Repitió, esta vez quedamente: -"Máma"- La mujer se quedó quieta un instante, con la vista perdida en el infinito, justo detrás de donde se encontraba él. Quiso saludarla, besarla, abrazarla; amaba a esa mujer y se compadecía de ella. Por un momento la anciana pareció mirarlo directamente, le dio la impresión de que lo veía. Intentó hablarle: -¿Máma?- La mujer suspiró y con los ojos húmedos y vidriosos por los años y por los sufrimientos, se dio la vuelta, cerró la ventana y se perdió en la penumbra de la habitación.

Frank sintió como si inmenso elástico tirara de él mientras seguía mirando a la ventana. Se encontró inmóvil en la litera de su celda, todavía no podía moverse, oía voces de los guardias, golpes, voces de los otros presos. -Vaya manera de dormir- pensó. Le llevo su tiempo poder abrir sus pesados párpados. Había amanecido otro día en aquella apestosa prisión.

Se dedicó a recordar cuando hacía algunos meses, comenzó a tener esos sueños tan extraños. No eran pesadillas, porque no había nada que le asustara de ellos, pero no le hacían ninguna gracia. Sentía sensaciones muy fuertes y a menudo se despertaba nervioso y sudoroso.

Repasó la primera vez que recordaba. Aquel día, estaba decidido a coger una buena borrachera, le habían pasado medio litro de güisqui, dentro de un bote de gel, lo engulliría en un par de tragos, sin hielo, refrescos, ni nada, dos tragos y dormiría como un niño. -Al menos una noche- se dijo.

Por aquel entonces su arrogancia y su odio eran inmensos, odiaba esa prisión, a los guardias, a los demás presos, el mismo se odiaba. Los demás presos lo sabían, y evitaban cualquier roce con él, no tenía la menor intención de salir de allí vivo, así que no tenía nada que perder, todo le traía sin cuidado, casi todo, todas las noches las pasaba recordando a su "vieja" e intentando dormir lo menos posible. Los "sueños", como él los llamaba, no eran tan agradables al principio, eran entre pesadillas y un sin fin de repullos y pequeños gritos quejumbrosos, cada vez que el sueño le iba a vencer, sentía la angustiosa sensación de que iba a caer por un precipicio, otras veces, como si recibiera una fuerte descarga eléctrica, así se despertaba decenas de veces cada noche. Quizá si no hubiera luchado contra esas sensaciones, el camino hubiera sido más fácil. La mente, que nos hace libres, nos aprisiona a la vez, ironías de la existencia...

Sólo tuvo un pequeño roce con otro despistado preso, tras la hora de la cena, poco antes de que apagarán las luces, en el altercado apareció su “somnífero” un guardia vio caer el bote de gel, lo cogió rápidamente, lo destapó y lo olió, a la vez, Frank había dejado varios puestos vacantes en la boca del otro reo. Lo redujeron sin resistencia por su parte, pero le dieron una buena paliza. Dormiría en una celda de castigo, sin gūisqui y con todo el cuerpo dolorido, pensó que si que descansaría esa noche. Con esto en mente, sonrió con ironía mientras lo arrastraban hacía su “suite”. Aquella fue la primera vez que le sucedió, como algo real, no sustos, no malos sueños. Estuvo dándole vueltas a la cabeza, sin hacer el más mínimo movimiento, pues le dolía todo el cuerpo. No se durmió, como había creído, pero lo habían dejado tan “relajado”, que incluso estaba a gusto. Pensaba en la paliza que le acababan de dar, se dijo que lo tenía merecido. Pensó en tanta violencia gratuita y en por que su vida había ido por ese camino, si él era una buena persona, como había podido dejar que ese mundo lo poseyera, se dijo estúpido en voz alta. Empezó a ver su vida desperdiciada. Ahora que deseaba arreglarlo todo, nada tenía arreglo. Quizá si, quizá podía arreglarse a sí mismo. Dejó su mente en blanco por unos instantes, cerca de la frontera del sueño, su sentimiento era de paz, de ¿amor? ¿Como podía sentirse en paz, tan importante es el arrepentimiento y el propósito de enmienda?

Allí estaba en una celda, tirado en el suelo sobre una manta con más años que la propia prisión, con los huesos molidos, y sin sentimiento negativo alguno. Una discreta sacudida. Mantuvo la calma. Estaba de pié, mirando al frente, miró hacia abajo. Lo que observó le dejó maravillado. Había un hombre que yacía en el suelo, sobre la manta, debía llevar allí mucho tiempo, un hombre que a simple vista se le parecía a el, pero era algo ridículo, se fijó mejor y le pareció como una caricatura

propia, una especie de copia falsa. Miró a su alrededor y observó la puerta de la celda, miró hacia abajo y vio sus pies ligeramente hundidos en el duro suelo de hormigón, se sentía como si fuera un globo, o un dirigible consciente a punto de despegar. Siguió observándose durante un buen rato, mientras se daba cuenta que le encantaba la sensación de “flotar”. Se preguntaba todavía que...le estaba sucediendo, no había oído nunca nada parecido. El caso que estaba muy a gusto y no le dolía nada. Ruidos de golpes, de cerrojos, de voces de guardias, de presos...no quería volver, mas fue arrastrado dulce pero inexorablemente a aquel envoltorio condolido, que aún tardó en poder abrir los ojos unos interminables segundos. Oyó un guardia reírse, -¿Que pasa Frank? ¿Has estado de fiesta toda la noche? Ha, ha, ha. ¡Arriba! ¡El desayuno está listo, excelencia! Ha, ha, ha.-

## Capítulo 5 Edenes

Hostal "El Cabo", Ciudad del Cabo 9.30 a.m.

-¡Por fin!- pensó Jesús, una vez pudo abrir los ojos. -¡Joder!, creí que no despertaría nunca- añadió en voz alta. Se dirigió hacia el baño bostezando y desperezándose, intentando disimular, quería hacerse creer que todo estaba normal, pero que gracia, su propia mente analítica, le obligaba a plantearse lo que le había sucedido esa noche.

-A ver...si, yo estaba durmiendo, tuve un sueño un tanto extraño, acordándome de mi tierra...aquel desierto, aquellos saltos en el espacio...las voces...estaba tan consciente...demasiado real- se dijo. Pero eso es imposible, continuó. -4521PXC. ¿? ¿Qué...quiere decir 4521PXC?- Creyendo que se trataba de alguna especie de fórmula matemática olvidada. Pensó, aún con pocos reflejos -Un sueño dentro de otro sueño, eso ocurre...

-¿Cómo se puede estar durmiendo en un sitio y pasar toda la noche yendo de un lado para otro, en lugares alejados más de 10.000km? ¡Y pensando! No me he drogado en la vida, y no he tomado medicamento alguno en años-, se dijo. -Por otro lado...tengo la absoluta certeza, sé que estaba completamente consciente, podía pensar con total claridad...sólo que...mis pensamientos, tenían influencia sobre mi situación física en el espacio... ¡Eso es imposible!- Casi gritó.

Ahí estaba Jesús, un científico al que se le rompían los esquemas por segundos, ahora no podía medir ni pesar absolutamente nada, no había manera alguna de demostrar o demostrarse nada; si a él le contaran algo parecido, no lo creería ni loco, pensaría que la persona había estado soñando, delirando o alucinando bajo los efectos de alguna sustancia. Sin embargo, ahora se lo tenía que creer sin más

remedio; en verdad, aún tenía la esperanza de que solo fuera un sueño, raro, bonito, pero sólo un sueño, al fin y al cabo.

Se vistió y se tomó un vaso de zumo de naranja de un tetrabrik, con la mente en blanco, como un robot. Se percató de que no quería pensar y así continuó mientras se dirigía a la estación de autobuses. Pasaría las próximas semanas perdido en la provincia de Kwa Zulu Natal, para ser exactos en el parque nacional Royal Natal y esta vez no iría sólo, le habían llamado de la oficina central, un tal Sam le acompañaría. La verdad, no le hacía mucha gracia, en los últimos años se había acostumbrado a hacer todo sólo y pensaba que un compañero, le podría entorpecer más que ayudar, pero no era algo que le quitara el sueño, si algo le preocupaba de todo esto, era la integridad física de su compañero, ya que dudaba que su preparación fuera la adecuada, imaginarse a un típico ratón de biblioteca, recién salido de la universidad, acompañándole por medio de Kwa Zulu Natal, le ponía el pelo de punta.

-”Esta provincia verde y frondosa se extiende a lo largo de la costa oriental de Sudáfrica desde Port Edward, al norte, hasta la frontera con Mozambique, y se la conoce como La Provincia Jardín. Posee una costa subtropical, extensas praderas al este y la imponente cadena montañosa de Drakensberg al oeste que posee varias cimas de especial importancia con alturas de más de 3.000 metros. El cálido Océano Índico baña sus playas. Desde Durban, en la costa, a casi 400 Km. (se tenía que dirigir a la cadena montañosa de Drakensberg), un macizo de basalto, el cuál se extiende 200 Km. a lo largo de la frontera occidental de la provincia, separándola del reino de Lesotho. La parte norte es típica sabana africana donde habita una rica vida salvaje. En las últimas décadas solo europeos han pisado sus cumbres y rocas. Gran parte de la cordillera, está integrada por diversos parques como El Royal Natal

National Park, y allí se dirigiría desde Pietermaritzburg, donde tomaría un vehículo todoterreno alquilado, hacia la base de Bergville. Como última parada y desde allí, irían a las proximidades de El Anfiteatro, donde se encuentra, el nacimiento del río Tungela, que inicia su recorrido hacia el océano Índico con un acantilado de 8 Km. Desde ahí se precipitan las cascadas del río Tungela en cinco tramos; el más alto suele helarse en invierno. La zona del Parque cuenta con magníficos senderos de interés natural, la flora es rica y variada...”- Todo esto lo recitaba de memoria, como una especie de oración. Incluyendo los pensamientos propios como breves cuñas publicitarias.

Estaba expectante, algo nervioso, deseoso de ver semejantes parajes en persona, como un niño en la noche de reyes, así estuvo unos segundos, mirando al infinito e imaginándose ya, en el parque. El sonido de las campanas del reloj de una vieja torre, lo sacó de su ensoñamiento. No podía demorarse demasiado, tenía que ir a la estación de autobuses y sacar un billete para Durban, antes de abandonar la habitación. Un bus lo llevaría por toda la costa, a través de la ruta de los jardines, hasta la ciudad costera de Durban, donde tendría que pasar una noche antes de dirigirse a Pietermaritzburg, a otros ciento cincuenta kilómetros. En Pietermaritzburg, alquilaría un todo terreno, y partiría hacia Bergville, donde recogería a su compañero, repostaría y se aprovisionarían ya por última vez, esa parada prometía ser cuando menos curiosa; debían llevar una cantidad importante de agua y gasoil, esa noche, también ultimarían detalles, como la ruta que iban a seguir. Definitivamente, una vez en Bergville, iba a estar más que entretenido.

Antes de adentrarse en la cadena montañosa de Drakensberg, y en uno de sus parques nacionales más emblemáticos, el parque nacional Royal Natal, tenían que prepararse a conciencia, el trabajo era un poco contrarreloj. Aunque este parque era



relativamente pequeño, comparado con otros que había visitado, 8.856Ha, debían recorrer gran parte de él a pié, lo cuál lo agrandaba considerablemente. Además tenían dos semanas exactamente. Y la cantidad de muestreo era muy importante, tendrían que “darle a las manos”.

Debía ir y sacar su billete para el bus, eran las 11:30h, quería repasar todos los detalles, aunque era más bien un ritual que una necesidad, así que pensó que se pediría un taxi en lugar de pasear, si se le hacia demasiado tarde. Debía dejar la habitación a las 13:00h.

Colocó sobre la cama todas sus pertenencias actuales: el maletín metálico, donde llevaba todo su instrumental y lo abrió, luego sacó una segunda tapa y la puso al lado, se veía brillar de acero y vidrio en cada departamento. Al otro lado del maletín, colocó su ropa bien doblada, que no era mucha. Mas allá puso un neceser azul marino y la mochila. Se la quedó mirando embobado, comenzó a recordar...sacudió la cabeza fuertemente y se dijo: -¡Joder, ahora no!- Se sacó un papel arrugado del bolsillo del pantalón y se dispuso a leer, o a recitar: -“Instrumental”: bisturí, pinzas (de varias formas y tamaños) escalpelo, tijeras, quirófano portátil,- bromeó. -Pipetas, tubos de ensayo...”Material de primeros auxilios”:- no sabía ni porque lo repasaba, si era un botiquín normal y corriente, comprado en un centro comercial, mas algunos antipiréticos, antiinflamatorios y antibióticos que el había añadido.

-“Ropa”:- se echó a reír, -¡No hay ni mas ni menos que la que traje! “Comida”: sobre la marcha, por ahora, ya veremos-. Y comenzó a guardarlo todo, primero metió algo de ropa en el fondo, después colocó la caja metálica, con forma de maleta, pero bastante más pequeña y más gruesa que un maletín, y continuó con más ropa y unas botas de repuesto. Encima, depositó el pequeño botiquín y cerró la mochila, comprobó que le quedaba bastante espacio aún.

Por último, comprobó los tres bolsillos y el gorro, donde iban unas gafas de sol, una gorra, un reloj de pulsera sin correa, un par de cuadernos y bolígrafos de varios colores, todo perfectamente ordenado y repartido según utilidad. En el momento que vio que estaba el reloj en su sitio, se sentó unos segundos para tranquilizarse, pero esto también le hacía pensar en su “sueño”, se oyó decir: -4521PXC-, sonrió y se dijo, -mas tarde tendré todo el tiempo del mundo para pensar sobre esto, casi diez horas en el bus dan para mucho.- Sobre las 12:30pm cerraba tras de sí la puerta de la habitación nº 38, salió paseando en dirección a la estación de autobuses, estaba a cuatrocientos metros y no tenía prisa alguna, pensó en pasarse por el jardín botánico, pero descartó la idea, comería algo en la estación y esperaría tranquilamente.

Se sentó en la terracita de un restaurante, mientras esperaba al camarero, fue repasando mentalmente las próximas dos semanas, las pasaría inmerso en el parque nacional Royal Natal, -pero acompañado-, pensó resignado. Se imaginaba que sería un aprendiz acabando sus prácticas, él no tenía ganas de hacer de maestro en esos momentos, pero las órdenes estaban claras y era irrevocable: llevaría un ayudante en las montañas Drakensberg.

Tenían que recoger muestras de diversas partes, de una cantidad importante, de la gran variedad de plantas allí existentes, y no todas estaban al borde de los caminos. Volvió a pensar en la preparación de su ayudante, pero esta vez se dijo que éste no se podría hacer demasiado daño guardando y etiquetando muestras, todo lo más, alguna ampolla en pies y manos, o que se pille un dedo con la tapa del maletín... se rió en voz alta, mirando rápidamente hacia abajo, tapándose la cara con ambas manos, disimulando para que no lo vieran reír a solas y más gracia le hizo la situación. Aunque unos segundos después se sintió un poco mal, comenzó a pensar

que se estaba volviendo algo loco a base de estar sólo, hablaba sólo, reía sólo, y encima tenía sueños raros. -Verdaderamente estoy necesitado de compañía- se dijo al fin.

Se moría de ganas de llegar al autobús y acomodarse, estaba deseoso de plasmar en papel todo lo sucedido la noche anterior, como si de esa manera, tuviera la posibilidad de palpar, de medir, de descubrir la realidad mediante fórmulas. Llamó al camarero de nuevo, con un gesto de la mano, para pedirle la cuenta, mientras tanto miró el reloj y vio que se acercaba la hora, cuando vino el empleado con el cambio, el ya se había marchado.

Metió su mochila en el maletero del bus, y se subió una bolsita con fruta, una botella de agua, un cuaderno y un par de bolígrafos. Se acomodó en la parte de atrás del vehículo, se quitó la chaqueta, la dobló y la colocó, en el ángulo formado por el respaldo y la ventana, apoyando la cabeza sobre la chaqueta, cerró los ojos por un instante, inspiró con fuerza y dejó salir el aire lentamente por su boca casi cerrada. Abrió los ojos, tomó el cuaderno que había dejado en el sillón de al lado, lo abrió del revés y lo apoyó sobre sus muslos, y sobre este puso la punta del bolígrafo, como si fuera a escribir. Primero se quedó con la vista perdida, y las imágenes acudían como diapositivas a su cerebro, parpadeó e hizo un esfuerzo de concentración. - Empecemos por el principio- se dijo. Ya que no sabía a ciencia cierta, si era un sueño, una pesadilla o que diablos era aquello.

Comenzó a repasar: -Está claro que estuve soñando con mi tierra...una de mis muchas excursiones por el valle del río Zarzal...el paisaje no era de lo más acogedor, la vegetación, todo muerto, menos arriba del todo. Vale, sigue siendo un sueño.- Apuntó:

-¿Sueño premonitorio?- Y se contestó: ¡Que tontería!- El no creía en nada de todo

eso, -Tendré que contrastar- se dijo. A la vez que pensaba iba garabateando datos en el cuaderno, como si fuera a resolver un problema de cálculo.

-Recuerdo paso por paso, mí recorrido por el cauce seco y cómo llegué a la pequeña meseta, habitual zona de acampada...ahí, ya empezó el sueñecito a desbocarse...aquellos sonidos, no parecían pertenecer a ningún sueño, ¿música celestial? ¡...! ¿Hay sonidos en los sueños?- “Contrastar”, anotó.

Esto le recordaba otro episodio, hacía muchos años...recordó cuando tuvo el accidente de tráfico...aquello no fue un sueño, el médico le explicó que no sabía como ni porqué, pero que había muerto clínicamente, y había vuelto a la vida en el último instante, cuando ya lo daban por fallecido, sabía que aquello era cierto... ¿Cómo que llevaba la mochila desde el principio y al cabo de un rato, u horas, no podía ni tocarla? ¿Por que no podía tocar la mochila? ¿Por qué creía que podía haberla tocado? -Era un sueño, ¿no?-

Siguió recordando, cada vez se le hacía mas difícil, lo recordaba todo a la perfección, pero según iba ahondando en sus recuerdos, en su interior se iba produciendo un extraño sentimiento, algo parecido a miedo, mezclado con una curiosidad infinita. Visualizó el momento del encuentro con el camión, de nuevo volvía a oír en un sueño, y además casi lo atropellan... -4521PXC, ¡es una matrícula! ¿Será real? ¿De donde? Si viera a esos hombres en persona ¿los reconocería, serán reales?- Llevaba casi dos hojas llenas de preguntas, garabatos y la matrícula escrita en diferentes lugares, y no paraba quieto ni un solo instante con el bolígrafo, o estaba haciendo rayitas, o bien haciendo insistentemente: clic-clic, clic-clic, con el pulsador, o golpeando con el suavemente su barbilla en actitud meditativa. Y eso que no era nada nervioso.

Todavía le quedaba por repasar la parte más delicada, ya que no podía reconocer

bajo ningún concepto, que aquello tuviera algo de real, aunque el lo viviera como tal. -“Hay sueños que parecen reales, que crees que has ganado mucho dinero, o hay mucha de tu comida favorita esperándote en el horno, o aquel coche que te quita el sueño con las llaves puestas...y te levantas buscando esa cosa que te parece tan real, pero en unos segundos te das cuenta que sólo ha sido un sueño y te enfadas contigo mismo por haber sido tan crédulo, eso sucede, es cierto...”- Un fuerte frenazo lo sacó de su ensimismamiento, y casi lo saca de su asiento también. Era un pequeño pueblo junto a la carretera, se notaba que estaban en la provincia jardín, podía ver a lo lejos el Indico, hacia delante a la derecha, dirección Nordeste, veía una masa verde salpicada de manchitas blancas de casas, entre él y el océano, al fondo en la costa parecía verse una ciudad importante, pensó que, seguramente serían los alrededores de Durban. Miró a la izquierda, hacia el Oeste, hacia el horizonte montañoso y observó lo que creyó que serían las estibaciones de las Drakensberg. De nuevo miró cerca de la derecha y se dio cuenta que se habían detenido, junto a un restaurante, también se dio cuenta de que estaba hambriento y de que había escrito a ratos durante tres hojas y media, además, había descabezado un sueñecito, tal vez una hora. Seguía sin tener nada claro.

Bajó del bus dispuesto a comerse un búfalo. Se había desahogado con el cuaderno, descansaría su mente y disfrutaría de la parada, claro que, con el estómago lleno, mejor que mejor. Estaba ligeramente eufórico, aquello era precioso, hacía una tarde espléndida, ni frío ni calor, el sol jugaba a esconderse tras las copas de los árboles, acariciando suavemente los picos de las montañas en el horizonte, el color dorado lo inundaba todo y se entremezclaba con el verde, y en el inmenso túnel formado por jacarandas, que tenía justo delante y por el que discurriría la carretera en pocos metros. La mezcla de colores llegaba al éxtasis al unírseles al verde y al dorado, el

vivo color rosado-violáceo de las flores de las jacarandas, consiguiendo los mas bellos tonos.

Esto era lo que mas le gustaba de su trabajo, había visto atardeceres en los lugares mas alejados y hermosos del mundo, no se cansaba de ello, pero ya no le gustaba tanto estar siempre sólo, de un lado para otro, volvió a pensar en el tema. Cada día más, echaba de menos su tierra y echaba de menos compañía, amigos, salir por ahí, emborracharse alguna navidad, lo que hace todo el mundo. No recordaba la última vez que hizo algo de esto, necesitaba tener una vida algo más normal. No se entristecía, el no era de esa clase de gente, sólo se preocupaba de buscar soluciones, pero todavía le quedaba este último trabajo por hacer, tenía pensado buscar algo relacionado con lo suyo en su ciudad. No necesitaba tanto como ganaba, sin tiempo para gastar, era absurdo continuar dando tumbos por el mundo. Prefería viajar por gusto que por obligación y quería una casa donde volver después de viajar, y compañía a ser posible. Lo estaba viendo claro, tenía ahorros suficientes para comprar una buena casa y estar unos dos o tres años sin trabajar, para nadie. Mientras tanto, iría buscando un empleo “normalito” en cualquier laboratorio próximo. No tendría problema alguno para conseguir el puesto que quisiera, es mas, se lo rifarían. Con su currículum, raro sería el director de cualquier empresa, que no diera lo que fuera por tenerlo a su servicio. Además podía incluso montar un pequeño laboratorio que le daría para vivir cómodamente y sin mucho esfuerzo. Aún no tenía decidido que quería exactamente, ni cuando lo haría, pero pensaba que quizá, después de este viaje, presentaría su dimisión irrevocable. Justo para su treinta y ocho aniversario y eso le sonaba muy bien como regalo de cumpleaños. A penas faltaban tres meses, en ese tiempo lo arreglaría todo.

De repente el chofer comenzó a tocar el claxon como si se hubiera vuelto loco, y

empezó a ver gente salir corriendo hacia el autobús desde diferentes lugares, el hizo lo mismo. -Que remedio- pensó. Pronto iba a oscurecer y aún le quedaban unas cuatro horas de viaje, llegarían a Durban para las 00:00h. Suerte que los billetes se sacaban con alojamiento en destino, si así lo solicitaba el viajero. De nuevo al día siguiente tendría que levantarse temprano e ir a la estación, en busca de un billete para Pietermaritzburg.

16:45 del día siguiente, Pietermaritzburg

Una cafetería cerca del centro, allí debería encontrarse con un vendedor de coches nuevos y usados, le habían asegurado que sería mucho más barato que en ningún otro sitio, y mas que en Durban, por supuesto, costera y turística. No sólo vendía vehículos, también los alquilaba, sonrió, -seguramente hasta los "tunea"- . Le aseguraron que era una persona en la que se podía confiar. No recordaba el nombre de la cafetería, ni el de la calle, al menos recordaba a un sir Thomas Vanderkreig...Vandergruin o algo así,

-Tomás para los amigos- pensó. Se rió de su ocurrencia.

Había hablado con sir Thomas por teléfono, en inglés, le costó su trabajo, aunque le pareció que estaba hablando con un antiguo locutor de la BBC, se lo imaginaba hasta con bombín y paraguas, un típico lord inglés. Quedaron para las 17:30 y ya se estaban acercando peligrosamente, el no era inglés, pero odiaba llegar tarde a cualquier sitio.

-Avenida...avenida... ¡Vale!- El taxista si que lo sabía o eso pareció cuando le enseñó el papel donde iba escrita la dirección, papel que había desaparecido.

Llevaban dando vueltas por la urbe, una larga media hora, se suponía que la

estación estaba cerca del centro, y allí debía estar la cafetería. Le daba la impresión de que el taxista le estaba timando ligeramente. El conductor no paraba de mirarlo por el retrovisor interior, y eso le hacía sentirse mas engañado aún, y mas, por la continua sonrisa en su cara, la cual sólo era borrada por una monótona melodía silbada ásperamente de cuando en cuando. Por fin dijo el taxista -Only five minutes left, sir.- Y siguió silbando.

-Thank you, sir- contestó Jesús suspirando, con la vista perdida en el infinito. Le dio la impresión de que habían ya pasado varias veces por el mismo sitio. En el centro, Pietermaritzburg, era una ciudad muy cuadrada, todas las calles se parecían verdaderamente, era algo similar a Barcelona, cuando uno la visita las primeras veces, y un taxi lo lleva de noche por el centro, se asemejan tanto todas las calles, que parece un bucle espacio-temporal, del que no se puede salir... -¡Como de este maldito taxi!- se dijo desde su interior.

-De Cape Town a Durban, de ésta a Pietermaritzburg, de ahí a Bergville, de Bergville a Mont-Aux-Sources, y ¡desde abajo hasta la cima!- Creyó que recitando esta frase acabaría la pesadilla, como cuando uno se pellizca para demostrarse que está bien despierto. Pues tras diez minutos y repetir una docena de veces el “conjuro”, este surtió efecto: -Sir, Café Acapulco- dijo de pronto el taxista -it’s on your left.- Jesús casi se asustó, estaba mirando fijamente las fachadas del lado derecho de la avenida, ya con la vista perdida y la mente en blanco.

-Oh! Thanks sir!-

-Acapulco?- se dijo -como me iba a acordar de un nombre así, en pleno Sudáfrica, ¡J....! Si se hubiera llamado Lesotho, Mozambique, que sé yo, me hubiera acordado, pero...pero ¡Acapulco! ¿Acapulco?- No lo podía creer. No paró de reír y repetir el nombre del bar, incluso cuando le pagaba al taxista y siguió haciéndolo mientras



cruzaba la famosa avenida sin nombre, en dirección al no menos famoso Café Acapulco. Se detuvo unos segundos antes de entrar para secarse las lágrimas y recuperar la respiración.

No le hubiera hecho falta pararse fuera; al abrir la puerta y se quedó sin aliento, en aquel antro habían cinco personas contando dos camareras, un hombre canoso con la cabeza apoyada sobre la mesa, justo al lado de la puerta, en la barra dos hombres, uno en cada lado, el de la izquierda, parecía un pastor massai, sólo le faltaba la vara. El de la derecha...aquel, era el vivo retrato de Bob Marley, pero en blanco. Saludó en inglés, mientras recorría el bar de un lado a otro con la mirada, una y otra vez, y se acercaba lentamente hacia la barra. Por más que miraba, no conseguía ver un bombín por ningún lado, ni un paraguas, ni nadie que se le pareciera a un lord inglés o similar. Una de las camareras se le acercó, mientras se sentaba apesadumbrado, en uno de los muchos taburetes vacíos. -Hi, sir, what do you want?- Dijo la chica en perfecto inglés. Jesús respondió -Hi, Could i have one beer?- continuó -Sorry, i´m looking for someone, and he said he would be here, at 17:30, and maybe it´s too late.- Miró su reloj de bolsillo, las 17:35 -But, would you tell me his name?- Preguntó la joven. Sólo recordaba su gracioso en otro tiempo "Tomás para los amigos" sonrió poco convencido. Repitió en voz alta -Tomás...- no le dio tiempo a más,

-Oh, Mr. Thomas Greenbay! Sure, there he is!- dijo la chica casi gritando y señalando al primo blanco de Bob Marley, Jesús, miró hacia Sir Thomas lentamente, con los ojos como platos, mientras aquel ya se había levantado y se dirigía sonriente a grandes zancadas hacia Jesús. -Hola, hola, hola- dijo Thomas, en un castellano que lo dejó más de piedra todavía.

Ahora tenía la mano del otro hombre a menos de un metro, acercándose para

estrechar la suya y aún no había tenido tiempo ni de quitar los brazos de la barra. Reaccionó de pronto y apartando el asiento rápidamente, se puso en pié, dijo buenas tardes y estrechó la mano del hombre, eso sí todavía sin pestañear. -Lissa,- dijo el hombre, -Dr. Álvarez is my guest, we´re going to talk ´bout bussiness, double whisky and...other beer-. Jesús iba a negar, pero no tuvo tiempo: -¡N...!- Ya tenía la cerveza, bueno, las dos cervezas sobre la barra, ¡abiertas! Mr. Greenbay las cogió junto a su güisqui y dijo a Jesús: -Por favor-, indicándole una de las mesas cercanas a donde el se encontraba al principio, sobre la que se podía distinguir una chaqueta marrón de fina piel. El hombre llegó primero y apartó la chaqueta, sacó dos sillas, sobre la mesa quedó un archivador negro, con una foto de un todoterreno, que ocupaba medio fichero, en la otra mitad, un grabado en blanco donde se podía leer en inglés: "Cars for rent". Jesús, antes de sentarse en la silla que ya le ofrecía el hombre, balbuceó, -Mr. Thomas Greenbay?-

-Si señor, pero llámeme Bob.-

-¿Bob?- Casi le da el ataque de risa de nuevo, se contuvo y dijo: -Ya veo que recuerda mi nombre y apellido.-

-Un buen vendedor ha de conocer bien a sus clientes desde un primer momento- sentenció Bob. -Bueno, veamos que necesita exactamente.-

Un Land Rover Range Rover cerrado del año 2010, modelo Vogue TDV8 272cv con cambio automático, híbrido de biodiesel y eléctrico. Jamás hubiera pensado que haría negocio alguno con una persona con aquellas pintas, pero Bob, o sir Thomas, resultó ser todo un "gentleman", pronto se ganó la confianza de Jesús, y a éste le pareció incluso mas barato de lo que le habían explicado, más aún cuando vio el vehículo, que, aunque era del año 2010, parecía que lo hubieran sacado ese mismo día de la fábrica, y cuándo lo probó antes de cerrar el trato, sintió que estaba

haciendo un buen negocio. Además del aspecto impecable, el todoterreno, estaba equipado a la perfección para safaris y excursiones, disponía de dos asientos delante, y la parte de atrás era una especie de caravana con casi todas las comodidades de estas, incluso una segunda cama acoplada sobre el techo del coche.

Hacía tres horas que había puesto el sol, eran pues las 21:00 tenía prisa, no podía demorarse mas, le quedaban también unas tres horas hasta Bergville. Su compañero lo estaría esperando en el Sandford Park Country Hotel y llegaría después de las 24:00. Samuel, era el nombre y esta vez si recordaba el apellido: López, debía ser un puertorriqueño emigrado a los estados unidos, o algo así, se dijo Jesús. Pensó, -Al menos no tendremos que hablar en inglés todo el tiempo.-

Mangalibalele st, es lo que se podía leer en el papel que cayó al suelo, cuando sacaba las llaves del bolsillo para ir a meter el equipaje en la parte trasera del vehículo. Se dijo estúpido en silencio, mientras cogía la carretera R340, dirección Johannesburgo. En su agenda, se encontraban apuntados todos los demás datos, que le serían de utilidad para, por fin, encontrarse con su compañero. Durante las más de tres horas de viaje hasta Bergville, estuvo concentrado en la carretera, a veces pensaba en los detalles de última hora, ya que le gustaba tenerlo todo bien controlado en su trabajo; el día siguiente prometía ser de lo más duro, pero excitante, por supuesto. No conseguiría estar en la cama antes de la 01:00 o 01:30 horas, y, para aprovechar el tiempo se tendrían que haber levantado para las 05:30 más o menos. -Mañana estaré hecho polvo- murmuró entre dientes.

Entró a la pequeña ciudad de Bergville, a la 01:00 de la madrugada, casi no habían ni luces en las calles, pensó -esa hora equivaldría en España, a las cinco o las seis de la mañana y aún te cruzarías con gente por la calle.- Le pareció un pueblo

fantasma, después de tres horas en la oscuridad, viendo tan solo árboles, custodiando los lados de la carretera, ora en forma de enormes figuras fantasmagóricas, ora de pequeños duendecillos juguetones, extraña monotonía a veces rota por la luz de algún pequeño pueblo próximo a la carretera, o el color anaranjado de las luces de alguna lejana ciudad; necesitaba dormir.

Encontró el hotel Stanford sin problemas, en Bergville era difícil perderse.

Una espesa cortina de polvo seguía al BMW, por toda la reseca sierra. Había salido de su propiedad tras el desayuno con la idea de darse una vuelta para relajarse un poco. Un solo pensamiento le atenazaba, bueno, dos pensamientos en uno; por un lado la irreparable pérdida de su joven mujer, al traer a su hijita al mundo, recién casados, apenas estuvieron juntos doce meses; por otro, la idea de que su hija había desaparecido también de su vida, aunque nunca tuvo un padre de verdad por otras causas, ahora, con la deliciosa serenidad producida por la soledad buscada, comenzaba a pensar, que tal vez, el tendría algo de culpa.

Anduvo una media hora larga, recorriendo la autovía en dirección a la costa, pero no tenía un rumbo fijo, así que a unos 60Km. decidió dar la vuelta de nuevo y justo antes de entrar en la ciudad, al abandonar la vía rápida, vio el cartel del camino forestal, “Área recreativa del Barranco del Lobo”, y sin pensarlo lo tomó, dirigiéndose a la sierra. En las cercanías del conocido merendero, apostado justo en un extenso remanso del río Zarzal, fue donde se despidió de su esposa por ultima vez; en esa zona, había depositado las cenizas de la mujer, tras recorrer algunos cientos de metros por una vereda al principio y por en medio del cerro después, remontando el barranco del lobo a lo largo de un kilómetro. La subida era algo complicada por lo escarpado del terreno, pero él era joven y pesaba unas decenas de kilos menos; encontró un lugar que le pareció adecuado y, junto a un majestuoso y solitario pino, hizo un pequeño agujero, enterrando allí las cenizas.

El caso es, que no volvió a ir por allí nunca, hasta ese día, habían pasado unos veinticinco o veintiséis años. Recordaba la pista como si hubiera sido ayer mismo, de hecho a penas la miraba, pero por otra razón, iba completamente hipnotizado con sus pensamientos. El polvo que levantaba el vehículo, se estaba introduciendo en el coche como si llevara las ventanillas abiertas, le empezaban a picar los ojos y la

nariz. Tuvo suerte, el picor le hizo volver a la realidad, dándose cuenta de repente de que el cuenta kilómetros marcaba 98km/h y era una pista de tierra de unos 2'50m de anchura, además, estaba a penas a veinte metros de una curva de mas de 90°.

Salió de su letargo rápidamente, estaba a menos de diez metros y a esa velocidad la fuerza centrífuga, haría derrapar el vehículo, haciéndolo salir del camino de tierra; así que pisó el freno con todas sus fuerzas, se mantuvo sereno y el ABS y el ESP, hicieron el resto, mientras corregía la trayectoria lentamente, ya en plena curva, con el coche controlado, a unos 50km/h y a unos escasos diez centímetros del borde de la calzada. El corazón se le puso a mil, así que unos metros después detuvo el automóvil, abrió la puerta, y tras unos segundos, se apeó sudoroso, miró hacia atrás, en dirección a la curva, justo en el eje, había un hermoso cortado, en verdad hermoso para admirarlo, pero no para dejarse caer por el, se fue acercando lentamente y se asomó al abismo: -¡Por poco!- dijo, y se quedó mirando la escarpada ladera, no hubiera podido escapar, de ninguna manera. Había un desnivel de unos ciento cincuenta metros, lleno de grandes peñascos salpicados, entre los allí escasos pinos.

Se fijó mejor en las vistas que tenía en esa dirección, era ciertamente bonito, -Muy bonito-, susurro. Estaba todo tan verde; sin embargo al otro lado del camino, había árboles, si, pero tenían un color marrón amarillento en su mayoría; reconoció la causa de aquel extraño color, comenzó a decirse que todo esto era un bien, no sólo para el, si no para toda la humanidad. Pero en ese momento pudo ver, con sus propios ojos y con todo lujo de detalles, el daño que estaba haciendo en realidad. Intentaba seguir con su pensamiento único, pero lo que veía no lo dejaba concentrarse, comenzando a notar una especie de sentimiento de culpa, que le estaba llevando a sentir... ¿lástima? -No se puede tener lástima de unos trozos de

madera con hojas.-

Había estado unas cuantas veces allí siendo joven, antes de contraer matrimonio, solía ir con amigos, algunos ya casados, otros con sus parejas recién formadas, como era su caso. Hacían lo típico que se hace en un sitio así, nada importante. Quizá la vida se compone de un cúmulo de cosas no importantes, pero que llenan el espíritu y conforman al ser humano como tal. Y es el ser humano, en su adormecimiento, el que la complica hasta límites insospechados. Quizá el hecho de estar en medio de un paraje natural tan hermoso, y preparar una comida allí en medio, con los amigos y la familia, o poder conocer a otra gente en ese ambiente, o trabar amistad con desconocidos, es algo verdaderamente importante y reconfortante.

Recordaba imágenes de esos momentos, mientras seguía intentando mirar más y más adentro de la espesura, pero irónicamente, los árboles, aunque agonizantes, no le dejaban ver el bosque.

Eran dos sentimientos tan contradictorios...comenzó a pensar que igual, no lo había hecho tan bien, que, tal vez, no había hecho nada bien desde que falleció su esposa.

Subió cabizbajo en el coche, pero no estaba afligido por lo que había visto, ni siquiera lo estaba por su familia, estaba, por primera vez, planteándose la idoneidad de su proyecto, pero sólo sopesando levemente, las cuentas estaban claras y el futuro de su municipio, también. No había marcha atrás.

Esta vez fue con más cuidado, observando tanto el camino como los alrededores, con total atención; mientras, tomaba la decisión de subir a ver “el pino de Elisa”. Ese era el nombre de su mujer, y así le había llamado siempre al árbol.

Pensaba si recordaría el camino completamente, bueno, mas bien pensaba si

encontraría el pino, y si éste estaría aún vivo, quería estar seguro de que así sería; el camino, o sea, la vereda, usada desde el principio de los tiempos por los pastores, seguiría estando por ahí, por supuesto, pero el último kilómetro campo a traviesa, ya era algo mas complicado, aún así, de repente lo tuvo muy claro.

Estaba decidido, iría a visitar la “tumba” de Elisa, lo necesitaba, algo le estaba llevando a hacer esa peregrinación, quizá pensaba que allí encontraría respuesta a esta, incipiente bipolaridad, que comenzó a sentir por tan sólo unos segundos. Determinación no le faltaba, pero su forma física, dejaba mucho que desear.

...Ella amaba la naturaleza, siempre hablaba de la autocaravana que se tenían que comprar, para llenarla de chiquillos e ir a un lugar diferente, cada fin de semana, aprovechando cada día de vacaciones, programando incluso viajes mas largos y románticos, “los chicos se podrían quedar con alguna de las abuelas”, recordó, casi podía oírla decir esto, tenían tantos planes...

Parecía como si Juan, desde el fallecimiento, hubiera comenzado a odiar la naturaleza, sino a odiarla, a no querer saber nada de ella, a esquivarla, ni siquiera había entrado por el camino forestal en todo ese tiempo, quizá debería haber visitado aquel mausoleo natural antes, mucho antes...

Los últimos cien metros del recorrido, se convertían en una suave cuesta descendente, que acababa en una curva 180°, junto a esta, una explanada de unos seiscientos metros cuadrados, junto al río, a modo de parking; mas adentro, se podían ver unas mesas de madera, cuarteadas por la intemperie, con sus bancos de obra adosados, detrás de aquéllos y distribuidas aleatoriamente, unas cuantas barbacoas también de obra, mas allá, se distinguía otra serie de bancos y mesas. Todo ello salpicado de álamos y abedules.

Después de la curva, la pista continuaba descendiendo, para volver, por la otra



vertiente, hasta la misma entrada, dieciséis kilómetros mas abajo. Juan hacía años que no recorría aquello, pero lo recordaba todo, además aquella ruta era una de las usadas por sus camiones cisterna antiplagas. Los planos y mapas los solía hojear casi a diario, marcando a veces, las nuevas áreas prácticamente “limpias” como a el le gustaba llamarlas. Conocía el terreno a la perfección. Un pequeño pero conocido río recorría con parsimonia el angosto valle, saltando con dificultad entre las piedras, sólo tenía un metro y algo de ancho, y menos de un palmo de profundo, salvo alguna pequeña y escasa poza de no mas de veinte o treinta centímetros; recordó que se había bañado en el en otros tiempos. Permaneció un momento con la vista perdida, recordando...

Atravesó el parking lentamente, y se dirigió a un camino lateral, por el que cabía el coche justo, éste se dirigía a un viejo cortijo en ruinas, unos doscientos metros mas adentro; estaba completamente invadido por pequeñas plantas, apenas podía verlo, pero lo conocía; sólo cincuenta metros mas allá, tras un pequeño descenso, aún estaban ahí, dos hermosas encinas, entre ellas detuvo el vehículo, ahí oculto, nadie lo vería desde la pista, si es que alguien viniera, cosa harto extraña. No quería que encontraran su coche por ahí, era archiconocido, y no deseaba ver a nadie. Se encontraba muy bien a solas en aquel lugar. Le estaba invadiendo una sensación muy agradable, una para él desconocida, borrachera de emoción.

Se aseguró de haber cerrado las puertas, y guardó la chaqueta en el maletero. Continuó por el mismo camino que conducía al cortijo, pero andando, un poco antes de llegar a este, se encontraba la vereda, que abriría el ascenso, la parte más sencilla. La siguió sin vacilar, se encontraba eufórico, iba dando grandes pasos y no parecía fatigarse, aunque ya estaba empezando a sudar. Cuándo llegó a una conocida curva a la derecha, salió de la vereda, como hiciera entonces, veinticinco

años antes, y se detuvo a respirar; miró hacia atrás abajo, observando que había un desnivel importante, sentía el corazón golpeándole fuertemente el pecho, pero una extraña “fuerza interior”, le arrastraba. Ante sí, se encontraba una inmensa loma pelada, verdaderamente abrupta, con unos desniveles de vértigo, no iba a subirla, sino que la bordearía, a una altura de unos treinta metros sobre el fondo del barranco, entre pizarras sueltas, algún tomillo y, de cuando en cuando, algún pino solitario; pero desde ahí, no se podía ver el que buscaba. Apenas había andado cincuenta metros, cuando resbaló por primera vez; su pié izquierdo pisó sobre una plancha de pizarra un poco mas grande que una mano, pareció como si hubiera pisado hielo. De nuevo le funcionaron los reflejos. Conforme todo el cuerpo seguía a su pié en aquella loca caída, sin tiempo de pensar, sus dos manos se aferraron con desesperación a la roca donde se estaba apoyando para sortear el estrecho paso, mientras intentaba buscar un apoyo con el otro pié. Se dio un fuerte golpe en la cara, en el lado derecho de la caja torácica y en la parte interior del codo del mismo lado. Sintió como las uñas de la mano izquierda estuvieron a punto de salirse de su encarnadura. Su peso era muy superior de lo que los músculos de sus brazos podían soportar; tuvo la suerte de que el mismo pié que había resbalado, tras quedar la pierna estirada en su totalidad, se apoyó en una especie de escalón natural que formaba otra roca un metro y medio mas abajo, seguidamente, por fin su pié derecho consiguió el apoyo necesario, unos segundos de esfuerzo coordinado, y con la fuerza extra producida por la adrenalina, la cual podía sentir invadiendo todo su organismo, dándole la sensación de que el corazón le iba a estallar, y que casi no podía controlar sus movimientos...Estaba arriba. Se abrazó a la roca, se dejó caer sobre su trasero, quedando en cuclillas, pálido y temblando.

Le llevó sobre unos cinco minutos reponerse, de cuando en cuando se secaba el

sudor, que no cesaba de brotar, de su ahora enrojecida tez; se estuvo persuadiendo de que sería más prudente a partir de ese punto, se dijo que había sido un estúpido despiste. Parecía un atleta convenciéndose a sí mismo, poco antes de batir el récord mundial. No pensaba volver sin hacer su, tan de repente, ansiada visita. El, rara vez daba marcha atrás. Era un Mellado y todos sus antepasados habían sido hombres importantes. A su edad, y con la vida que había llevado, no había cosa en el mundo que le hiciera cambiar una idea, por muy errónea que esta fuera.

Continuó andando lentamente por la pendiente, a veces casi arrastrándose, dando pequeños tropezones que le ponía el bello de punta y le hacía encoger el estómago. Llevaría andados unos quinientos metros, se detuvo cansado, la euforia había dejado paso a una ligera fatiga. Comenzó a sentir que le flojeaban las piernas. Casi había acabado con sus reservas de glucógeno. Escudriñó la ladera, recordaba muy bien aquel lugar, viéndolo en ese momento, le daba la impresión de que no había cambiado nada en absoluto. Se sintió renovado, tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo, casi como si fuera a recoger a su esposa a la estación de autobuses, cuando por primera vez se trasladó a su ciudad. De nuevo sus propios pensamientos lo habían atrapado, de nuevo dejó de mirar donde ponía cada pié...

“Seguro que llevaría puesto el vaquero desteñido que él le había regalado, y una especie de top blanco, como los de las películas de vaqueros, tendría puestas sus gafas de sol negras, destacando sobre su cabello castaño claro, que de buen seguro iría recogido en una hermosa trenza, y...”. Soñaba despierto, no miraba el camino, ya no lo necesitaba, sólo quería reunirse con ella.

Un pequeño traspíe lo devolvió al mundo real, de nuevo, el corazón le golpeó con fuerza dentro de su pecho. Se detuvo. Parpadeó varias veces y se pasó el pañuelo que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, por la frente primero, por los ojos, y

por el resto de la cara después, estaba empapado y muy enrojecido. Pudo verlo en ese mismo momento, tras guardarse lentamente el pañuelo, justo al levantar la vista y quedarse mirando hacia delante; ¡el pino! Se le hizo un nudo en el estómago, parecía que fuera su primera cita, esa era la sensación. Le quedarían menos de cien metros entonces, el sitio era único, aquella composición de grandes rocas calizas, con ese solitario árbol discretamente escondido detrás, era inconfundible e inolvidable. Pero algo había cambiado, si, estaba claro, la hermosa conífera tenía muy mala pinta, tenía la copa partida, completamente seca y aún colgando, y varias de las siguientes ramas, también peladas o con algunas pocas agujas verdes de muestra, solamente las ramas mas bajas, y esto eran unos cinco o seis metros desde el suelo, resplandecían de vida. Desde esa perspectiva, tenía el aspecto de los típicos árboles de las antiguas películas de terror; esto le produjo un ligero sentimiento de lástima.

Continuó andando, esta vez algo más rápido, pero calculando minuciosamente, donde colocar los pies, no quería más sustos. En los últimos metros que restaban hasta las rocas que custodiaban el árbol, había una serie de especie de estrechas terrazas naturales, de algo menos de un metro de anchura, separadas entre ellas por desniveles de entre tres a seis metros, pero que partían de un mismo punto; intentó respirar relajadamente, y tranquilizarse. Continuó por la terraza que llevaba a la parte central de las rocas, le pareció una autovía comparado con el resto del camino. Metro a metro se aproximaba a las calizas, podía ver el pasillo que partía el bloque principal en dos, el cuál le llevaría al otro lado, podía entrever parte del tronco y de las ramas mas bajas, cada vez estaba mas nervioso, pero su paso entonces era muy lento, casi solemne. Al introducirse por el pasillo, contuvo la respiración, ¿Acaso pensaba nuevamente que se iba a encontrar con su querida Elisa en

realidad? Sentía como bombeaba su corazón en las arterias del cuello y las sienes, comenzó a sentir un ligero pero punzante dolor en el pecho y en el brazo izquierdo. Salió del pasadizo, había un llano, sólo cinco metros mas allá estaba el árbol, un par de metros delante de este, una pequeña cruz de madera, clavada en el suelo cubierto de agujas secas. El dolor se hizo más fuerte, comenzó a sujetarse el pecho con una mano, se acercó más, estaba justo delante de la cruz, a algo mas de medio metro. Más dolor. Se hincó de rodillas en el mullido suelo. Contempló la tierra cubierta de agujas, debajo del símbolo sagrado unos segundos, quizá medio minuto, pronunciando mentalmente el nombre de su esposa, a continuación cayó de bruces a escasos centímetros del crucifijo, perdiendo el conocimiento. O algo así.

No sabía donde se encontraba, ni que narices le estaba pasando, se acordaba de que le había dado un dolor muy fuerte, pensó que sería un infarto o similar, pero ahora no sentía molestia alguna ¿había muerto? Le parecía que no, -cuando uno muere...se lo comen los gusanos- pensaba habitualmente; un pensamiento algo ilógico para un "creyente" ¿no? Se sentía muy sorprendido y completamente desorientado. Estaba inmerso en una especie de sueño, una sensación de dispersión e ingravidez, era todo lo que sentía, sin tiempo, sin espacio; si, parecía que se hubiera detenido el tiempo, no le dolía nada, no sentía cansancio alguno; no había oscuridad, pero tampoco podía decir que hubiera luz.

Sentía "estar" físicamente, o "ser", desde luego su personalidad podía palparla - pero, ¿donde c...está mi móvil!- le pareció escuchar, resonando como desde arriba; no se podía mover, hacía esfuerzos, pero tampoco sentía sus miembros. Era como si hubieran extraído su mente, sus pensamientos, su persona, con total asepsia de su propio cuerpo y hubiera sido trasladado al centro exacto de ninguna parte.

Le pareció oír que lo llamaban, al principio no sabía quien, ni desde donde le estaba

hablando, tampoco reconocía los sonidos que oía, pero los entendía a la perfección, o mejor, su cerebro, su espíritu, o su psique, ¿energía? como queramos decirle a ese algo que todos sabemos que existe, pero nadie se atreve a reconocer, captaba estos sonidos, entonces, la sensación era como si pensara que estaba asimilando ciertas ideas o conceptos. Poco después, claramente escuchó susurrar su nombre, una voz tan dulce y cálida...tan...familiar, -Juan, vuelve, ¡Juan!... Juan tienes que volver, te esperaré, ¡vuelve!-

De pronto, la nada.

Se levantó y como siempre, repasó sus últimos años. Era una especie de ejercicio diario para su mente, y para su alma. Revivir aquellos hechos pasados, con la intensidad que lo hacía, y a diario, le hacía mucho más fuerte, el pasado le servía de referencia, para recordarse de que manera no volvería a ser jamás. Poco quedaba del Frank que había conocido en los últimos diez años. Había descubierto sin quererlo, un mundo muy diferente, al que la mayoría no estamos habituados; Seguía siendo el tipo duro que solía ser, sólo que lo movían razones bien diferentes; sus principales motivaciones en ese momento eran leer y estar en su celda sólo, la mayor cantidad de tiempo posible. Se podría decir que se había vuelto un estudioso, nadie lo diría con su historial, pero esto podría ser algo casi normal entre un sector de la población reclusa a lo largo del mundo y de la historia, pero este preso, ¡era tan atípico!; muchas personas en esa situación, pasaban horas y horas leyendo o estudiando, también en la celda, pero iban y venían por la cárcel, salían por el patio, iban al gimnasio o a la biblioteca, tenían vida social digamos...y en la cárcel el que no hace todas estas cosas, en general es por una serie de razones conocidas por todos, como por ejemplo violadores, que a menudo están “refugiados”, ya que sus vidas podrían correr peligro, dado que son un tipo de criminales que el resto de reclusos odian, por que la mayoría de los internos tiene, en la vida civil, esposa o madre o hijas e hijos pequeños o adolescentes, y les podría a tocar a ellos.

Salía a ducharse de vez en cuándo, si antes se relacionaba poco, ahora procuraba que fuera nada. Los demás, al ver su actual actitud, se le acercaban menos todavía, es decir: nada. Siempre había sido algo raro, desde que entró en el centro penitenciario para los compañeros, huraño y fácilmente irritable. En el actual momento que vivía, parecía un “Anthony Hopkins” en El silencio de los corderos, con la cabeza afeitada a diario y una túnica de fabricación casera, la verdad que imponía

respeto, o despertaba desconfianza y los comentarios que sobre él circulaban por la cárcel hacían el resto, para los otros, “se le había ido la cabeza” por completo.

Vestido como si de una especie de monje se tratara, y pasando a menudo, horas y horas sentado o tumbado boca arriba sin que observara en él movimiento alguno.

Era normal que no despertara mucha confianza su actitud, más aún en un lugar como la cárcel, donde es bueno no destacar, si quiere uno vivir en paz.

No se había vuelto loco. Si alguien le hubiera preguntado, lejos de la esperada indiferencia o reacción violenta, el, con una sonrisa, hubiera intentado aplacar la duda de la otra persona. Aunque el otro, al fin, se hubiera ido pensando que estaba más perturbado de lo que se creía antes de escucharlo.

Se había hecho de un montón de libros, y no es un decir, debajo del camastro, tenía apilados, unos cincuenta volúmenes, en diez bloques de cinco, perfectamente ordenados, la mayoría eran sobre el budismo lamaísta y temas relacionados con ello. Había aprendido técnicas de kundalini yoga, también el famoso yoga taoísta, conocido como Chi-kung, todo ello relacionado con la respiración y el movimiento de la omnipresente energía universal, Chi, Ki, Prahna en el mundo oriental, que lo invade todo y le da la vida a todo, incluido al ser humano.

Una quinta parte de los libros hablaban sobre la vida en los monasterios o lamaserías del invadido y misterioso Tibet.

Al contrario que Don Quijote, no comenzó leyendo libros y después se volvió loco, a Frank, le sucedieron cosas muy extrañas para cualquiera, y comenzó a buscar respuestas en los libros, puede ayudar, pero no es en los libros donde se encuentran estas, están dentro de la propia persona. Lo que más le había sorprendido, no era ningún descubrimiento especial, ni ninguna fórmula capaz de hacer volar los aviones sin combustible, lo que, al principio, le había dejado perplejo, es que, la mayor parte



de experiencias que el había tenido, se narraban allí con exactitud, y era todo tan parecido a lo que estaba viviendo, que a veces pensaba que era el mismo quien había escrito aquellas palabras. No le fue fácil descubrir que le estaba sucediendo, aunque desde el principio se dio cuenta de que era una cosa digamos especial, si no una especie de don, si un “regalo”.

Fue una casualidad, que hojeara aquella revista de salud alternativa y esoterismo, no le enseñó nada aquella, pero si le dio la pista sobre que es lo que tenía que buscar. Recordaba que era un artículo sobre Shiatsu, en éste, leyó por primera vez el término “vía astral”, y una breve descripción sobre el tema.

Su aparente locura, no era otra cosa que llevar una vida monástica dentro de la cárcel, son parecidas ¿no? La diferencia estriba en la voluntariedad... ¿no?

Si, se había vuelto una especie de monje, un monje europeo, pero la verdad, parecía salido del mismísimo Potala. Sus movimientos y gestos se habían suavizado, de tal manera, que daba la impresión, de que no se moviera, aún cuando caminaba. Si alguien se hubiera detenido a pensar tranquilamente sobre el tema, hubiera percibido, que tenía que ser algo importante lo que había producido el cambio en aquel hombre, no podría ser de ningún modo una simple locura, el que se vuelve loco no mejora, sino que empeora, ¿verdad? ¿Podía alguien, ver verdaderamente que había en la mente de Frank? Difícilmente. Nada podían entender sus obligados compañeros, de manera que el cambio exterior y el interior no tenían nada que ver a los ojos del resto de reclusos, con un nivel cultural bastante bajo en su mayoría.

¿Acaso si hubieran sido gente de ciencia?... Tampoco. Nadie podía entender, el aspecto en sí, era algo que aún podía no parecer tan raro: cualquiera se rapa la cabeza y se coloca un poncho o alguna prenda parecida, más aún en una cárcel,

donde nadie espera ir a una cena romántica o salir a una discoteca ni nada por el estilo. Lo que mas raro se le hacía a los otros reclusos, eran sus extraños hábitos diarios, el cambio, y la exacerbada tranquilidad que le perseguía, apenas comía, casi siempre encerrado, de vez en cuando, pedía un permiso especial para salir sólo al patio, donde andaba cinco minutos y los otros veinticinco concedidos, los pasaba sentado en alguna extraña postura, leyendo, siempre leyendo o inmóvil como una estatua. Algún compañero le gritaba a veces cualquier impropio desde las ventanas de las celdas que daban al patio, él, a diferencia de otros tiempos, ni los oía.

Como tantas noches, después de cenar, o mejor, después de la hora de la cena, porque no solía cenar, se preparó de nuevo para su propia investigación particular. Se sentó en su camastro y colocó sus manos cerca del ombligo, una sobre la otra, relajado, así estuvo durante una hora y cuarenta y cinco minutos, hasta poco después de que apagarán las luces y se hiciera el silencio en aquella prisión. En ese momento, puso sus manos huecas sobre los ojos, muy despacio, a continuación frotó su cara con suavidad y se levantó sin apenas esfuerzo. Se dirigió al centro de la pequeña celda y se tumbó boca arriba. Respiró varias veces con fuerza, exhalando hasta la última molécula de aire cada vez, luego cerró los ojos y dejó la respiración libre y su mente igual, tranquilidad total, buenos deseos, la nada o el todo. La eterna transformación del universo.

Una nebulosa quedaba “en pié” delante del hombre tumbado en el frío suelo. A veces era etérea como el humo, a veces con la misma forma del hombre, pero como si no tuviera masa y muy brillante, otras una gran bola blanca, de naturaleza eléctrica; el caso es que podía mover “aquello” a placer estando su cuerpo dormido. Podía salir de la cárcel e ir donde le apeteciera, y no era su imaginación. Había

podido comprobar con sus propios ojos y por desgracia, que no lo era. Si, el sabía que aquello era muy real, hacía tiempo que solía ir a ver a su madre, y demás familia que todavía vivía en su casa, eso podría ser imaginación, aunque sabía que no. La increíble demostración la tuvo una noche vagando por la prisión, sin rumbo, dejándose llevar como arrastrado por una corriente de aire...

Nunca en la vida, lo había pasado tan mal por otra persona, ni siquiera por el mismo. Aquella vez, al “pasar” por una de las celdas del módulo vecino, advirtió como era violado un recién ingresado reo, no podía hacer nada por el y tampoco pudo irse de allí, hasta que vio como le eran asestadas dos puñaladas en la espalda; la escena le sobrecogió de tal manera que estuvo largo tiempo sin dar su “paseo”. Muchas veces deseó que hubiera sido un sueño o un producto de su imaginación. La confirmación la tuvo días mas tarde, sólo necesitó escuchar los comentarios de algunos compañeros yendo y viniendo tras la hora del desayuno. Un recién llegado había sido violado y apuñalado en el módulo contiguo al suyo. Lo confirmó preguntándole a un árabe negro con el que había trabado una ligera amistad. Khalid le confirmó sus temidas sospechas. Le dieron ganas de vomitar, lo vio todo y no pudo hacer nada, se sintió culpable e impotente y se odió por ello. Pensó que jamás podría volver a hacerlo, si eso era lo que le esperaba, no quería aquel maldito “poder” o lo que fuera aquello.

Sólo el tiempo y una mente lúcida, le permitieron volver a sus salidas. Si alguna vez le pasara algo similar, pensó, inventaría lo que fuera para ayudar a la otra persona, y si no consiguiera ayudarlo, tampoco se culparía más, podía sentirse mal por la locura de sus congéneres, pero eso no le daba derecho a creerse el causante del desenlace de la situación, fuera cual fuera; pensó -¿es culpable el público del mal final de una mala película?-

Una cosa estaba muy clara para él, no era el único. Quienes habían escrito todo lo que él había estado leyendo los últimos años, o eran muy embusteros y tenían mucha imaginación, o se trataba de algo que poseía un gran número de personas a lo largo del mundo, esto le hacía meditar sobre otro tema: -¿A qué cantidad de personas le estaría sucediendo lo mismo? Y, ¿Por qué? O ¿Cómo?- Las respuestas eran tan difíciles de encontrar... Si hubiera más gente en su situación, y él estaba seguro de que la había,

-¿Podrían llegar a ponerse en contacto?-

El caro reloj de pulsera de la figura que yacía bajo aquel gran pino, marcaba las 18:57; la luminosidad del día iba perdiendo intensidad, la escena era de gran belleza, si uno no se percataba de que el hombre estaba tumbado boca abajo y al pié de una cruz clavada en la tierra, sobre el manto de agujas de la conífera; esto daba una impresión algo tétrica. El sol había desaparecido por completo y en breve se haría de noche, se escuchó un leve crujido, el hombre comenzó a mover los dedos de una mano, lentamente, la otra mano, intentó apoyarse cayó de nuevo de bruces y comenzó a toser, tosió durante un rato, sin apenas fuerza, hasta que poco a poco, consiguió ponerse de rodillas, en esa posición, le parecía un sueño, estaba delante de la cruz y le daba la sensación de estar en una iglesia rezando, en uno de esos banquitos; pero lo cierto es que no podía esforzarse mas por intentar ponerse de pié, esperó un poco, haciendo un vigoroso aunque poco productivo acopio de energía o decisión, apoyó el peso sobre las manos, aliviando de esa manera el de las piernas, una vez, dos veces... y consiguió alzarse con gran esfuerzo, al lograr la posición vertical comenzó a toser de nuevo, mientras sintió la impresión de haber estado hablando de tu a tu con la muerte.

Salió de su aturdimiento, siendo ya oscuro, además estaba helado. Comenzó a tiritar descontroladamente, al mismo tiempo el cerebro se puso en estado de alerta, de nuevo el corazón se estaba acelerando, tenía que volver al coche, si dormía en aquel lugar, seguramente moriría de frío, no obstante no tenía la mas mínima intención de comprobarlo. Lo malo es que esta vez no podría ver el camino de vuelta, estaba comenzando a preocuparse, y tenía muy buenas razones para ello. Miró hacia la cruz, que entonces a penas se veía, unas palabras resonaron en su cerebro: -¡Vuelve! ¡Vuelve!-, y susurró algo así como: -Si querida...debo irme.-

Literalmente, no se veía tres en un burro, la oscuridad se estaba apoderando del

valle, aún podía ver el color casi azul de la parte oeste del cielo, pero el resto era oscuridad total; podía difusamente, verse los pies y un par de palmos de algo oscuro por delante de estos, estaba nervioso y fatigado, también bastante aturdido; tenía claro que debía salir de allí como fuera; se tocó un bolsillo y extrajo un teléfono móvil, abrió la tapa y se encendió una luz azulada, se volvió hacia el pasillo de roca, comprobando que podía verlo a una distancia de cinco o seis metros, calculó; entonces comenzó a andar con decisión, también tenía prisa, estaba tiritando. Al salir de entre las rocas, se detuvo unos segundos, intentando vislumbrar alguna parte del camino que le diera algo de confianza, no se veía nada en especial. Hasta que acabara la terraza en la que se encontraba, y se fundiera con las otras unos cincuenta metros mas allá, no podría elegir otro camino. Continuó andando, la luz del móvil le permitía ver lo justo para no tropezar, pero no para comprobar por donde había de andar.

Al finalizar el terreno llano, se entreveían con ayuda de la escasa luz, varios claros entre la vegetación, cada uno le parecía un camino. Estaba concentrado observando, intentando asegurarse de cuál sería el bueno. Sólo recordaba una especie de pequeña vereda, nada más, el resto, piedras y plantas, distribuidas a su antojo. Al venir, no le pareció haber visto otras sendas. Tomó el que parecía mas transitable desde ese punto, pero a los pocos metros no conseguía encontrarlo. Volvió sobre sus pasos hasta el punto donde acababan las terrazas; tiritaba con violencia, hacía un tremendo esfuerzo por contener sus movimientos, y cada vez le era mas difícil dominarlos, no tenía miedo, más bien se estaba indignando. Volvió a elegir un camino, el mas a la derecha, este bajaba discretamente, acercándose al centro de la pequeña garganta formada por el cauce del arroyo. Anduvo unos metros por el, 8...10...lentamente lo fue siguiendo, -Por fin- se dijo- este es...- se concentró

e intentó relajarse nuevamente, hizo varias respiraciones profundas, el olor de algunas plantas aromáticas invadía el ambiente. Reconoció el tomillo, pensó en lo maravilloso que era aquel lugar natural. Aquel silencio, el aire tan puro, tan fragante; aspiró de nuevo con fuerza y exhaló el aire lentamente, casi sintió que aquello alimentaba...suspiró, ahora más relajado, entonces un sentimiento de enojo le invadió, ¿Cómo podía estar disfrutando de esto? -Te estás haciendo viejo Juan...- se dijo con una sonrisilla algo nerviosa.

Dejó volar su imaginación, unos instantes, a penas veía nada, pero recordaba el paisaje bastante bien como para visualizarlo en esos momentos, se hizo una imagen mental bastante precisa de la zona. Comienzo por el río, que partía el valle en dos en su ángulo mas bajo, lo visualizó tal y como lo recordaba, con un importante caudal de agua, rugiendo por el prolongado deshielo de las nieves caídas durante el invierno, pero no era así, a decir verdad podía oír tan solo un lejano murmullo, nada comparado con el fragor del rugido que recordaba. Las dos laderas enfrentadas, una, la contraria, cubierta completamente de pinos, hasta una cierta altura, a la que todos desaparecían, tras una línea de piedras colocadas a modo de frontera natural, donde comenzaba la alta montaña, el reino de las nieves casi perpetuas. Era primavera y aún quedaban algunos charquitos blanquísimos, a partir de ella ningún árbol. La parte en la que el se encontraba era la mas seca, había algo de árboles, pero al contrario que en la otra ladera, esta los tenía en su parte mas baja, y en la mas alta, en medio quedaba pelada, a modo de cortafuegos sin pino alguno, tan sólo tomillos, esparto y abundantes piornos, intentaban con dificultad cubrir la tierra descarnada.

De frente, ascendiendo, justo a sus espaldas se veía la impresionante cuerda principal de la sierra, completamente desierta y tomada por la nieve, cerrando el

valle por su parte sur. Hacia el noroeste, en el fondo del valle, se apreciaba una inmensa llanura, cubierta por diversos cultivos y algunas diminutas poblaciones. Más al fondo, detrás de la llanura se divisaba otra cadena montañosa, oscurecida a la vista por la distancia.

Se le estaba ocurriendo una preciosa idea. Si. Buscaría a su hija, si hiciera falta iría a los estados unidos. Igual ella no querría, pero él hablaría con ella, la convencería de que viniera con él. Podían ir los dos juntos y llevar unas flores a Elisa. Era una buena idea. Después andarían hacia arriba, hasta un conocido refugio, donde se contarían todo lo que no se habían contado durante todos esos años. Delante de un fuego, los dos, padre e hija, sería maravilloso. Había perdido unos años preciosos.

Al morir su mujer, se quiso apartar del mundo, refugiándose en la apariencia de felicidad producida por el poder y el dinero, perdiendo a la vez, lo único que le había quedado de Elisa: la pequeña Sam. Aquella chiquilla le recordaba tanto a su mujer, debía haberla conservado y darle el cariño que su madre no tuvo tiempo.

Unos veinte metros había avanzado, y no perdía el camino aunque no lo recordaba con tanta pendiente y tan cercano al arroyo, empezaba a oír el agua varios metros por debajo, como un murmullo lejano.

Se detuvo de nuevo, cerró la tapa del móvil, haciendo otro nuevo intento de relajar su corazón aún palpitante, miró hacia el cielo, contemplando una brillante estrella durante algún tiempo. Miró hacia atrás, no se veía nada, el silencio se había apoderado del valle, quizá se escuchaba de cuando en cuando una lechuza o un mochuelo chillando, comunicándose con sus congéneres. Se sentía atrapado, aún así, estaba sintiendo una especie de libertad o placer, tal vez las dos cosas, algo inédito para él, o eso se le antojaba en aquel momento; de nuevo abrió el móvil, y comenzó a andar, al instante sonó un pitido que parecía salido del infierno, lo



identificó rápidamente, se puso el teléfono a pocos centímetros de la cara y pudo comprobar que el icono de la batería estaba de color rojo y parpadeando. En cinco minutos o antes se quedaría sin "pilas". Comenzó a alargar sus pasos y a aumentar la frecuencia de los mismos, lo que no pudo mejorar, fue la intensidad de la escasa luz que le acompañaba. Un nuevo pitido y Juan cerró otra vez la tapa, dio tres pasos y se percató de que no veía absolutamente nada, aún así siguió andando, dio un pequeño traspiés y se quedó abierto de piernas con una rodilla ligeramente lacerada. Se incorporó y conectó la luz. Anduvo a toda prisa, con la esperanza de poder llegar antes de quedarse sin batería, resbaló dos o tres veces mas, estaba ligeramente histérico; una rama suelta, justo en medio del escaso camino, un pié la pisa, el otro tropieza con el extremo levantado de esta y el mundo cambia en un abrir y cerrar de ojos.

Todavía con el celular en la mano, el hombre se precipitó por la empinada pendiente. Sintió como se detenían el corazón y la respiración, en medio de la oscuridad notó como su tobillo derecho se destrozaba contra una roca en medio de su caída. Calló con tal fuerza sobre el, que todo su cuerpo rebotó girando por su eje transversal cayendo de espaldas con la cabeza hacia abajo sobre un saliente. Sintió como se le fracturaba varias costillas, sin tiempo para nada, rodó dando volteretas, voló dos o tres metros más y se golpeó brutalmente la cabeza y, aunque ya no lo sentía, se golpeó varias veces más, una severa fractura de clavícula izquierda. Seguía rodando, parecía un abandonado muñeco de trapo dando tumbos. Una última caída y se fracturó la cadera, quedando inerte sobre una piedra en forma de altar, con la cabeza colgando en la dirección del río, tenía todo el aspecto de un sacrificio humano a punto de realizarse.

Eran las 21:00 horas aproximadamente, el valle quedó en total silencio, quizás, se

detuvo incluso el agua en su descenso, una noche de lo mas tranquila en la sierra. Se empezó a oír a lo lejos un grillo, y después otro y otro.

El hombre que había allí tumbado de aquella grotesca manera, sangraba sutilmente por varios sitios, no se movía en absoluto, y no se quejaba ni nada parecido, debería haber muerto. Sólo acercándose a unos centímetros de el, se podía oír su débil, áspera y entrecortada respiración, un leve burbujeo denotaba la entrada de líquidos en el pulmón, aquel hombre, sin la atención médica necesaria, no tardaría en morir, no se desangraba, pero estaba a veinte kilómetros de la población mas cercana, la suya, y lo separaban unas cuantas hectáreas de monte mediterráneo, de la ayuda mas próxima, con una temperatura de 9° centígrados, y aún bajaría.

...Sentía un pavor indescriptible, quería mantenerse allí refugiado, en aquella penosa envoltura, al empezar todo, la había abandonado. No sabía cómo pero casi se muere de miedo, no tenía claro que pudiera morir o si habría muerto ya. Pero, efectivamente, lo había visto con total claridad. Los últimos metros pudo observar desde otra perspectiva, cómo su cuerpo rebotaba de roca en roca como un muñeco de trapo. La confusión que se produjo en él era indescriptible, fuera de su poderoso cuerpo, se sentía desnudo, cómo un chiquillo perdido, buscando a su madre. Y eso fue sólo el principio. Cuando quedó su cuerpo definitivamente yaciendo sobre aquellas rocas, intentó moverlo de todas las maneras posibles, la desesperación que se apoderaba de el, era indescriptible. Gritaba desde su interior como un loco, pateaba, tiraba, golpeaba, todo sin resultado alguno, pues no se producía ninguna reacción ni movimiento alguno.

-¡Joder! ¡Joder!- Gritaba con todas sus fuerzas, pero ni el mismo parecía escucharlo, se agitaba como un niño con una terrible pesadilla, aunque no se produjera ningún

movimiento exterior.

Aquello no había hecho más que empezar, y ya le parecía que no tendría fin. Primero vio horrorizado como los árboles cobraban vida y se aproximaban a él quejándose amenazantes, mientras se transformaban en criaturas con formas humanas o diversos y extraños duendecillos o pequeños demonios que tiraban de su alma, o saltaban sobre él con quien sabe que aviesas intenciones, la verdad es que no sufría ningún daño pero el pánico que sentía no era de este mundo; la sensación para él, era como si le estuvieran intentando arrancar la carne a bocados, o desgarrando con afiladas uñas, eran estas sensaciones digamos mentales, pues no sentía nada realmente físico, como dolor o algo parecido. Más tarde, vio llegar otra forma infinitamente más grande que todas, y más terrorífica. No sabía que era exactamente, pero en ella se entremezclaban todos sus miedos y odios, y venía decidida a engullirlo. Una vez dentro, fue como cambiar a otro mundo, otra dimensión más horrible aún, allí se sentía completamente fundido con los sentimientos más repugnantes y terroríficos, pero físicamente, era asquerosamente real. Podía ver como él mismo formaba uno con la criatura, tomando posesión de su ser, que se transformaba irremediabilmente en las mas absurdas caricaturas humanas. Los sentimientos de culpa, miedo atroz, odio, desesperanza, se hacían, lo que se podría decir, físicamente palpables, y él dentro de esta espiral que lo engullía se sentía perdido en un caos de terror y sufrimiento sin fin.

Por fin, no sabía tras cuantas eternidades, llegó una nueva criatura, esta tenía el aspecto de una persona normal, tanto que el espanto, de nuevo por unos instantes, fue aún mayor; sólo que a su llegada, todo cambió drásticamente, él, pareció poder refugiarse tranquilo de nuevo en su cascarón y todas las demás formas desaparecieron en un segundo, una sensación de paz le atrapó, y su desasosiego

fue desapareciendo con timidez; esta forma, era claramente un hombre, le sonaba la ¿“cara”? tal vez, podía ver la tremenda compasión en la expresión de aquella criatura. En aquel momento le pareció el mismo Dios. Le dolía todo el cuerpo, sentía un frío de muerte, sensaciones que también fueron desapareciendo lentamente, mientras el hombre permaneció a su lado mirándolo fijamente. Aunque no podía moverse en absoluto, se sintió tan reconfortado como un bebé en el pecho de su madre...

06:00 a.m. Hotel Stanford. Bergville.

Se despertó con la sensación de no haber dormido más de quince o veinte minutos.

De hecho, era muy posible que no hubiese dormido nada.

Comenzó a recordar su llegada al hotel, de nuevo, no sabía si había sido un sueño o no, -¡increíble!- Llegó preguntando por un tal señor López, Samuel López, de Estados Unidos de Norteamérica; en un primer momento nadie sabía nada de ese señor, era la 01:30 de la noche y tenía un sueño que no podía mas...Obligó al conserje, a mirar varias veces las fichas de huéspedes, aunque aquel estaba mas interesado en ver alguna película subida de tono, que al parecer, por los sonidos, tenía en un receptor oculto bajo el mostrador. Mientras, en la sala de espera y cafetería, parecía oírse algún programa deportivo, o de variedades, y casi podía escuchar algunos comentarios de los espectadores que allí se encontraran. Decidió entrar mientras pensaba un poco, caminando con pesadez.

Allí se hallaban unas ocho personas, calculó al pronto, de las cuales sólo dos miraban la pantalla, sentadas a una mesa; el resto, en los sillones, daban signos evidentes de estar durmiendo como niños, la boca abierta algunos, el cuello colgando otros y, el que mas y el que menos dando unos ronquidos estremecedores.

De las dos mujeres sentadas a la mesa, la mayor a simple vista, tendría unos ochenta años, pero hacía una exhibición de energía que asustaba. No paraba de hablar con los “bellos durmientes” y de hacer ruiditos chasqueando con la lengua para ver si los acallaba, misión harto imposible, dado lo tremendo del gruñido general que allí se oía.

Efectivamente, estaban viendo un programa deportivo, parecía una competición internacional de Judo, Kárate o algo así, debía ser importante por el bullicio

producido por público y comentaristas. La mujer mayor, de pelo cano grisáceo, con los puños en alto no paraba de gesticular, y manteniendo su lucha contra los durmientes, todavía le quedaban fuerzas para pelear con el resto del mundo de dentro de la pantalla. La otra mujer...de cabello castaño claro ligeramente ondulado, intentaba aplacarla dulcemente, explicándole cosas sobre la violencia, de repente parecía que los papeles de mayor-sereno y joven-allocado, se hubieran alterado por completo al ver a esta pareja. Volvió a mirar a la mujer más joven, a pesar de la tenue luz le pareció la criatura más bonita que había visto. No sólo le pareció bonita físicamente, que lo era, pero su expresión, la manera tan dulce de hablarle a la otra mujer, la serenidad que transmitía, su sonrisa, pura como el agua del deshielo...se quedó mirando como si no hubiera visto una mujer en su vida.

De pronto, la mayor de ellas le increpó: -¿Buscas algo guapo?!- Habló en castellano y le sonó como si hubiera sido su abuela escoba en ristre. Dijo tartamudeando -Ho...hola, buenas noches, eh...eh no, no busco nada, eh o sea, sí, busco algo, o sea a alguien. Pero creo, que si está en esta sala estará durmiendo, ha, ha, ha- dijo intentando salir airoso de la incómoda situación. -¡Muy bien amigo!- Dijo la mujer del pelo cano, -pues ya puede cerrar su boca y salir por donde ha venido. Y deje ya de mirar así, descarado, ¿que es usted? ¿un salido? ¡No me haga perder la paciencia hijo!- Añadió en tono amenazante, mostrándole su puño derecho cerrado. -No sabe con quien se la juega.- añadió.

La chica, que tendría cerca de los treinta la sujetaba suavemente de un brazo y susurraba palabras tranquilizadoras, que apenas se entendían pero que sonaban tan bien...

La muchacha se puso de pié, haciendo que callara la otra mujer con total dulzura - Acérquese señor...disculpe a la señora Pineda, está muy excitada con la final de K-

1, es una gran aficionada y el campeón está a punto de perder su título- Dijo sonriendo con amabilidad. Jesús se acercó y tomando la mano de la mujer madura, la besó, mientras se presentaba, a esta se le cambió la cara de ferocidad por una tierna sonrisa, sus ojos se iluminaron notablemente y observó: -Oh, que chico tan apuesto y gentil, ¡encantada!, me llamo Clarisa- se presentó ella. La otra mujer continuó -Buenas noches, yo soy Samantha, mucho gusto.-

-Jesús- dijo él -encantado.- De nuevo se quedó mirándola, le sonaba esa carita angelical, aún en aquella penumbra, además le daba la impresión de conocerla desde siempre; su voz profunda y dulce, le llevaba a partes de su mente que tenía prácticamente olvidadas, otros tiempos, aquellos tiempos de la adolescencia.

No había sido un chico demasiado “callejero”, en el sentido de salir a menudo con los amigos y hacer alguna que otra locura y mas de una trastada, pero claro que tuvo sus escarceos, incluso una vez se emborrachó, -¡si!, ha, ha- pensó completamente enfrascado en sus recuerdos -ahí dejé definitivamente el alcohol...-

Aún seguía mirando a la chica, como pasmado, pero se dio cuenta de que la señora Pineda estaba comenzando a fruncir el ceño de una manera sobrecogedora, Samantha se percató y hábilmente dijo: -¿Se quiere sentar con nosotras un rato a ver la final? Voy por un té, ¿alguien quiere algo?-

Mientras se sentaba siguió pensando, hurgando en lejanos recuerdos, su acompañante en la mesa, Clarisa, estaba completamente pendiente de la televisión, y continuaba con su particular combate contra el aspirante.

...Le vino el recuerdo de un gran amor, de un amor “imposible” por las circunstancias del momento. Sí...el tenía los dieciocho, o estaría a punto de cumplirlos. Tuvo un amor, un único, muy grande y puro amor, hacía mucho, mucho tiempo, algo no olvidado, pero sí guardado en lo más hondo de su ser, algo...como

grabado con fuego en su interior. Estaba intentando buscar datos como loco, decía mentalmente nombres y mas nombres, esperando que apareciera el de ella.

Recordó muchas cosas de pronto, por ejemplo que sólo fueron, digamos pareja, semanas, un par de meses a lo sumo; también recordó cuánto se habían querido en ese poco tiempo y cómo estaba cada uno de ellos convencido de la fuerza del amor que se profesaban; la chica tendría entonces catorce años, él dieciocho. Cuatro malditos años de diferencia, cuatro malditos años que les obligaron a despedirse para siempre, no sin antes jurarse que eran el uno para el otro estuvieran donde y con quién estuvieran. Todo sucedió un par de días antes de la mayoría de edad de Jesús, el padre de la chica, un importante empresario de su ciudad, los encontró juntos, paseando de camino a casa. El hombre montó en cólera, subió a su hija al coche y amenazó de mil maneras a Jesús, maneras legales algunas y otras no tanto, juró que hasta le mandaría matones a sueldo para que acabaran con él. Le dijo que apenas cumpliera los dieciocho lo denunciaría por perversión de menores, por lo que fuera, pero que lo hundiría para siempre, llegó incluso a amenazar a su familia.

Sólo una vez se vieron después de aquella tarde, a tan sólo un día de abandonar Jesús su tierra. La chica, incomunicada por su padre, y desesperada por su amor, protagonizó una fuga de la casa de su tía, nadie la descubrió, salió por la puerta de atrás, saltó el muro lateral y huyó corriendo en busca de Jesús. Como esperaba, lo encontró en la avenida principal, sentado en un banco, a la misma hora que otras veces. Se sentó a su lado y le cogió la mano y le dijo: -Mi amor, esté donde esté y con quien esté, seré tuya siempre.- El contestó: -Lo sé amor, yo también seré tuyo siempre.-

Tras permanecer allí sentados sin hablar, mirándose con los ojos húmedos, se



dieron un último beso y se dijeron hasta luego sin volverse para mirar, cada uno, cabizbajo se marchó en una dirección.

Jesús suspiró -Samantha...- Por un momento empezó a pensar que la mujer llamada Samantha, la cuál estaba a punto de volver con dos tazas de té y un café sólo, podía ser...Se dijo estúpido en silencio. Nunca volvería a verla, o, sí algún día la viera, sería una mujer casada con un marido estupendo, una casa estupenda y un montón de niños estupendos. Se dio cuenta de que seguía amándola.

En el descanso para los comerciales, al acabar el campeonato, apareció un avance informativo:

-“...Otro nuevo ciclón ha asolado las proximidades de Telabib, nunca se ha visto nada parecido, vientos de hasta doscientos kilómetros por hora y mas de cien litros por metro cuadrado en tan sólo unas horas, es la segunda vez en lo que va de mes...Así mismo, se han producido dos nuevas inundaciones en la parte central del desierto de México, también se han visto gravemente afectadas las islas canarias en España y Sahara occidental, donde los fuertes vientos han causado diversos destrozos.

Los daños materiales aún no han podido ser cuantificados, ya que las condiciones meteorológicas en las diversas zonas siguen sin mejorar. Por otro lado la tremenda ola de calor que está arrasando en el norte de China, Rusia y Canadá, no acaba de retirarse, temperaturas máximas cercanas a los 50°C en todas las regiones del norte de estos tres colosos.

Los últimos reportes sobre la sequía en Sudamérica no son nada alentadores, esta continúa y promete prolongarse al menos durante uno o dos meses mas, les recordamos que van ya cerca de cinco meses sin caer una sola gota de agua en toda la parte sur del continente, están comenzando las restricciones a nivel estatal,

en la mayor parte de países del cono sur.

Por ahora sólo Australia se puede decir que se mantenga bajo una normalidad atmosférica, aunque continúa lloviendo sin cesar en el sur y sigue ardiendo gran parte del norte. Continuaremos con mas noticias del estado atmosférico dentro de dos horas en el canal...”-

La señora Pineda, contuvo el aliento al parecer, mientras miraba las imágenes de la televisión, como petrificada. Pero apenas acabó el parte comenzó de nuevo como si nada hubiera pasado, se dedicó a seguir charlando sobre su afición sin esperar lo más mínimo.

Cuándo Sam llegó con los cafés, él estaba charlando animadamente con la señora Pineda, bueno, más bien, ella charlaba, mientras él la escuchaba aturdido, le había explicado los tres últimos campeonatos del mundo de K-1, en unos breves cinco minutos, mientras, él intentaba pensar en lo suyo, cuando ella respiraba; a Jesús sólo le dio tiempo de decirle a que se dedicaba y su apellido, ni siquiera que buscaba a un tal Samuel López, de estados unidos.

Sam depositó las bebidas en la mesa y se sentó tranquilamente, miró hacia Clarisa, y esta empezó con su tema -Te lo dije, el campeón ha vuelto a revalidar su título, te lo dije, te lo dije.- Ella sonrió y miró a Jesús, que le devolvió la sonrisa tímidamente. La mujer mayor siguió hablando -El doctor Álvarez, está aquí por trabajo...- continuó, pero la chica interrumpió atropelladamente -Jesús... ¿Álvarez? ¿Doctor Álvarez? ¡Le estaba esperando!, yo soy “Sam López”, enviada por los laboratorios McDouglas de Estados Unidos, para asistirle en Kwa Zulu Natal.- Jesús con cara de incrédulo le dijo -No puedo creerlo. Así pues, ¿usted es Sam López?,- asombrado - pensé que sería un hombre, no por nada...pero supuse...bueno, Samuel y no Samantha, disculpe- se excusó ofreciéndole la mano. Ella le correspondió dando un

leve apretón y añadió -Mi nombre es Samantha Mellado López, pero siempre uso el diminutivo y el apellido de mi madre, ¿sabe? Murió cuándo yo nací.-

Eso ya lo sabía el.

El nombre se le quedó resonando en el interior: Samantha Mellado...el eco de los latidos de su corazón retumbaban salvajemente en las sienes y cuello.

Se quedaron dándose las manos unos instantes, no había demasiada luz, el comenzó a fijarse bien en los rasgos de ella, tan familiares como lejanos, a la vez que pronunció su nombre suavemente. -Samantha... - y añadió -¿Lagartija?- Ella contestó:

-¿Jesús? ¿Gafotas? ¡Jesús!- Se pusieron en pié, se besaron en los labios, sólo un segundo, escueto, pero tan dulce... a continuación se dieron un impresionante abrazo cercano a los diez minutos mientras sus cuerpos temblaban de emoción, sin hablar y sin respirar casi. Por detrás desde la mesa, la señora Pineda los miraba paralizada, con la boca abierta de par en par.

Las seis y diez minutos y no había conseguido levantarse. -Debimos acostarnos como a las cuatro- pensó. -No puedo creerlo, lo he debido soñar todo, últimamente tengo unos sueños algo revueltos- concluyó en su interior sonriendo. -Samatha Mellado aquí, en Sudáfrica, mi asistente para ésta misión, no puedo creerlo todavía.-

Aún no lo creía del todo, y eso que estuvieron charlando hasta cerca de las 04:00 a.m. en la misma mesa de la cafetería, pero, eso si, sin la inestimable presencia de Clarisa Pineda que se retiró diciendo -Os dejo, supongo que tendréis mucho de que hablar. Buenas noches.- Ellos le dieron las buenas noches sin a penas mirarla.

Se contaron en un par de horas, todo lo que pudieron de sus vidas durante esos años, estudios, trabajos, viajes, amores, soledades, etc.

Ella se iba a casar en breve, había conocido a un estadounidense muy educado y

atento, viajero y jovial, y le estaba empezando a apetecer traer descendencia al mundo. El no había estado con ninguna mujer hacía más de diez años, ni física, ni espiritualmente. Tampoco había tenido demasiado tiempo.

Se olvidó del tema. Todo había acabado ya... -¿no? Demasiados años...-

Se levantó por fin, recogió todas sus pertenencias y fue hacia la cafetería de nuevo. Sam ya estaba allí, se estaba dando un atracón de tostadas y zumos frescos. Se limpió la boca y le dio un beso en la mejilla, diciéndole -Buenos días, Jesús.- El contestó -Buenos días Sam.-

Mientras desayunaban, hablaron de trabajo.

23:25h. Lunes 28, sur de Europa

...Alguna vez se había dejado arrastrar por el viento, igual que un globo de feria huido de las manos de algún chiquillo...

En esas ocasiones, había visitado los sitios más extraños y alejados del mundo, a la vez que algunos de los más increíbles. Había observado desde el interior la vida marina del océano Índico, dejándose llevar por las mareas... había retozado como un delfín, lleno de calma y paz en mares salvajemente embravecidos... otras veces, se había mezclado con rayos y truenos, dejándose caer a tierra, formando parte de la propia lluvia, quedando luego inmóvil, fundido con la hierba fresca y la húmeda tierra...Visitó las cumbres mas altas a lo largo de todo el planeta y los abismos insondables de la fosa del Japón...

Nunca pensó en obtener algún beneficio de todo “esto”. Se lo había prometido a sí mismo hacía ya bastante tiempo, cuando presenció la agresión a otro convicto sin poder hacer nada.

Nunca hurgó en las vidas de otras personas, con la excepción de su familia, a la que visitaba con asiduidad...

Tan sólo una vez visitó a la madre de “el loco”, pudo ver que la mujer no le guardaba rencor, ni le tenía odio alguno, la bendijo desde su interior y no volvió más por allí.

...Era rara la noche que no “pasaba” a ver como su madre se afanaba en las tareas domésticas, y después de haber atendido a nietos, nietas, hijos, hijas, yernos y nueras, se sentaba en su sofá, donde él la observaba intentando acariciarle su encanecido cabello, mientras el sueño la vencía una y otra vez, hasta que quedaba allí completamente exhausta. Entonces, él se quedaba ahí un buen rato, a su lado, velándola, dándole fuerzas para que pudiera continuar con su dura existencia; realmente él sentía como le transmitía esa especie de “energía”; verdaderamente, en esas ocasiones, al día siguiente estaba completamente destrozado...y extrañamente contento.

...Aquella noche, soplabla una suave brisa del sureste, procedente del mar, la cual transportaba dulcemente unas tenues nubecillas algodonosas, las cuales, tras pasar por encima de la ciudad, se iban a estrellar contra los picos de las montañas próximas, y con el más alto y emblemático, el Pico del Águila, el cuál presidía altivo, el conocido valle del río Zarzal...

Las estrellas jugueteaban a esconderse tras las nubes plateadas, como traviosos chiquillos, no había luna alguna que iluminara el cielo y la escasa brisa, mecía tiernamente las hojas de los árboles.

Las 23:30h, se hizo el silencio al momento de apagarse las luces; sólo necesitaba cinco minutos, varias respiraciones fuertes, completas, vaciar los pulmones completamente esas mismas veces, volver a respirar tranquilo, relajado... una leve

sacudida, y en un abrir y cerrar de ojos, el mundo se transformaba o se desnudaba ante el.

Como siempre, atravesó pasillos, como andando normalmente, pero sin puertas que le impidieran el paso; lo que sí hacía, era evitar las celdas, no quería volver a ver nada de lo que pudiera suceder en ellas.

Meditativo y muy relajado, se dejó elevar por encima de las antenas del edificio, entonces se quedó observando la ciudad desde esa perspectiva, raramente lo hacía, quizá nunca lo hizo. El aire le acarició la cara o lo que sentía como tal; y se dejó acompañar por él. Observaba el mundo con tranquilidad y paz, se iba acercando a la sierra, se dio cuenta de que nunca había paseado por allí, esto le produjo un sentimiento de alegría. Se sintió como un adolescente con una primera cita. Era tan hermosa la sierra, con sus escarpados valles, y sus retorcidas gargantas. No había luz, ni ausencia de ella, pues los colores los percibía con total claridad, así como olores y ¿sabores? Algo así.

Cuánto más se acercaba, más se sentía en comunión con aquello, se iba fundiendo, perdiendo en la unidad del ser, desapareciendo dentro del “Todo”, pero manteniendo su propia individualidad energética.

Bajó a nivel de tierra, y recorrió unos cientos de metros a gran velocidad entre los árboles, como un perro que ha salido a jugar en la frescura del bosque y corre alocadamente entre las hierbas, esquivando troncos y dando grandes saltos entre las piedras. Luego, sobrevoló plácidamente las copas más altas del bosque, rozándolas, haciéndole estas, algo muy parecido a cosquillas, o a caricias. Más tarde, se acercó al cauce y jugueteó en el agua, que gracioso, se veía a sí mismo como una especie de trucha o algo parecido, remontando plácidamente la escasa corriente del arroyo durante varios kilómetros...no pensaba, aprendía del agua y de

las rocas sólo con rozarlas, dejando a su vez impresa la huella de su persona en estas...

Algún tiempo después comenzó a sentir algo extraño, era como si el arroyo estuviera creciendo, tornando así la fuerza y el caudal que sentía que había tenido en otros momentos, o que tendría desde siempre. No sentía que fuera una avenida o algo similar, mas bien era como si se estuviera desarrollando verdaderamente, como un ser vivo en pleno crecimiento, y la sensación que Frank sintió entonces, fue de que él ayudaba de algún modo en ello. Perplejo disfrutó de la “visión” durante un tiempo que sintió indefinido, insignificante o eterno. Lo que le pareció curioso es que sentía que era algo que estaba por suceder o que con su “ayuda” o apoyo sería una realidad. Lejos de aceptar su papel de protagonista, se decía humildemente que había algo que no entendía del todo, que era una bella idea, que le gustaría que fuese tal y como lo sentía, pero que él no podía hacer nada de aquello, y que ninguna persona jamás podría hacer algo similar. Por otro lado, envuelto en aquella sorprendente aventura, comprendía que había infinidad de cosas inexplicables en el mundo por conocer. De hecho la prueba viva era él mismo. Nunca habría si quiera imaginado que pudiera suceder todo lo que le había ya sucedido en los últimos años de encierro. Al no tener duda sobre estos hechos vividos en primera persona, su mente se había vuelto mucho más abierta, receptiva y tolerante hacia cosas antes inexplicables o sencillamente tachadas de imposibles locuras. Aun así, no entendía bien en qué sentido o de qué manera podía estar verdaderamente influyendo en aquella nueva y diversa realidad que estaba viviendo entonces. Lo que se le hacía indudable era la certeza del hecho, por más dudas que se pudiera plantear. Hacía tanto tiempo que había dejado de considerar aquello como un sueño. Se encontró de repente dispuesto a aceptar un nuevo concepto desconocido por completo hasta

entonces. -“Se puede conseguir mejorar o ayudar al medio natural solo con la presencia o sintiéndose parte de él? Si todas las personas sobre el planeta pudieran y decidieran hacer algo así, que sucedería? Podría en verdad cambiar el mundo solo con buenos pensamientos o deseos?”- Mientras pensaba así, pudo observar el caudal pulsando como con los latidos de un lejano corazón, y a cada latido se hacia mas grande, en el mas amplio sentido de la palabra, a la vez que todo el bosque alrededor, contagiado de aquel mismo pulso, explotaba de belleza y de vida. Era la perfección lo que se tornaba mas y mas grande a sus “ojos”, todo aquello se parecía cada vez mas a la abstracta idea que todos tenemos del paraíso. En aquel lugar, el tiempo no tenia sentido alguno, pero en contraposición sabia que su tiempo entonces no era ilimitado, era un presidiario y tenia algunos horarios por cumplir.

Algo lo fue apartando de ese estado suavemente, mientras lo invadía el recuerdo de que el universo era mucho mas grande que todo aquello, era infinito y como si de un gigantesco ordenador se tratase, tenia miles y miles de interconexiones invisibles que hacían que todo funcionase a la perfección.

Se dejo caer de nuevo al agua y fue como si se hubiera introducido en otro mundo, un mundo que ahora le parecía mucho mas real que cualquier otro. Fue ascendiendo contra la corriente, tranquilo, casi con parsimonia, pensando con serenidad sobre lo normal que se le antojaba entonces un hecho tan extraordinariamente sorprendente. Le quedaba claro que la sucesión de sorpresas no cesaría tan fácilmente.

Ocho kilómetros río arriba, se sintió incomodo mientras le invadía un gran desasosiego, como si se encontrara en peligro, aunque ya sabía que nada le podía suceder en esas circunstancias. Salió del agua lentamente, mientras se podía ver a sí mismo como una blanca bola de luz, “miró” corriente arriba, a lo lejos, a unos



doscientos metros, en el lado derecho, había una serie de grandes peñascos, de manera que parecían colocados a posta en el centro del río; allí podía ver una suerte de nieblecilla luminosa multicolor, pero extrañamente poco brillante, le pareció. Una centésima de segundo y estaba a dos o tres metros de la forma. No necesitaba ver al hombre que allí había, ya que estaba viendo directamente su interior y su aura, la cual le decía que la vida en aquel cuerpo, estaba próxima a agotarse. Se acercó mas, observándolo atentamente, vio sus heridas, tanto externas como internas y lo reconoció inmediatamente: -Es Mellado, el alcalde, el hombre que no quiso firmar mi indulto a última hora- observó que no le importaba esto lo más mínimo, -Está hecho polvo- sólo le preocupaba que, nuevamente, estaba viendo como a una persona se le escapaba la vida delante de él y no podía hacer nada -¿nada?-

Se quedó junto al hombre, a unos dos metros por encima del nivel del agua, que era la altura aproximada a la que se encontraba la parte horizontal más alta de la gran roca, y en cuyo borde se encontraba la cara del herido. Colocó su cabeza a escasos centímetros de la cabeza de aquel, levemente inclinado. Se dedicó a compadecerse del hombre, deseándole todo el bien posible, intentaba pues, añadir parte de su propia energía vital a aquella maltrecha criatura.

Se estaba acercando el amanecer y, a través de algún extraño conducto, le llegaban sonidos muy conocidos, sonidos de la cárcel, abriéndose paso a un nuevo día. Dentro de una hora a lo sumo, le obligarían a despertarse, incluso a patadas. Pensaba a toda prisa.

-¿Como hacer que alguien acuda a rescatar a esa persona? ¿A quien le podría explicar todo esto? ¿Habría alguien en el mundo que creyera esta historia? Mas aún contada por un preso por homicidio.- Se concentró entonces, fuertemente en esta idea, pensando en alguna persona relacionada con este hombre, -¿Como entrar en

contacto directo con alguien?-

Pensando de este modo, algo le llamó la atención poderosamente, hacia la parte más elevada del valle, hacia el lugar donde se encontraban las pistas forestales; cambiar de lugar en el espacio a la velocidad de la luz, o mas aún, a la del pensamiento, no era problema alguno. Controló al moribundo, una fracción de segundo y acto seguido estaba en mitad de la pista más cercana, medio kilometro mas arriba, mirando desde varios metros a otra forma luminosa, ésta, con unos vivos colores y algo que desprendía su personalidad que le atraía fuertemente. En un instante, se acercó hasta fundirse con el otro ser. En solo un segundo, se dio cuenta que el otro habia tenido tiempo suficiente para intuir aproximadamente cuales eran sus intenciones y cual era la necesidad que le movía. Quería volver a donde estaba el herido y quería volver con ayuda.

Se apresuró, el otro hombre le seguiría, estaba seguro. Miró fijamente al herido de nuevo, esta vez desde unos metros atrás, su "niebla luminosa" era algo más brillante, pero sabía que aquel hombre no aguantaría mucho más. De repente dejó de sentir la otra presencia, que le había seguido como un hermano siamés. Ligeramente contrariado, se dedicó de nuevo al moribundo, para el en ese estado, no pasaba el tiempo, pero en la cárcel si, y bien rápido, en éstas ocasiones. Sabía que debería irse ya mismo, habían pasado en un abrir y cerrar de ojos, tres o cuatro horas. Se acercaba el amanecer le obligarían a marcharse en breve, intentó pasarle la mano por la frente...El timbre del penal, aún podía aguantar un poco...ruidos de llaves, de cerraduras, voces, demasiadas voces -¡Frank! ¡Frank!- oyó de fondo la dura voz del guardia y conocidos golpes en los barrotes de las celdas. Se esforzó por no volver, pero el gran elástico era invencible y abrió los ojos en su, en otros tiempos tan odiada celda, sin moverse, cansado y condolido como si le hubieran

dado una soberana paliza, pero contento... muy contento.

Aquella tarde, aún arriesgándose a que lo despertaran de alguna brutal manera, volvió allí, y por la noche otra vez.

16:00h Royal Natal, día 28.

Charlaron de temas diversos de la vida, mientras hacían la segunda parte de la jornada laboral, todo de lo más normal, hasta que Jesús tuvo la "brillante" idea de intentar comentar sus extraños sueños a Sam. Ésta, lejos de asombrarse, como él hubiera esperado, se puso como loca de contenta, y comenzó a hablar con total naturalidad y no poca excitación, de cosas que él no había ni oído hablar hasta ese día, bueno, oído sí, pero no escuchado.

Le estuvo contando sobre multitud de obras de diversos autores que hablaban sobre el tema. Hizo incluso mención a libros mitológicos o religiosos de diversas culturas, que versaban sobre la misma cuestión, hasta manuales prácticos de preparación y ejecución de semejante actividad; algo no le cuadraba en absoluto, ¿cómo un científico, un supuestamente, hombre buscador de conocimientos, no sólo no creía nada de ello, sino que ni siquiera había apenas oído hablar de los términos tan naturalmente pronunciados por aquella extrañamente dulce y fuerte mujer? Según la lógica, una de las dos premisas debía ser falsa. Pero, no siempre la lógica guía el mundo, más bien raras veces, eso sí que lo tenía claro.

Las explicaciones de Samantha, casi le habían convencido, aunque él seguía negando todo desde su interior y se iba encontrando, por momentos, convertido en una especie de abogado del diablo, es decir, le veía algo de congruente científicamente hablando a todo aquello, y estaba comenzando a sentirse

completamente necesitado de que le convencieran definitivamente. Lo más curioso del tema era, que él, tenía la prueba irrefutable de que las explicaciones e historias que le comentaba la mujer eran tan reales como que estaba vivo, pero no había fórmula alguna con la que demostrar nada. Y al revés, ella, que no había tenido ninguna experiencia real en ese sentido, era la que le estaba convenciendo a él. Casi le parecía absurdo. Siguieron hablando sobre el mismo tema durante al menos dos horas más.

Justo a las 19:07h, Sam se sintió indispuesta, ya habían recogido suficientes muestras por ese día, y estaban de vuelta al lugar donde habían dejado el vehículo, su “campamento base” particular. Le comentó que no se sentía nada bien, estaba algo mareada, tenía ganas de vomitar y le aprisionaba un dolor agudo en el pecho. Descartaron cualquier amago de infarto, su pulso era normal, el color de la tez, aunque algo blanco de más, no mostraba ningún signo de congestión circulatoria, el color de los labios era normo-colorado, y el de las uñas exactamente igual. Pero una sensación de terror la acompañó continuamente durante ese tiempo y además se quejaba de dolor en codo derecho, costado del mismo lado y en el maxilar superior derecho. Mientras estaba tumbada en la cama inferior del todoterreno, comenzó a llorar sin saber el porqué, y momentos después quedó profundamente dormida.

Jesús, bastante preocupado, se ocupó de todo, la estuvo vigilando por si le daba fiebre alta o cualquier otro síntoma o señal de peligro, preparó una ligera cena para dos por si acaso, y arregló todo por si en cualquier momento debían salir de allí a toda prisa. No fue así.

Tras una media hora, Samantha se despertó y continuó como si no hubiera sucedido nada, no sentía dolor alguno y a Jesús le parecía completamente recuperada, pero ella, en su interior, sentía un extraño desasosiego, que intentaba eludir con la charla;

ambos comieron con muchas ganas.

El reloj del vehículo marcaba las 21:52h, se estaban preparando para dormir, Jesús salió unos minutos mientras ella acababa de cambiarse. Sam, una vez preparada se volvió a sentir mal, como mareada y una amarga sensación de angustia la invadió por completo, así que se acercó con dificultad a la puerta trasera, la cual estaba abierta, llamando a Jesús; éste tardó menos de un minuto, pero cuando llegó la encontró muy pálida, estaba sentada en la cama inferior, -¡Sam!, ¿te encuentras bien?- preguntó alarmado, ella dijo que sí con la cabeza, y acto seguido dio un leve grito que sonó como: -¡Papa!- quedando sujeta fuertemente con ambas manos a la cama, como si fuera a caer de ella y unos segundos después, se recostó con la cabeza colgando fuera del colchón, dijo débilmente -Eh...estoy bien, estoy bien...no sé que ha podido sucederme, quizá una leve bajada de tensión. He sentido una especie de mareo y me ha parecido precipitarme por un precipicio, y luego nada más, pero tengo una sensación muy mala, estoy preocupada y no sé que puede ser. Vamos a dormir, mañana estaré mejor.-

-¿Porque has dicho ¡papa, no!?- Preguntó curioso. Ella contestó -No lo sé... la verdad, espero que este bien el pobrecito, ya tiene 58 años. Mañana llamaré a mi tía, para comprobar que todo está bien.-

El se dio cuenta de que ella quería quitarle hierro al asunto, pero no insistió. La besó en la frente y le deseó buenas noches, ella se durmió rápidamente, quizá agotada por la experiencia; Jesús se quedó acostado boca arriba, pensando en todo lo que habían hablado esa tarde, y decidió que iba a probar si realmente “aquello” se podía hacer conscientemente y a voluntad; recordó los ejercicios de respiración que ella le había comentado durante su charla e intentó ponerlos en práctica. Colocó sus manos una sobre la otra por debajo de su ombligo, dejó la mente en blanco con gran

dificultad, inspiró lentamente, sin esfuerzo, intentando hacer una respiración abdominal durante unas cuantas veces, relajándose, evitando todo pensamiento, se encontraba justo entre la frontera de la vigilia y el sueño, en aquella “tierra de nadie”, por un segundo sintió que caía por un vacío, se asustó y abrió los ojos; volvió a relajarse, esta vez estaría prevenido y no se dejaría asustar, se relajó mas y mas, de pronto, notó como un chispazo eléctrico por todo su cuerpo, el cual le hizo reaccionar manteniendo la calma, un poco de vértigo y...-¡maravilla!-

Como si se hubiera despojado de su piel, su cuerpo ya no le contenía a él, era una especie de globo con su forma. Se podía ver tumbado en su cama, y ¡el mismo era el espectador! -¡Increíble!- se dijo, -¡maravilloso!- añadió. Miraba a uno y a otro lado como loco, miró su cuerpo detenidamente, no le gustó demasiado, pero, -Me apañaré con el- pensó divertido. Miró a su compañera y le pareció tan bella como siempre, o más aún. Verla desde esa perspectiva, le produjo una ternura aún mayor.

Comprobó varias veces que no podía tocar absolutamente nada, le hizo gracia la especie de chisporroteo que sentía cuando rozaba cualquier objeto, pensó en salir usando la puerta y ya estaba a escasos centímetros de ella, se asomó a su través sin esfuerzo alguno; sólo comenzó a pensar en salir y ya estaba fuera; se dijo: -voy a...- y ya se encontraba en la cima del Mont-Aux-Sources, allí quedó nuevamente maravillado, observando toda la belleza de África en su esplendor. Se acordó de Sam...y estaba de nuevo en el todo terreno, observándola, pudo ver que el interior de ella era todo un océano de paz y de bondad. Pudo observar claramente la preocupación que ella tenía por su padre, la intentó acariciar y ella se agitó en el lecho, así pues se retiró; se dirigió arriba, a través del techo del coche, elevándose varios cientos de metros, pensando en la muchacha y en su padre.

Serían las dos de la madrugada, cuando Jesús se encontraba curioseando nuevamente, esta vez conscientemente, por las cercanías del Pico del Águila. Recordó su primer “sueño”, ahora lo veía todo muy claro, -¡si!- Estuvo soñando primero, lo estaba comprobando, allí no había desierto alguno, aunque, si que se percibía el deterioro de la masa principal de pinos; la segunda parte, era obvio que no había sido un sueño, entendía que, de alguna manera, la parte energética de su cuerpo se había desprendido de éste, mezclando así aquella extraña realidad con el sueño tan realista que había tenido previamente.

Estaba revisando el camino por el que se había cruzado con aquel camión, con la esperanza de volver a encontrárselo, -Simple curiosidad científica,- se oyó pensar.

Una luz informe calló sobre él, salida de quien sabe donde, no era algo amenazante pero se sobresaltó y sintió que se esfumaba de allí, pero la forma, amablemente, aunque sin palabras, parecía querer comunicarse con él de alguna manera, volvió lentamente; la forma no estaba ya en su lugar, pero sentía la dirección que había tomado y también la sensación del intento de “comunicación”; era algo humano. Así se dispuso a seguirla. Notó como la consciencia del ente formó parte de la suya por un instante, pero sin invadirlo; y así mismo pudo comprender qué movía a aquella criatura, que ahora se asemejaba a una forma humana, pero de luz o humo, a acercarse a él, sólo la compasión, pero -¿por quien?- Aún no lo entendía del todo, el hombre de luz le hizo una especie de señal y Jesús lo estaba acompañando.

Un fuerte grito lo llevó de vuelta Sudáfrica en milésimas de segundo, como si un muelle infinito y todo poderoso tirara de él, tardó unos segundos, que se le hicieron eternos, en abrir los ojos.

## **Capítulo 10** Encuentros

Día 29, momentos antes del amanecer...

Era tal la urgencia, por deshacerse de su cuerpo nuevamente, que no conseguía relajarse lo suficiente. Había comprendido las intenciones de aquel "hombre", pensó que sabía incluso su nombre: -Frank, sí, Frank,- lo recordaba claramente. Había aprendido de ese hombre toda una vida en tan solo unos segundos, bueno, mas que aprender se había dado cuenta de algo que ya era suyo desde siempre, a cada instante estaba mas fascinado por aquel, y mas perplejo por lo espontáneo, natural y complicado del caso. En esos momentos solamente hubiera querido investigar y ahondar mas y mas en semejante descubrimiento, pero había otras necesidades entonces, mucho mas urgentes que su ansia de conocimiento. Probablemente estaba en serio peligro la vida de otra persona (no la única, pero si una que quizá podría ayudar directamente, y ahora deseaba con todas sus fuerzas hacerlo), con toda seguridad, el padre de Sam. La verdad le daba igual quien fuera, pero le atenazaba la acuciante necesidad de ayudarlo, tal vez contagiado por el otro hombre, pensó.

El sentimiento de angustia de la mujer, estaba convirtiéndose en suyo y estaba decidido a ayudarlo a cualquier precio, igual o más que si se tratara de su propio padre.

El grito que lo había devuelto a Royal Natal en una fracción de segundo, sólo se había debido a una pesadilla de la chica, pero fue lo suficientemente aterrador o angustioso, para no dejarlo concentrarse mas en las escasas horas que restaban hasta el amanecer.

Se quedó dormido minutos antes de que sonara la alarma de su despertador, así



que se despertó ciertamente aturdido, con un medianamente intenso dolor de cabeza y con la sensación de tener una labor por finalizar. Recordaba todo el episodio de la sierra con total nitidez, nada más incorporarse y una vez que Sam se hubo despabilado también, antes de que esta saltara de la cama, le estaba contando su proeza, mientras ella lo miraba atónita, sin poder articular palabra, como si estuviera oyendo por primera vez algo parecido. Ambos coincidieron en que aquello no tenía por qué estar necesariamente relacionado con el padre de ella, aunque en el fondo, los dos sabían que sí. Enormemente excitados, partieron hacia Bergville cuando apenas eran las 8am.

Tras todo la mañana haciendo llamadas a la embajada española en Sudáfrica, no conseguían contactar con la familia de ninguna manera. Los celulares siempre dejan de funcionar cuando se necesitan, la cobertura era escasa en aquella zona y además las baterías estaban bajo mínimos. Nada comparado con la burocracia.

Sam volvió a hurgar entre sus pertenencias por enésima vez, no podía creerlo, ni en su agenda, ni en su nuevo teléfono móvil... no encontraba anotado el teléfono de su tía Julia por ningún sitio. No se ponía histérica por que su entrenamiento no se lo permitía, pero estaba angustiada y tenía que respirar conscientemente para aliviarse un poco de vez en cuando. Ya no intentaba ocultar la preocupación que sentía por su padre. No quería ni pensar que todo lo que le acaeció la pasada noche, estuviera relacionado realmente, con algo malo que le hubiera podido suceder -Esta tan sólo el pobrecito...oh, nunca debí dejarlo sólo, necesito hablar con él- casi lloraba.

Así, buscando por segunda o tercera vez entre sus ropas, miró nuevamente en su

gastado bolso con forma de mochila, y tras vaciarlo por completo, cuando ya estaba dándose por vencida, observó un instante la pequeña cremallera interior, cruzó los dedos y cerró los ojos fuertemente, abrió la cremallera e introdujo la punta de los dedos con temor, allí no había nada; movió los dedos con ansiedad dentro del pequeño bolsillo, sacó la mano del bolso, agarrándolo por ambos lados, lo puso boca abajo y lo sacudió con desesperación, nada. Abrió el bolsillito con ambas manos, extrayendo el forro de este y vio un pequeño cuadradito de algo casi blanco pegado en uno de los laterales, -debe llevar ahí mucho tiempo-, pensó. Lo despegó lentamente y con gran nerviosismo. Había sido plegado por varias veces, era muy fino, como una servilleta de bar y podía ver tinta de un bolígrafo a través de él, había algo escrito, lo desdobló muy excitada, pero manteniendo la calma y al fin pudo leer:

**Tía Julieta**

**0034968234532**

-¡Siiii!- Gritó mientras salía disparada en busca de Jesús que se encontraba cargando los móviles en un restaurante próximo.

Nadie lo había echado de menos todavía, sólo Nicolás, el oriental estaba algo extraño, pero sabía que Juan desaparecía a veces sin dar explicaciones, así que, como otras ocasiones, esperó tranquilamente a que apareciera, eso si, con su pato laqueado, su ensalada de brotes de soja y algas a punto, acompañados por una gran bandeja de frutas exóticas variadas fritas con miel, como todos los domingos, preparado todo por el mismo, claro.

Cuando Sam, por fin, logró ponerse en contacto con su familia, Julieta no se encontraba en casa, pero pudo hablar con uno de sus primos, pregunto por su padre, nadie tenía noticia alguna de que algo le hubiera podido suceder a Juan.

Todo estaba bien, no había noticias de él. -Como siempre- se dijo.

En verdad ya no le preocupaba a nadie. Sólo a aquella chica, que no había hablado con él desde hacía unos quince años.

Ella quedó algo mas relajada exteriormente, pero algo en su interior la mantenía angustiada.

Pasaron el resto del día buscando vuelos por Internet, pero era imposible para aquella misma jornada; el primero que consiguieron era para el día 30 con destino Madrid desde Johannesburgo, el avión salía a las 08:00 a.m. del día siguiente llegarían a las cuatro de la tarde, en una hora mas estarían en casa. Samantha no podía más con la situación, supo que hasta que no hablara con Juan no descansaría. Prepararon todo y partieron apresuradamente, esperarían en el mismo aeropuerto.

...Esa tarde no comió, ya llevaba dos días sin probar bocado; no le importaba lo mas mínimo, y además no conseguía sentir esa sensación que el resto de gente solía decir que sentía cuando se hacía la hora de la comida, -¿Hambre? ¿Qué hambre?- Se dijo en voz alta y sonrió.

Se quedó encerrado en su celda, esperando la tranquilidad que se producía cuando los demás acababan de engullir el rancho; en ese instante hizo lo que le obligaba su corazón, quería salvar a aquel hombre, y lo haría a cualquier precio.

Se tumbó como siempre, apenas le llevaba unos minutos, ya tenía un control total sobre el mecanismo de desdoblamiento, no se entretuvo ni se anduvo con rodeos o paseos, en sólo unos segundos estaba junto al herido. Una sensación de alivio le inundó cuándo comprobó que, aunque maltrecho, se mantenía aún con vida; mientras permanecía a su lado, volvió a “buscar” mentalmente al hombre de la

noche anterior, sabía que estaba relacionado con Juan de algún modo que todavía no acertaba a comprender del todo, se dio cuenta de que no podría encontrarlo, no en ese momento.

Se dedicó por completo al herido durante algún tiempo. De repente, comenzó a sentir como se quedaba sin fuerzas, podía palparlo. Se comunicaba con él sin palabras, se daba cuenta que el otro no entendía nada de lo que pasaba, pero que si le comprendía, era como un chiquillo perdido en la oscuridad de un tenebroso bosque; él intentaba tranquilizarlo con gran dificultad. No podía permitirlo, sabía que no podía realizar milagros, pero también se hacía cargo de que tenía energía suficiente para compartir, y así continuó hasta cerca de la hora de la cena.

De algún modo, cada vez se le estaba haciendo más difícil mantener el flujo energético, no comprendía aún por qué razón, pero algo le estaba atrayendo hacia su inerte cuerpo a unos treinta kilómetros de allí, decidió acercarse al penal unos instantes, a revisar su “envoltorio”, se estaba alertando, sabía que despertar bruscamente no era algo muy bueno, pero no imaginaba que iba a suceder.

Cuando llegó y vio la puerta de su celda abierta, comprendió que tendría problemas, más aún cuando “vio” a dos reclusos acercándose sigilosamente a aquel hombre dormido liado en aquella especie de túnica; uno de ellos portaba un frasco de mediano tamaño, de esos típicos de cristal para mermelada, con algo que al principio le pareció agua, segundos más tarde comprobó que no lo era.

Rápidamente se introdujo en su cuerpo, necesitaba algo de tiempo...para poder reaccionar.

Debía despertarse urgentemente. Aún no podía moverse por más que lo intentaba, su mente hacía tremendos esfuerzos, pero tan sólo lograba un leve movimiento de sus pies. Tampoco podía articular palabra alguna, cosa que también intentaba

desesperadamente. Tan sólo unos segundos más... Oyó a uno susurrar:

- Míralo, se mueve, debe estar soñando con los angelitos. Dale caña, tío, veamos como arde el cerdo...-

-Ha ha ha, se va a despertar en el mismo infierno- contestó el otro.

En ese momento un líquido le mojó la cara y parte del pecho notó un fuerte escozor en los ojos, que estaba justo comenzando a abrir y en las mucosas de la nariz; sintió como el líquido y sus vapores penetraban por sus orificios nasales y se internaban en busca de sus pulmones; el olor no dejaba lugar a dudas, no era agua, ni siquiera eran orines como había imaginado, sino bencina. Sintió unas fuertes convulsiones, una especie de tos contenida a la fuerza. En tan solo un instante oyó el clic-clic del piezoeléctrico de un encendedor, giró ligeramente los ojos entreabiertos a duras penas y observó una llamita azulada y anaranjada; Frank vio como la llama se acercaba a su rostro, movió un poco la mano derecha, sólo unos centímetros. Pensó: -¡En otros tiempos ya estaríais muertos cabr...!- Y comenzó a arder.

Jesús pasó todo el día intentando tranquilizar a Sam, aunque a ésta no se le notaba nada aparentemente, él se percataba que su interior era una olla a presión a punto de explotar, lo estaba pasando realmente mal, y él sabía que había una razón real para ello. Tal vez más de una.

Ella iba comentando que sentía una leve mejoría en su malestar de cuando en cuando, aunque a cada momento volvía a quedarse ensimismada, con la vista perdida en el infinito, mientras Jesús se daba perfecta cuenta de ello y le hablaba de cualquier tema durante algunos minutos, a sabiendas de que apenas le escuchaba.

Las enormes carreteras sin fin, parecían no acabarse nunca, y por más que pisaba el acelerador del todoterreno, les daba la impresión de que no se movían ni un

centímetro. Jesús le había contado todo lo que le había sucedido en su aventura nocturna, todo, menos la amarga impresión que le había quedado en el fondo de su ser, una sensación de angustia que no quería creer que estuviera relacionada con el padre de Sam, y a cada momento se iba convenciendo mas y mas de que era una tremenda realidad, cosa que no quería comunicarle a ella para no agravar su preocupación. Por momentos se sentía tanto o mas angustiado que ella, sólo quería llegar y poder tumbarse, no para dormir precisamente.

Llegaron al atardecer a las afueras de Johannesburgo.

En el parking del aeropuerto, Samantha se disponía a dormir y Jesús a proseguir con su extraña tarea. Habían hablado por teléfono con “Bob para los amigos”, le comentaron que posiblemente ella tenía problemas familiares graves, que se volvían a España y que el coche estaría en el parking del aeropuerto, y las llaves de este, estarían en poder de un vigilante del mismo, al cual le habían explicado parte de lo acaecido, eso sí, sin entrar en muchos detalles. También le dejaron un cheque por valor de unos quinientos dólares, que junto con la fianza, cubrirían los gastos que le produjeran el desplazamiento y las molestias causadas.

Definitivamente iban a dormir en el vehículo de nuevo, pero esta vez rodeados de coches y del constante ir y venir de gente y aviones.

Antes de irse a dormir, Sam, de repente, se puso en pié frente a él y le dijo:

-Oye Jesús, ¿te acuerdas de la última vez que nos vimos?-

-Eh...sí, ¿la última vez?- preguntó él.

-Sí la última vez, en España, ¿te acuerdas?- Siguió Sam.

-Claro, claro que me acuerdo- respondió algo azorado. -Éramos unos niños...

-Si, éramos unos niños, pero teníamos las cosas claras, ¿verdad?- continuó ella. -Yo nunca lo he olvidado, ¿sabes?-

-¿El que exactamente?- preguntó él mientras el latido de su corazón iba aumentando el ritmo alocadamente.

-Nos hicimos una promesa, ¿recuerdas?- insistió ella.

-Si...si. Lo recuerdo perfectamente, pero hace mucho tiempo, tanto que perdí toda esperanza.- explicó atropelladamente. -Además, que importa ya, tu volverás a los Estados Unidos, allí te esperan...-

-Pues yo nunca la perdí, ¿sabes? Y ahora que te he vuelto a encontrar...no voy a dejar que desaparezcas de mi vida tan fácilmente.- concluyó Sam con decisión.

Se quedaron mirándose, casi sin respirar, Jesús no podía creerlo, el único amor de su vida estaba delante de él, diciéndole que le amaba y no era capaz de decir una sola palabra coherente. Le parecía otro de sus extraños sueños, se frotó la cara con ambas manos, se puso en pie, cerca de ella mirándola fijamente a los ojos y dijo:

-¿Ha...Hablas en serio?-

-Por supuesto- contestó ella algo contrariada, y sin apartar la vista.

Entonces Jesús la abrazó con fuerza y la miró de nuevo, ahora con los ojos húmedos, consiguió decir: -Te amo Sam, siempre te he amado.- Y se besaron bañados en lágrimas.

...Se despertó, conforme los efectos de los calmantes y anestesia se disipaban. Hacía tiempo que no había dormido tan bien, sonrió y le dolió toda la cara; a la vez sintió que le ardía el pecho; sería alrededor de la una de la madrugada. Observó que no se encontraba en su celda. Se le habían producido graves quemaduras alrededor de los ojos y en las fosas nasales, que le bajaban por la faringe y casi le llegaban a los pulmones a lo largo de los bronquios; blancas gasas le cubrían parte de la faz, tenía la mano izquierda esposada a la cama y un gotero con suero gluco-salino y

antibióticos en el brazo derecho. Le habían colocado una mascarilla con oxígeno y podía oír el pitido discontinuo de la maquina que controlaba los latidos de su corazón. Junto a el, sentado en una silla, en el lado de su brazo esposado, se encontraba un policia vestido de paisano, al que no podía ver, pero que no dejaba lugar a dudas sobre su presencia, ya que dormía dando leves ronquidos.

Comenzó a pensar que con esta tranquilidad podría proseguir con su obligada necesidad, nadie le molestaría en esa situación y menos aún, bajo vigilancia policial. Esa era toda su preocupación nada mas volver a la conciencia.

Estaba intentando relajarse, pero se dio cuenta, estirando el brazo y palpando, que la bolsita del suero estaba próxima a agotarse, decidió llamar a la enfermera para ahorrar algo de tiempo. De nuevo a duras penas, alargó su brazo "libre" y apretó el pulsador de llamada. En un par de minutos apareció una enfermera a toda prisa, encendiendo luces y dando portazos. Portaba una nueva bolsa de suero junto con una jeringa con antibióticos y anti-inflamatorios, para inyectar en el suero. El policia intento hacer como si hubiera estado despierto todo el tiempo, entonces la a.t.s. esgrimió una socarrona sonrisita mientras cambiaba la bolsa, sin articular palabra. Se fue tan rápido como había venido, eso si, dejando todas las luces encendidas. El guardián las apago todas menos una pequeña que estaba justo detrás de su cabeza y recogió la novela de bolsillo que había quedado en el suelo tan sólo un minuto antes. Empezó a intentar hablar con Frank, pero este, por respuesta solo movía un poco la cabeza arriba y abajo o a los lados ligeramente, entonces el hombre se dio por vencido y se dispuso a leer, o a dormir de nuevo, diciéndole a Frank: -Si necesitas cualquier cosa solo házmelo saber, ¿vale?-. Hizo un leve gesto de afirmación con la cabeza y comenzó a respirar despacio, intentando apartar su dolor, dejándolo fluir libremente, para concentrarse en su tarea.



Se encontraba físicamente destrozado, pero sentía su energía interior como un torrente de viva agua, poderoso, imparable e indestructible.

Antes de proseguir, estuvo un buen rato pensando serenamente como debería actuar y que podría hacer exactamente si el hombre de la gran piedra empeoraba; ahora ni tan solo podía articular palabra, de todos modos ¿de que le hubiera valido poder hacerlo, quien hubiera escuchado semejante historia? ¿Quien creería a un convicto contando historias absurdas sobre desprenderse del propio cuerpo? Lo hubieran llevado a un manicomio directamente.

Las tres de la madrugada del día treinta.

Por lo pronto, era increíble que Juan estuviese aun con vida ¿lo estaría aún? Estaba casi seguro de que sería así. Esto le daba que pensar. Realmente sus esfuerzos no habían sido en vano, estaba consiguiendo ayudarlo al hombre herido de una manera real y así, se sentía más y más fuerte, aun en su lamentable estado. Volvió a su tarea, a las tres y quince minutos...

Cuando llegó a su lado comprobó que aún resistía, nuevamente se dedicó a situarse a su lado y nada más. Las horas pasaban pronto, a las 8:30 vendrían de nuevo a cambiarle el suero y a ponerle más antibióticos, lo despertarían sin duda.

Juan apenas respiraba, y su cuerpo "menos físico" permanecía en pié, cabizbajo, mirando su magullado envoltorio de carne y hueso. Parecía que se estuviese despidiendo de él, como en un velatorio, el suyo propio. Igual era eso lo que hacía.

Cuando Frank llevaba ya allí un buen rato, el hombre pareció mas tranquilo y como cansado, todavía muy confuso, entró de nuevo en su cuerpo, quizá entendiendo que sería mejor así, ya que Frank le estaba ayudando, se refugió allí y esperó...

Jesús llevaba mas de tres horas en vela y no conseguía relajarse lo mas mínimo. Pronto serian las cinco de la mañana. Sam se había quedado dormida un par de

horas antes, tal vez exhausta por tantas emociones. La cabeza de él era un hervidero de preguntas, planes y sentimientos; intentaba apartarlos una y otra vez, pero volvían incesantemente.

Por fin se pudo concentrar, acordándose de las explicaciones de su compañera, intentando recordar a duras penas alguno de los ejercicios de respiración que la mujer le indicara el día anterior, cuando le dio tantas explicaciones sobre el tema.

-Por fin, ¡sí!- Recordaba las palabras de ella y también su calidez al explicarlas:

-“Deja tus pensamientos fluir libremente, no luches contra ellos, al contrario, déjalos pasar, como tenues nubecillas arrastradas por el viento, no hagas esfuerzos inútiles, concéntrate en tu respiración, fíjate como el aire entra y sale de tu cuerpo, arrastrando tus preocupaciones consigo, relájate, relájate...”-

Como la vez anterior, aquel chispeante espasmo eléctrico...una leve sacudida junto con las sensaciones de ingravidez y libertad total. ¡Estaba fuera!

-Tranquilo Jesús- se “oyó” decir a sí mismo desde las profundidades del universo. -

Ahora...El pico del águila...- entonces una aceleración infinitamente poderosa e infinitamente calmosa lo condujo. Se sintió como una diminuta mota de polvo atraída por una gastada aspiradora... se dejó llevar hacia donde le dirigía su pensamiento, antes de un segundo, estaba observando maravillado por la belleza de aquellos parajes, a una altura de unos dos mil metros, era como un sueño pero vivo, controlado, real. Descendió lentamente inspeccionando el lugar, volviendo al sitio donde había sido abordado, por aquel, en un principio extraño ser. Sentía alguna especie de presencia, pero no era en aquel lugar exacto...fue lentamente buscando, mientras se acercaba al cauce del río Zarzal, justo donde desapareció mientras seguía a Frank la noche anterior.

Miró en dirección contraria a la corriente del río, algo estaba llamando su atención

fuertemente desde aquel lugar, le pareció distinguir algo allá arriba, sobre un grupo de piedras y se acercó cautelosamente. Era una suerte de luz multicolor harto brillante, no, mas bien parecían dos y una no brillaba tanto como la otra. Algo similar a dos arco iris, pero con volumen y completamente redondos. No se atrevía a acercarse rápidamente, aún le producía algo de desconfianza todo aquello.

Eran cerca de las 7:00 A.m. el despertador de Jesús sonaría en breve. Se acercó mas y una de las luces se movió hacia el, pausadamente. Cuando se colocó a su lado observó que tenía forma de hombre, y reconoció que era el mismo de la noche anterior. Sintió de nuevo la compasión de este. Nuevamente se comunicaron en silencio. Ambos se acercaron lentamente al moribundo. Se mantuvieron inmóviles junto a aquel, en un segundo, se fue tornando más y más luminoso, y ellos sintieron una gran satisfacción. Compartían pensamientos o sentimientos, ideas, no hablaban ni nada parecido, quizá estas simplemente habían estado allí desde siempre. Jesús comprendió exactamente qué era lo que estaba haciendo Frank. Para su modo de verlo, era simple y llanamente un reparto de energía -¡Increíble!, increíble, pero cierto- pensó Jesús. Aquel hombre, Frank, había estado casi dos días yendo a aquel lugar sencillamente a “regalar” su energía al herido, con la intención de que no muriera mientras intentaba buscar la manera de que le ayudaran a salvarlo. Le seguía pareciendo asombroso, aunque ya no le cabía la menor duda de que aquello fuera algo parecido a un sueño.

En ese instante tuvo la confirmación de algo que, ya entonces no dudaba, supo el nombre del herido de repente: -¡Juan Mellado!- Se sobresaltó ligeramente, mientras el nombre se repetía en su interior una y otra vez, insistente, como el sonido rítmico de la alarma de su despertador, que subía el volumen gradualmente, mientras se iba tornando insoportable, a la vez que algo tiraba de el con una fuerza avasalladora,

pensó: -No por favor ahora no...- Se quedó mirando a los otros dos mientras se desvanecía, no le pareció que tuviera demasiado buen aspecto ninguno de ellos. Nuevamente fue arrastrado a Sudáfrica en contra de su voluntad, abrió los ojos contrariado, mientras oía a Sam decir: -Vamos, démonos prisa, ¡arriba! Ese avión no puede irse sin nosotros.-

7:15 a.m. día 30. Aeropuerto Oliver Reginald Tambo, Johannesburgo.

Quedaban menos de cuarenta y cinco minutos para que saliera el avión. Jesús se había visto en la obligación de contarle todos los detalles a Samantha, ya no cabía la menor duda, había una persona en serio peligro yaciendo en las profundidades del valle del Zarzal, y estaba todo bien claro acerca de la identidad de aquel: Juan Mellado, el padre de Sam.

Todos los teléfonos estaban ocupados, incluso en alguna de las cabinas había cola. Era hora punta en el aeropuerto. Cientos de personas iban a toda prisa de un lado para otro, provocándose a veces ligeras estampidas. Ya habían hecho dos avisos de embarque para su vuelo, y justo se le acababa el tiempo para la facturación. Tenían que contactar con alguien en España y rápido. Había que comunicar el paradero de Juan, eso llevaría un rato, pero después había que convencer a las autoridades locales de aquella extraña historia, explicarles que llamaban desde Sudáfrica para decirles que sabían la situación de un hombre cuya vida corría peligro, ¡en España! Iba a sonarles de lo más raro. Así pues debían explicarle “todo” al menos a algún familiar para que lo intentara en su lugar mientras ellos llegaban.

En una de las cabinas se hizo un hueco, Sam se precipitó hacia ella como loca, esquivando maletas y saltando sobre ellas, con una velocidad y agilidad pasmosas, pero cuando sólo estaba a unos cinco metros, vio levantarse a alguien que había agachado al pie de la cabina descolgando el auricular un instante después. -¡Jo...! ¡No!- casi gritó, y continuó acercándose lentamente.

Se quedó tan cerca de la cabina, que el muchacho que allí estaba intentando mantener un diálogo, no hacía más que girarse para evitar que Sam participase de

la conversación. Jesús, mientras tanto, se colocó en la corta fila de gente que ya restaba por facturar. Se miraban desde sus puestos respectivos, intentando así tranquilizarse.

El chico dejó la cabina libre y Sam se abalanzó nuevamente sobre ella, esta vez consiguiendo su objetivo. Introdujo varias monedas, marcó el número y todos los prefijos. Esperó. Nada. Presionó el botón de devolución y cayeron varias monedas al cajoncito. Volvió a introducirlas, observó el reloj de la cabina: 07:25 a.m. Se movía nerviosamente, golpeando levemente la carcasa del teléfono con la mano libre. Un pitido largo la sobresaltó, nada más. Esperó de nuevo. Unos pitidos extraños le hicieron enojar, y a continuación, cuándo ya se daba por vencida, escuchó el característico:

-biiiiiiip-...silencio -biiiiiiip-...silencio... de cuando se produce la conexión entre dos teléfonos. A la vez, por otro lado, comenzó a escuchar el clásico

-Do-Mi Sol-Do-Sol-Mi-Do- que la sacó de sus casillas, a continuación una voz en inglés, que entendió perfectamente, mas solo hubiera necesitado la última frase, o palabra: Madrid. Era el último aviso para el embarque. De ninguna manera se podían arriesgar a perder aquel avión. Justo en ese momento, alguien descolgó el auricular al otro lado de la línea. Jesús le hacía gestos desde la puerta de embarque número 6, con la mano levantada para que dejara el teléfono y le acompañara a la escasa fila de personas que allí quedaba.

-¿Sí?... ¿Dígame?... ¿Quién es?... ¿Dígame?- Escucho decir a una voz familiar desde el otro extremo de la línea.

-¿Carlos? ¿Eres tu, Carlos?- consiguió balbucear atropelladamente.

-No, soy Javier, Carlos no está en estos momentos ¿Por favor, con quien hablo?-

-Soy yo Sam...escúchame...-

-Hola primita, ¿que tal? ¡Cuánto tiempo! ¿Todo bien?...-

-¡Cállate!- casi grito, -por favor, es muy urgente y bastante raro, escúchame atentamente...-

Estaba viendo a Jesús hablar animadamente con uno de los guardias en la puerta de embarque, el tiempo se estaba agotando. El señalaba a Sam desde su posición, intentando hacer ver al agente que aquello no era una broma, y el aduanero, estaba empezando a mostrarse algo alterado, señalaba con su dedo en alto hacia la salida. Varios encargados de seguridad más, se estaban aproximando desde diferentes puntos.

-...Así que no preguntes nada y haz lo que te he dicho, no me he vuelto loca ni nada parecido, tu sólo hazlo. Recuerda, el río Zarzal, en su parte más alta, bastante más arriba del merendero. Adiós. Besos. ¡Saluda a la tía!-

Salió disparada hacia la puerta de embarque, viendo como varios guardias rodeaban a Jesús. Llegó algo nerviosa, pero intentando explicarse mientras avanzaba con total decisión hacia la entrada.

-¡Un momento, un momento! ¡Por favor, esperen un momento!-

Llegó junto a ellos y todos se dieron la vuelta mirándola malhumorados.

-Disculpen, Disculpen. Es una urgencia, ¡Una urgencia! ¿No lo entienden?- Lo dijo en varios idiomas en tan sólo unos segundos. Ellos parecieron entenderla, o al menos se dieron por vencidos.

-Está bien, pasen, a prisa, depositen sus bolsas en esta cinta, rápido.- dijo uno en español.

-Gracias, muchas gracias, ¿sabe? era imprescindible realizar esta llamada y ahora es imprescindible que cojamos ese avión...es una cuestión de vida o muerte.-

Añadió Sam cabizbaja y con los ojos humedecidos.

...Frank se encontraba realmente débil, aunque su voluntad era tan fuerte como al principio, era indudable que su energía estaba disminuyendo a un ritmo bastante importante, sobre todo desde que Jesús desapareciera por última vez. La verdad, le dio la impresión de que buena parte de la energía que se estaba moviendo un rato antes, parecía provenir del desaparecido compañero.

Se percataba de que le faltaba fuerza para continuar, la necesitaba para el mismo, o para su cuerpo en el hospital, que estaba comenzando a arrastrarlo, de hecho se veía a punto de desaparecer de allí a veces. Sólo conseguía mantenerse junto al herido a duras penas. Podía observar como su luz casi desaparecía parpadeando, como una vieja bombilla a punto de fundirse.

Juan, entonces refugiado en su cuerpo, le observaba lleno de incredulidad, y algo parecido a comprensión; lo había entendido absolutamente todo a estas alturas de su aventura, pero no acababa de creerlo. Sabía, por supuesto, quien era ese otro hombre el cuál le había “cuidado” durante aquellas interminables jornadas. Sintió un profundo agradecimiento y su cuidador se percató de ello, produciéndole esto, un pleno sentimiento de gran felicidad.

El interior de Mellado, no obstante, era un pozo de contradicciones, su educación y su mentalidad no le permitían creer nada de la experiencia que estaba viviendo, mas se daba perfecta cuenta de que el presidiario le estaba salvando la vida, muy a pesar suyo, se podría llegar a decir.

La incredulidad por un lado, y el hecho de “ver” diariamente que la realidad tenía que aceptarla sin mas, le hacían sentirse como un esquizofrénico en medio de un infinito laberinto del que no había modo de escapar, un laberinto de paz y de amor para el que no estaba en absoluto preparado.



Ambos supieron que algo iba verdaderamente mal, Frank, ya no poseía los vivos colores de otras veces, era grisáceo y su silueta difuminada, casi se esfumaba de cuando en cuando. Supieron que el cuerpo de Frank estaba reclamando su atención. Este seguía empeñado en mantenerse allí, pero ya no podía hacer nada, las fuerzas le abandonaban, debía ir y rendir cuentas ante su cuerpo carnal... Volvió.

El sonido de la máquina que controlaba su corazón, se estaba acelerando significativamente a su llegada. Entrar, le produjo un fuerte dolor, y una gran desorientación, le faltaba el aire. Nunca había sentido nada parecido. Supo lo que estaba sucediendo al instante. Su faringe inflamada, había obstruido completamente el paso del aire hacia sus pulmones. La sensación de asfixia fue inmediata e incontrolable. El pitido rítmico de la "máquina" continuó acelerando hasta perder los espacios en silencio, en tan sólo un segundo. Sintió como se tensaba todo su cuerpo mientras no podía realizar movimiento alguno por más que lo intentaba. Se empeñaba en mantenerse dentro, mas le dio la impresión de que no servía de nada. Se sintió como atrapado dentro de sí mismo, o fuera. Percibió como el agente, daba un salto hacia el pulsador de llamada, y casi al unísono abrió la puerta una enfermera, con un maletín AED en una de sus manos, de cerca la seguían una doctora y otra ATS con un típico carrito metálico de hospital repleto de medicamentos y diverso material clínico.

-Tiene la traquea obstruida, prepara 1500 mg. de "urbason", rápido. Esta en parada cardio-respiratoria, necesitaremos un miligramo de adrenalina.-

-Hay que realizar una traqueotomía de urgencia, ¡vamos, vamos!, prepara una cánula y un parche para sujetarla.-

-AED listo- dijo la ayudante principal, mientras ponía en carga el equipo.

-Bisturí, gasa estéril voy a realizar la punción, preparados...perfecto-

Los movimientos de las tres mujeres eran automáticos y marcadamente precisos y se complementaban a la perfección. Mientras la primera realizaba el corte en la base anterior del cuello; la segunda preparaba los parches para el desfibrilador, uno en el lado izquierdo, entre la axila y el pectoral izquierdo, el otro directamente sobre el pectoral derecho, justo debajo de la clavícula; la tercera había colocado ya un apósito autoadhesivo para sujetar el tubo que permitiría el acceso de aire hasta el pulmón del paciente.

-Preparados para la descarga...-

-¡Descarga!-

El tronco de Frank se curvó hacia atrás mientras se elevaba desde la cama, con la típica reacción músculo-esquelética producida por la descarga, y volvió a caer como un pesado saco, quedando completamente inmóvil. Estaba viviendo toda la escena totalmente consciente, no podía ir a ningún sitio y así mismo nada podía hacer por su recuperación...

-Nada, no hay pulso.-

-Cargando desfibrilador.-

-Atención, preparados para la descarga.-

-¡Descarga!-

La respuesta fue la misma de la vez anterior, el cuerpo se elevó suavemente mientras se tensaba, para acto seguido volver a caer a la cama pesadamente. Por un momento, la ayudante que estaba proveyendo de oxígeno a Frank, dio un saltito hacia atrás soltando el globo unido a la cánula. Azorada comenzó a dar explicaciones, que fueron bastante ininteligibles para las otras dos mujeres, estas pensaron que la nueva no estaba aún demasiado preparada aún para estos casos.

-¿Lo habéis visto, lo habéis visto? A abierto los ojos, me ha mirado, ¿alguna lo ha visto?-

-Si crees que necesitas salir fuera un momento, hazlo.- Dijo la doctora cínicamente por toda respuesta. -No es el mejor momento para perder los nervios, Mayte.-

La verdad es que el moribundo no había abierto los ojos en absoluto, desde luego, pero también era verdad que la chica había visto algo y no sabía el que. La mujer quizá era algo mas sensible de lo normal y había captado la energía de Frank, o algo así y por ello había creído “verlo” despierto. Ciertamente su parte inmaterial estaba allí presente y haciendo grandes esfuerzos por manifestarse.

-Lo vamos a perder- dijo la doctora algo molesta.

-Desfibrilador listo. Atención.-

-¡Descarga!-

Nada. La tercera tanda de la serie se había producido sin resultado alguno. En círculos médicos esto significa, “escasas probabilidades de supervivencia para el paciente.” A partir de la cuarta pocos son los que sobreviven.

Un nuevo pinchazo de adrenalina lo preparó para la nueva serie de descargas.

La primera descarga de la segunda serie se produjo con el mismo efecto, y la segunda, después la tercera y última. Imposible la reanimación cardio-respiratoria.

La chica que sujetaba el globo, seguía accionándolo, mientras las otras dos, algo desencantadas miraron en silencio al paciente, fijamente, por unos eternos segundos.

La doctora dijo: -Déjalo Mayte.- Ella continuaba insuflando aire frenéticamente, totalmente ausente. -¡Mayte! ¡Mayte! Ha muerto.- La superior la agarró firmemente del brazo, la zarandeó con suavidad y añadió -Déjalo, se nos ha ido, hemos hecho todo lo que estaba en nuestras manos. Se acabó-

Frank desde su interior, estaba intentando decirle a Mayte que continuara, que el estaba aún vivo, que tenía cosas importantes que hacer, que no lo dejaran... ella con dificultad retiró el balón y dio un paso atrás cabizbaja. Justo en ese momento, el hombre comenzó a toser y a tomar aire desesperadamente en medio de los más sórdidos silbidos y estremecedores sonidos guturales.

Le dolía todo, el pecho le ardía, los ojos parecía que le fueran a reventar dentro de las cuencas, y podía apreciar el olor o el sabor a sangre desde su propia garganta, mientras sentía toda la piel de pecho, cuello y cara como una ardiente coraza de grueso cartón que lo sujetaba impasible.

-Mayte, que venga un celador y lo lleve rápidamente a la unidad de vigilancia intensiva...-

Frank consciente pero aturdido, se dijo que esas condiciones, no podría hacer nada mas por Juan, no, sí se dedicaban a trasladarlo de un sitio para otro, aplicándole corriente eléctrica o clavándole algún bisturí en la garganta o en cualquier otro sitio.

De repente se le ocurrió una brillante idea... Había aprendido muchas cosas en los últimos años, y una de las más importantes era precisamente, que tenía un cuerpo "de repuesto", uno inmaterial, pero con unas inmensas posibilidades que aún no había podido comprender del todo, y estaba ansioso por descubrir hasta donde podría dar de sí. Tenía claro que, si bien era cierto que no podía actuar directamente en el mundo material, no era menos cierto que mediante el "movimiento" de energía en aquella "dimensión" si que se producían algunas sencillas transformaciones o efectos en el otro. Alguna vez había leído en algún sitio: "la energía no se crea ni se destruye, sólo se transforma", no recordaba de quién era tal enunciado, pero le daba igual, le parecía tan acertado...

No pensaba que unas personas fueran más importantes que otras, ni nada

parecido, estaba convencido de que, una etapa de su vida estaba a punto de finalizar para dar comienzo a otra muy diferente...

Con este pensamiento se convenció de que había encontrado la solución: olvidarse por completo de su torturado cuerpo material. Definitivamente. Tenía graves quemaduras, con toda seguridad quedaría ciego, y le quedaban unos cuantos años de cárcel, si no lo mataban antes las infecciones respiratorias, se dijo que había llegado al límite. Así, decidió que ya no le interesaba...

Mellado, a punto de cumplir su segundo día de desaparición, estaba para volverse loco; o eso le parecía pensar a veces.

Se hacía cargo de que había tenido un grave accidente. No quería creer que le habían ayudado a sobrevivir durante ese tiempo, a la vez que dudaba si estaba vivo. Varias veces sintió un gran padecimiento en los momentos de más consciencia, sentía todo su cuerpo machacado, con la impresión de que no le quedaba ni un hueso sano; sólo de ese modo logró obtener la convicción de que estaba vivo, mediante el dolor, ya que no conseguía estar lo suficientemente consciente para intentar cualquier movimiento. Por otro lado, en los momentos en que no sentía sufrimiento físico, y eso le parecía todavía peor, no podía entender que demonios sucedía; no comprendía por que podía ver su cuerpo allí tirado, medio muerto y quedarse al lado, casi tranquilo, observándolo, tan consciente que le parecía un maldito sueño.

Si bien era cierto que le habían ayudado a sobrevivir, esto lo asumía, no era menos cierto que podía morir en cualquier momento, deshidratado, o a causa de otro infarto, o por un trombo desprendido de las múltiples fracturas y daños en alguno de los órganos internos.

El hombre que le había estado ayudando, había desaparecido hacía ya unas horas, y él se volvía a encontrar sólo y observando como su corazón se tornaba algo más débil a cada instante. Vio desde fuera el color blanquecino de su tez, y se asustó mas aún si cabe, tenía todo el aspecto de un cadáver abandonado.

Supo que iba a morir. Si no llegaba su salvador en breve, no duraría mucho más. Pensó que se quedaría en esa incomoda e incomprensible situación durante toda una eternidad. Intentó varias veces volver a refugiarse en esa lastimosa figura humana, pero ya no lo conseguía, sentía como si aquella lo rechazara, como si hubiera caducado su tiempo de utilizarla. A veces se veía elevarse una veintena de metros, y entonces le daba la nefasta impresión de que quedaría flotando por la atmósfera para siempre. Sin posibilidad de hacer nada, arrastrado por el aire de un lado a otro.

No se convencía ni por un momento de que su conciencia tenía vida propia, de que el era único, como cada vida dentro del universo, con su personalidad propia y sus propias posibilidades de actuación. La incredulidad y la falta de creencias le tenían atado fuertemente a una forma, en la cual la vida estaba a punto de extinguirse. Observó algo después que se estaban produciendo algunos leves movimientos en su cuerpo, le prestó mas atención y se dio cuenta que eran una especie de estertores, unas convulsiones que presagiaban el mas temido de los desenlaces para el. No podía morir sin volver a ver a su hija...

...Vio sobrevolar el helicóptero la zona, un par de veces pasó por encima de ellos. Ya estaba completamente seguro de que conseguiría su objetivo. Sólo era cuestión de minutos. Nada impediría que se realizara el rescate.

Los primeros en aparecer por allí, fueron una pareja de guardias rurales, que, una vez localizado el accidentado, informaron de inmediato de la situación y estado del herido, pidiendo ayuda urgente por radio.

Al principio, los observó durante un rato dando vueltas por los alrededores, poco convencidos de la sensatez de su búsqueda, mientras él trataba de llamar su atención junto al herido; no encontraba la forma de hacer que se acercaran a su posición. Intentó llamarlos, a sabiendas de que no lo escucharían. Gritaba y casi los insultaba por su aparente ineptitud. Estaban pasando justo al lado de la roca y... -Ni siquiera miran hacia arriba. Que ineptos!- Se concentró fuertemente deseando que no pasaran de largo sin mirar hacia donde se encontraba. Nada. Estaba comenzando a irritarse. Pero se tranquilizó mirando hacia el bosque por encima de los hombres. Pensó que observando aquel paisaje le vendría alguna brillante idea. Vio moverse un pajarillo al otro lado del cauce, a pocos metros de los guardias. El pájaro se quedó completamente inmóvil y le dio la impresión de que le observaba también. Durante un instante, todo el valle pareció quedar en silencio. Solo los dos hombres se movían lentamente, a la par y en completo silencio. De repente el ave, salió volando y cruzó como una exhalación a escasos centímetros del más adelantado de ellos.

-¿Has visto, Pedro? Ese petirrojo casi se estrella contigo.- Comentó uno de ellos.  
-Si, no es muy normal verlos acercarse tanto a hombres en movimiento. Algún depredador debe haberlo asustado lo bastante.- Asintió el otro, mirando hacia el

lugar de donde había venido el pájaro.

El animal ascendió tras pasar junto a ellos y sobrevoló la gran roca. El guardia que habló primero lo siguió con la vista, mientras su compañero seguía avanzando con paso solemne valle arriba. Al desaparecer el petirrojo, aquel continuó mirando hacia una gran piedra que asemejaba una torre en ruinas o algo así. Estaba a punto de volver la vista hacia su compañero, cuando le pareció ver por el rabillo del ojo, algo que no encajaba del todo en el paisaje. Miró de nuevo, esta vez fijando la vista atentamente -¡mmm!-, aquel saliente en la roca tenía toda la apariencia de un pie humano. Pedro tenía mejor vista que él. Rápida y sigilosamente llamó a su compañero:

-¡Pedro! ¡Mira!, Allí arriba, sobre esa roca, en el lado derecho junto al borde...¿Qué crees que es?-

-¡Vamos! Ahí hay alguien.-

17:00h

...Había estado allí durante al menos tres horas, se encontraba pletórico, más fuerte que nunca. Y así estuvo comprobando en todo momento, la totalidad de la operación de hallazgo y rescate de Juan. Permaneció desde el principio en un lado de la piedra supervisando como los hombres controlaban las constantes vitales del herido, también mientras pedían ayuda inmediata; a cada momento se sentía más pleno, más orgulloso. Siguió allí después, mientras veía al helicóptero maniobrar sobre ellos y más tarde, cuando dos hombres descendieron por una escala desde el mismo, y en tanto bajaban una camilla; también oyó sus comentarios, no se le escapaba un detalle. Parecía el encargado de la operación, cuidando celosamente



de que todo se hiciera a la perfección...

-¡Ha tenido suerte después de todo!- Oyó comentar a uno de los recién bajados del helicóptero, mientras acababan de reconocerlo, entablillarlo e inmovilizarlo, intentando estabilizarlo, con sueros y medicamentos.

-Incluso los pocos árboles que hay por aquí le han protegido del sol.-

-Si- añadió el otro, -En medio de la sierra en esta época del año y como está el ozono...se hubiera asado como un pavo en navidad-

-Que gracioso eres... ¿Podrás hablar en serio alguna vez en la vida? Fíjate, podemos decir, sin miedo a equivocarnos, que incluso la humedad del río también ha ayudado, manteniéndolo hidratado y con una menor oscilación térmica.-

-Si, ya lo creo, hasta haberse dado de bruces con la piedra le ha sentado bien, si no hubiera caído aquí arriba... igual los jabalíes con el olor a sangre...-

-Pues lo habrás dicho de broma, aprendiz de payaso, pero no has dicho ninguna tontería, para que lo sepas. Estate atento, ¿me vas a ayudar con el collarín o no?-

El helicóptero se mantenía a duras penas sobre ellos, el lugar era demasiado justo para la máquina y el piloto se estaba ganando el sueldo con gran esfuerzo. Lanzaba fuertes bocanadas de aire que levantaban una gran polvareda alrededor de ellos, y lanzaba remolinos de hojitas secas por doquier.

...Se percató que no le molestaba en absoluto ni el aire ni el polvo, y que, incluso alrededor de él y de Juan se percibían unas zonas prácticamente carentes de estos. Cosa que le hizo sentirse aun más satisfecho, si es que se podía estarlo más...

-Observa atentamente, debe llevar cerca de dos días aquí... tras semejante caída y con casi todos los huesos rotos, parece un milagro que esté aún con vida.

-Ya sabes, unos nacen con estrella y otros estrellados.-

-Si, señor ocurrente, sí. Tienes razón, unos nacen con estrella y otros estrellados.-

...Mientras la camilla con el cuerpo de Juan estaba siendo izada, decidió quedarse allí mismo algún tiempo. Resolvió que no seguiría al aparato, su misión había concluido.

Estuvo al menos dos horas sin moverse, sentado con las piernas cruzadas sobre la gran roca, más bien, emulaba esa sensación, pues ya no podía ni necesitaba sentarse, admirando su nueva vida, disfrutando como nunca del universo y de la inconmensurable libertad que acababa de conseguir. Admiraba la vida a su alrededor, le causaba gran placer observar los últimos rayos de sol, a punto éste de esconderse tras las montañas, percibía leves explosiones de vida, como burbujas de jabón, cuándo se daba perfecta cuenta de cada brote que se abría, de cada flor que se cerraba, de cada insecto que pasaba afanado revoloteando de un lado a otro, o del simple murmullo del agua. Le parecía el paraíso...

18:00h

Algún tiempo después, sintió unos leves crujidos casi rítmicos, supo que era alguien. Vio asomar una cabeza mientras el hombre trepaba a la roca. Lo reconoció de inmediato. O antes. Quizá, incluso sabía que iba a venir. Sí, era Jesús, el hombre de las noches anteriores. Le hubiera gustado sentarse tranquilamente a hablar con él, le daba la impresión de que debía ser una muy buena persona, de hecho ya lo conocía bastante bien.

El recién llegado se sentó en el lado opuesto de la roca, en la misma posición, con las piernas cruzadas una sobre otra. Podía “ver” sus pensamientos, le complacía grandemente ver que había gente en el mundo con el corazón tan puro. Aquel,

miraba hacia los árboles que quedaban detrás de donde se encontraba la forma que antes era conocida como Frank. Aunque no podía verlo, de alguna manera fluía entre ellos algo parecido a comunicación. Observó que el hombre estaba seriamente preocupado por el futuro del ser humano como especie y por la Vida en general, que no entendía tanta injusticia y el desinterés general de unos para con otros.

El quería hacerle sentir que todo estaba bien, que el mundo mejoraría poco a poco mediante la evolución de muchas personas, o bien catastróficamente por la fuerza de la naturaleza, si, al fin, el “hombre” como especie no despertaba de su modorra, pero que al fin las cosas volverían a su cauce. Frank quería contarle muchas cosas, explicarle con todo detalle lo mucho que aprendió en estos últimos años de su existencia, aunque sabía a ciencia cierta que el otro lo había entendido prácticamente todo. Lo deseó fuertemente, pero era casi imposible. También se sentía un poco en deuda con él, pues pensaba que le había sido de gran ayuda en la ardua tarea de salvar la vida de Juan.

...Un pajarillo se acercó de entre los árboles y se quedó parado en el que sería el hueco que quedaba entre sus piernas cruzadas, justo enfrente de Jesús. Este se quedó mirando atentamente al ave, y se sorprendió por vez primera en su vida de biólogo. Un simple petirrojo, posado frente a él, observándolo, parecía analizarlo.

...Vio a Jesús sonreír levemente, le pareció que hubiera captado sus pensamientos, al igual que en las ocasiones anteriores. Comprendió al instante que cada manifestación de la vida era sumamente importante para el conjunto del universo, por muy extraña o diferente que nos pudiera parecer. El ave parecía estar dotada de inteligencia, le daba la impresión, a los ojos del otro hombre o al menos se le antojaba de que, a su propio modo, intentaba comunicarse con el, así,

mirándolo como diciéndole: -¿Ves, hombre? Somos iguales. Todo en el universo está relacionado. Todos nos debemos los unos a los otros. ¿Por qué no hacer un paraíso de este mundo entre todos? ¿Por qué no os dais cuenta de la realidad?- En ese momento le pareció captar el pensamiento del hombre, sintió decir algo parecido a: -Tienes razón petirrojo, tienes razón.- El ave dio un saltito, después otro y salió volando hacia las copas de los árboles próximos donde lo esperaban sus congéneres...

Frank estaba fascinado, había encontrado a la persona justa, se sintió muy feliz imaginando que el mundo se llenaba de gente como aquel. Le dio la sensación de haber sembrado una semilla, una importante semilla que acabaría invadiendo dulcemente el universo.

...Sólo en la parte más elevada del lado este del valle se podía ver algo de luz casi rojiza proyectada por el sol, que desaparecería en breves instantes, cerniéndose la oscuridad sobre el apacible desfiladero ya en penumbras. Mientras el hombre se marchaba, permaneció allí tranquilamente, decidió quedarse en aquel mismo lugar durante algún tiempo. Tenía, literalmente, todo el tiempo del mundo por delante. Para observar la lluvia y el sol; para ver brotar la vida cada primavera, para ver germinar una semilla, a solas con la amorosa compañía de la creación, para siempre...Tomó la decisión de seguir de cerca la vida de aquellos hombres, por algún tiempo, intentaría ayudarles desde sus pensamientos, a ambos; determinó que sería un buen inicio para su nueva vida, la cuál tan sólo comenzaba a vislumbrar levemente en aquel momento.

17:00h.

Sam insistió para que se fuera a descansar, ella se quedó en el hospital. La acompañaba un nutrido grupo de familiares, entre ellos, su querida tía Julieta y un montón de allegados y colaboradores de Juan, tenía compañía de sobra. Mellado estaba siendo operado de sus múltiples fracturas y él no podría hacer nada, ni los que se quedaban allí tampoco, salvo esperar. Ella le estaba enormemente agradecida, y casi se sentía en deuda con él, prácticamente lo obligó a abandonar el hospital, si no de buen seguro hubiera permanecido junto a ella.

Jesús, muy relajado y ciertamente confuso o quizá algo sorprendido aún, siguió dándole vueltas a semejante acontecimiento. Así pues, en lugar de irse a descansar decidió pasarse por el lugar donde todo acabo, o mejor, donde empezó todo. No le sentarían nada mal un par de horas en medio de la naturaleza y sin ninguna obligación inmediata, descansar junto al arroyo un poco y recapacitar sobre todo lo sucedido. Meditar durante algún tiempo, en aquella zona, que tanta paz le había infundido desde que tuviera uso de razón.

Fue directamente al punto donde habían encontrado el cuerpo aun con vida de Juan. El ya sabía donde era. Se le hacía más que interesante analizar el modo en el que se habían desarrollado los hechos que le habían llevado hasta allí de nuevo, a él, una persona que no había creído nunca nada de aquello.

No se consideraba en absoluto especial, ningún elegido, sólo una persona normal. Como científico se había quedado maravillado por la experiencia, pero quería saber más, profundizar, buscar respuestas y ya tenía algunas conclusiones.

Comenzó observando que debía ser algo natural en el ser humano desde siempre, quizá desde los primeros homínidos, algo que si no había desaparecido de la genética de la raza humana, si habría dejado de ser habitual por algunas extrañas

razones; o quizá no tan extrañas. Pero no tenía ni idea que mecanismos, órganos o células podían producir esos efectos, el cerebro por sí sólo no lo era, ya que comprobó en varias ocasiones que un cuerpo tan real como el material, pero más etéreo y con la propia capacidad cerebral intacta, mientras el cerebro “real” dormía. Se le hacía extraño comprender, que parte física del organismo o en su defecto que nivel de la conciencia en el sueño, era el que le permitía desplazarse de uno a otro lugar y con tal control sobre la consciencia que no dejaba lugar a dudas sobre la realidad del hecho; le quedaba completamente claro que era un proceso físico más que mental.

En contraste con la tranquilidad que allí se respiraba, su mente bullía con mil ideas que le asaltaban por doquier, se le amontonaban de tal manera que llegaba a dudar si eran todas propias.

18:30h

...La calidez de los últimos rayos de un dorado sol primaveral, lo bañaba dulcemente, mientras se acomodaba sobre la gran roca. Observo perplejo y con gran admiración que el río y todo el bosque en su conjunto bullían de vida. Como nunca antes. O como en el sueño que le llevo allí desde Sudáfrica.

Escuchaba algunos pajarillos comunicándose en la lejanía y el rumor del arroyo rellenaba el resto del aire, no había brisa alguna que meciera una sola hoja en los álamos cercanos, había una temperatura de unos 17°C. Se sentía tan a gusto y en paz...

De repente, por contraste con aquella tranquilidad, recordó las últimas noticias a nivel mundial, el cambio climático... Europa era el único continente que no estaba siendo arrasado literalmente, a pesar de que el avance de los hielos se estaba

haciendo más que patente por todas partes.

-La hemos hecho buena- se dijo -ya imparable y sus efectos imprevisibles, en daños y en duración; todos los esfuerzos que aún se hacen son en vano-, no lo dudaba.

No quería pensar que ya no hubiera otra solución real más que esperar a que la naturaleza se repusiera por sí misma y a su modo. Colocando cada cosa en su lugar nuevamente. Sin contar con el hombre. Pero le quedaba la esperanza de que fuera este, al fin y a tiempo, el que pudiera deshacer los errores cometidos a través de la historia.

Así sus pensamientos se dirigieron hacia lo que sucedía en el mundo desde que el ser humano empezara a dominar en él, en lo que estaría por suceder y en la locura que arrastraba al hombre hacia quien sabe donde.

Pensó en como el ser humano había “decidido”, por alguna razón, perder su parte animal, digamos “buena” en un primer momento, creyendo que esto le haría mejor y superior al resto de la naturaleza, sintiéndose así medio divino, para posteriormente olvidarse también de su parte humana, quedándose con la bestialidad de la parte animal (le parecía todo tan absurdo y extraño) creyéndose el centro del universo y alejándose de todo signo de cooperación y compasión por el mismo como especie y del resto de criaturas como iguales, perdiendo así mismo todo atisbo de divinidad.

Desvirtuando su propia esencia.

...Un pajarillo se posó en la roca, muy cerca de él, se miraron unos instantes, sin hacer movimiento alguno. Cada uno de ellos observando al otro, curiosos ambos por lo increíblemente diferente de sus respectivas formas; Jesús lo reconoció, era un petirrojo; éste lo reconoció, era un hombre. Entonces Jesús se sorprendió a sí mismo oyéndose decir en voz alta: -Tienes razón, Petirrojo, tienes razón.-

Luego el ave dio un par de saltitos en dirección al río y salió volando hacia un álamo

cercano, donde desapareció...

Sorprendido continuó... -El Conocimiento y la Ciencia, instrumentos en teoría de la Razón, de la ayuda y el progreso mutuo, ¿se habían convertido en herramientas de la incomunicación y del odio, diferenciando al ser humano en mil estratos con las más disparejas "necesidades", tanto morales como físicas?-

Se dio cuenta que ahí era donde residía todo el problema, -¿La parte "humana"? ¿Que significaba la palabra humanidad? ¿Era solo útil para definir un conjunto de seres? ¿Como rebaño o manada? ¿Era por el contrario algo más? ¿O era la olvidada y desconocida esencia del Hombre como especie, la esencia del Universo, la cual era verdaderamente la que le hacia casi divino, o Divino del todo, sin que se pudiera pecar de ello por quien sabe que incomprensible mecanismo?-

-¿Humano?: Compasivo... caritativo... humanitario, misericordioso, piadoso, bienhechor... sensible.-

Repitió en voz alta varias veces la palabra Humanidad, intentando buscarle el sentido mas acertado: -Compasión, entendimiento, cooperación, empatía,- repitió - empatía... empatía...-

Así sus pensamientos cambiaron ligeramente de dirección, divagando sobre otras premisas más "mundanales". Se imaginó al hombre más rico del mundo y también al más pobre y pensó que lo que no existía en este mundo era precisamente empatía.

-¿Que importancia podía tener el acumular dinero y mas dinero produciendo ficticios imperios de placer y seguridad? ¿Que hace una persona con el dinero que no puede gastar en cientos de vidas? ¿Por que uno se lo llevaba todo dejando al otro despojado? ¿Por qué nadie ve esto?-

-¿Por que si un banco deja de ganar "x" millones de dólares se llama crisis? ¿Por que si miles de niños mueren de hambre diariamente no se llamaba de ninguna



manera? ¿Por que nos da igual la guerra?-

Comenzó entonces a calcular mentalmente: -Nos piden treinta euros al mes para salvar un niño en África, si sólo un millón de personas pone ese dinero, esto son 30.000.000 de euros, eso da para salvar media África. Pero...si hay miles de personas que ganan al año ese mismo dinero, ¡y más! ¿que hacen con tantos millones? ¿Que valor puede tener eso? Si hubiera unas cien mil personas en el mundo con ese dinero, todos juntos harían la cantidad de 3.000.000.000.000 Todo eso lo gastan en que les sigamos el juego... La misma cifra que dieron los estados a nivel mundial, para mantener los bancos a flote en la ultima gran crisis mundial... Tres billones de euros, dividido entre siete mil millones de habitantes que tiene la tierra... !!- Nunca le habían gustado los números demasiado.

-¿Por que el consumo envilecido? ¿Porque la producción en masa de cosas completamente innecesarias? ¿Que o quien se beneficiaria realmente de todo esto? Nadie en verdad, aunque algunos lo crean mientras se llenan los bolsillos a costa de otros.- No quería continuar por ese camino, se estaba enojando ligeramente.

Antes de abandonar el tema, su mente divagó sobre qué era exactamente el dinero;

-Todo esto está basado en el oro, la riqueza de un país depende de... ¡las reservas de oro que posee!, ¡oro!- sonrió, -para que puede servir el oro, una piedra cualquiera tiene el mismo valor. Sólo es completamente decorativo; la imagen...entonces la imagen es lo importante, lo que prima en esta sociedad, si...pero...imágenes falsas.-

-Aparentar que se es algo que no se es, o querer parecer más de lo que se es, que estupidez- se dijo. -Apariencias.-

Entendía que en la antigüedad hubiera podido tener un valor concreto, pero en pleno siglo XXI... De repente, se le antojó el hombre como un niño con una colección de piedras preciosas. No le encontraba sentido alguno, o sí.

-¿Que sucede?, ¿No hemos avanzado nada en este aspecto desde el antiguo Egipto? ¿No se podría medir la riqueza de un país o de todo el mundo de otro modo? ¿Tal vez por su masa forestal, quizá por la calidad de sus aguas o de su aire, por su capacidad científica, o de ayuda y de cooperación?, ¡o todo junto!-

Como científico, pensó de repente, que era una manera de desperdiciar grandes cantidades de energía sin sentido alguno; -Cómo un virus, que es capaz de eliminar a su víctima aún quedándose él mismo sin anfitrión, ¡Qué absurdo!- Una locura energética que cada vez alejaba mas al “hombre” de su misterioso destino.

Divagó sobre lo poco que sabía sobre los principales libros religiosos a lo largo y ancho del mundo, apenas tenía idea, lo que recordaba de la escuela y de haber ojeado cualquier artículo perdido en alguna revista; -¿Eran quizá estos una especie de manuales sobre lo que se debe y no se debe hacer, tan sólo consejos para que el Ser humano no pierda su identidad? ¿Se habrían visto desvirtuados también estos por el progreso y el afán de poseer mas y de poder? - El se consideraba cualquier cosa excepto religioso. -Está claro- claudicó.

Le hizo gracia: -Envidia, Avaricia, etc... sólo nombres “abstractos” con el sentido manido por el uso, el mal uso y el desuso. ¿Pecados?... ¿que razón podía tener todo eso en este mundo? Toda. O ninguna- dudó.

Recordó haber leído que en el budismo el único y peor pecado es la falta de atención, la falta de consciencia. -¿Conciencia?- aventuró.

...Estaba anocheciendo, se levanto pausadamente de la gran piedra, respiró profundamente mientras giraba lentamente un par de veces sobre sí mismo, observando con ternura el lugar a su alrededor, bajó de allí en un par de saltos y se fue caminando lentamente al lado del cauce del río Zarzal. Mirando tranquilamente a

un lado y a otro, se sentía invadido por la energía de la naturaleza, y esto le producía un agradable sentimiento de paz, tan alejado del mundo que estaba intentando analizar... tan diferente de aquel...

Mientras subía al vehículo estacionado en la explanada contigua a la pista forestal, con todo esto en su mente, recordó a Frank. -¿Quién era aquel tipo?- La pregunta era muy amplia, pues él ya conocía bastante de la vida de aquel después de aquellos dos extraños encuentros. Más bien se preguntaba como había llegado hasta allí, no hasta aquel lugar, no hasta esa situación, si no de que manera, aquel hombre condenado por asesinato había llegado a tomar la tan firme decisión, de encargarse hasta tal límite de otro. ¿Había sido una casualidad que se encontraran ellos dos? Ahora lo dudaba. -¿Que rara especie de ser humano haría eso? Extraño "criminal"- se dijo con sarcasmo.

Puso en marcha el receptor de radio del vehículo y pudo escuchar una conocida antigua canción flamenca, eran Lole y Manuel, ya la había oído antes, recordaba que su amigo Miguel se la había hecho escuchar cientos de veces siendo adolescentes:

"...de lo que pasa en el mundo,  
por dios que no entiendo ná  
el cardo siempre gritando  
y la flor siempre callá.  
Que grite la flor  
y que se calle el cardo  
y to' aquel que sea mi enemigo,  
sea mi hermano..."

Se le antojó una increíble casualidad y comentó en voz alta: -¡Ole!- Sorprendido por su repentino arranque flamenco, continuo -¡Bien hablado! Y justo a tiempo.-

Después de un buen rato de seguir dando vueltas a las mas diversas conjeturas, tras dieciocho kilómetros de carril, se dijo: -Corremos sin saber hacia donde...

Buscamos... no sabemos el que, pero hay que buscarlo desesperadamente... Que pasa, ¿Soñamos que vivimos?... Dormimos mientras soñamos estar despiertos?...-

Momentos mas tarde, justo cuando los neumáticos de su vehículo comenzaban a pisar el asfalto, llego a una conclusión que, de clara y obvia, le dejo estupefacto:

“El ser humano duerme, si despertara, cambiaría el mundo.”

## Epilogo

La figura difusa de un hombre se entreveía sobre aquella roca, era prácticamente invisible, pero si se acertaba a mirar de un cierto modo se podía conseguir aislarla del conjunto formado por vegetación, rocas y río.

Una especie de estatua natural que parecía ser el centro de todo aquello y de la cual surgían diversos resplandores multicolores que salpicaban hacia uno y otro lugar del valle. Pulsaciones de vida que daban la impresión de alimentar y fortalecer el entorno.

Un afloramiento en mitad de cualquier sierra, un universo entero concentrado en unos pocos metros. Las fuerzas de la naturaleza esculpiendo la vida, una suma de energías invisibles que existen y se manifiestan.

Un representante de la raza humana, arrastrado por su corazón hacia la unidad con la vida, con la naturaleza, con el universo, con el todo.

Una pequeña muestra de la adormecida grandeza del ser. Un sencillo indicador del glorioso camino que debería seguir una aparentemente desaparecida consciencia común.

Una abstracta idea que siempre ha existido y que podría haber sido la generadora de la Vida en si misma. Un perdido camino por reencontrar.

Cuantas maravillas impensables esconde el cosmos, mientras el hombre cegado por su brillo, cierra los ojos de la conciencia para no verlas.

Dedicado a...

...mis pequeños, Alma y Nilo, os adoro.

...mis padres: Santiago y María del Carmen, gracias por traerme a este mundo, y por proveerme de las "herramientas" para ser como soy, os adoro.

... mis hermanos: Toni, Mary y Jose... ¡que decir!: me siento muy afortunado, sois los mejores compañeros en este viaje; inigualables, os adoro.

...Grania, por todo. ¡Ti amo, melina!

...Ramón, mi cuarto hermano.

...todos los que faltan... Abuelos... ¡qué decir!

... todos los que no faltan y no menciono...lo siento, sois muchos y muy buenos. Vosotros sabéis quienes sois.

... Manolito, Málaga, Carmona, Esperancita... gracias por la inspiración.

...todos los que me hicieron daño consciente o inconscientemente...

...todas las personas, "buenas" o "malas".

Gracias a todos por ayudar a hacerme como soy. Me siento muy orgulloso y agradecido.

Mis más fervientes y sinceros deseos de paz y amor para el ser humano.

